

An illustration of a person's back, showing two diagonal red scratches on the upper left and three red feathers scattered across the lower right. The background is a solid dark grey.

Slave

Judit Caro

ediciones el **A**NIRO

Slave

Judit Caro

SLAVE

ediciones
el
A
NIRO



Colección Crash

Primera edición: abril 2013

© Judit Caro, 2013

© de diseño de cubierta: ediciones el Antro, S.L., 2013

© de esta edición: ediciones el Antro, S.L., 2013

Cno. de Suárez, 41 - 1º - 19; 29011 Málaga

www.edicioneselantro.com

ISBN: 978-84-941280-0-4

Depósito Legal: MA-648-2013

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso de los titulares de los derechos.

Printed in Spain - Impreso en España

A Sek, que creyó en Slave desde el principio

1. CUMPLIR CON EL DEBER

Obediencia.

Mi única ley, reflejada en tu voz.

ERIC

Sonó el teléfono.

Admito que no lo escuché, al menos al principio. Y mira que me gustaba el politono.

La resaca me estaba pasando factura y mis castigadas neuronas (las afortunadas que hubiesen sobrevivido a aquella desenfrenada orgía de alcohol) no estaban para muchas fiestas. Gruñí como un oso a quien se atreven a molestar en la oscura paz de su caverna. Cuando al fin fui consciente de que tenía manos y, mejor aún, de que también podía usarlas, estiré los dedos en dirección a la mesilla de noche y agarré el dichoso aparato que ya estaba a punto de explotar.

—¿Ssssí...? —Por alguna extraña razón, mi lengua le había cogido cariño al paladar.

—¡Joder, Eric! ¿Sabes qué hora es?!

Reconocí enseguida a mi jefe, desgañitándose a través del auricular. Drew era un hombre con nervios de acero, dudosa moralidad y carácter aparentemente afable... Aunque no en ese preciso momento.

—No. ¿Qué hora es? —pregunté con sincera inocencia.

—¡Las ocho, pedazo de gandul! ¡Y tenías que estar aquí a las siete y cuarto para la reunión!

Descolgué la mandíbula y sentí que se me congelaba súbitamente el trasero. Y eso que durante las últimas horas lo había tenido demasiado ocupado. Me di un tortazo en mitad de la frente, frotándomela nerviosamente con la palma de la mano.



—Mierda..., la reunión...

—Sí, la maldita reunión. ¿Se puede saber qué coño hiciste ayer? Saliste con Dallas a tomar unas copas, ¿verdad?

Dallas era mi compañero, un puesto arriba en la jerarquía. Las otras diferencias palpables eran que me sacaba diez años y mucha experiencia en el profundo arte de sobrellevar con elegancia y maestría una cogorza monumental.

—Es que... me lié y...

Claro que me había liado. Con el camarero que me había servido la mitad de la barra hasta que acabó su turno y pudo por fin salir de ella para meterse directamente en mi cama. Por aquellos locos tiempos tenía por costumbre y afición coleccionar amantes esporádicos y, para variar, aquel culo prieto enfundado en unos vaqueros demasiado ajustados me había derretido las córneas al primer avistamiento.

—Date una ducha y sal disparado para el Koi, a ver si por lo menos llegas a tiempo a la cena. —La voz indignada de mi jefe se encargó de traerme de nuevo al aburrido mundo real.

—¿Y qué me pongo? —Aquella cuestión banal me pareció importante.

—Traje y corbata, niñato, ya sabes que el sitio es prohibitivo. Creo que el precio de uno de sus entrantes ya supera con creces tu sueldo de mierda.

—Pues te recuerdo que fuiste tú el que decidí mi sueldo de mierda —objeté con retintín.

—Exacto, por algo soy tu jefe.

—¿Y qué me dices de lo de ahora, eh? Es sábado, deberías pagarme las horas extras.

—En tu contrato solo especificamos lo del zulo sin ventilación y tu único fin de semana libre cada tres años. No recuerdo nada sobre horas extras. Y ahora procura no tardar más de veinte minutos o te juro que usaré tus pelotas para jugar al pádel este fin de semana.

Esbocé una media sonrisa ante aquella falsa amenaza. Oh, y además se me olvidaba un pequeño detalle de vital importancia.

—¿Qué tal se está portando Adam?

—Es un cielo, ya sabes. Hay veces en las que me da la impresión de que tenéis la misma edad.

—Ja, ja, muy gracioso. Iré a recogerlo después de la cena. Dile que le quiero.

—No te me pongas moñas y menea de una vez ese culo invertido que tienes. Quiero verte en el Koi en menos de veinte minutos.

—Ahí estaré.

Drew cortó la llamada de forma tajante, justo cuando el móvil me daba el primer aviso por falta de batería. Busqué el cargador en el cajón de la mesita, buceando risueño entre envoltorios vacíos de profilácticos, lubricantes de sabores y los imprescindibles pañuelos de papel. No, no estaba allí. De pronto

recordé que lo había utilizado para sujetarle las manos al cabezal de la cama. En fin, pequeñas perversiones que tiene uno.

Lo encontré entre las sábanas, puse a cargar el móvil y decidí llevar a cabo el titánico esfuerzo de levantarme. Nada más poner los pies en la suave moqueta, pisé un bloque azul de Lego y solté un taco. El caos estaba presente en mi dormitorio, aunque de una forma más salvaje de lo normal. Había tantas cosas desparramadas por el suelo que aquello parecía un campo de minas. Estaba desnudo, se me escapó un bostezo y me rasqué el trasero, la barriga y la cabeza, por ese orden. Mi camarerito ardiente ya se había marchado un par de horas antes y no se me ocurrió pedirle su número de teléfono, ni a él a mí. Se ve que, de forma inconsciente, habíamos llegado a una especie de acuerdo tácito para no convertir la experiencia en una insana costumbre. Yo era un alma libre (y ninfómana, según quien opinase). Si en aquella descarriada etapa de mi vida me hubiesen dicho que sentara la cabeza, probablemente habría huido en el primer vuelo chárter a la octava luna de Saturno. La palabra *compromiso* me daba tanta grima que ni siquiera existía en mi diccionario.

Me dirigí remolón hacia la ducha, arrastrando los pies. Las cenas de negocios me resultaban tan sumamente aburridas que, la mayoría de veces, Drew me demostraba su compleja humanidad olvidando intencionadamente el tener que invitarme. En esa ocasión, sin embargo, no tenía escapatoria. Yo era el descarado y atractivo ratoncillo que tienta al gato gordo y perezoso encaramado al sillón. Ya hablé antes de la dudosa moralidad de mi jefe. Teníamos el negocio del siglo entre las manos y no había vacilado ni un microsegundo en ofrecer a su joven e inocente asistente como incentivo para tratar de llegar a un acuerdo satisfactorio. Drew esperaba mucho de mí aquella noche.

Y yo, como siempre, no pensaba defraudarle.

CHRIS

—¿Señorito Christopher?

Reconocí al instante la voz de Berta, aquel inconfundible acento del sur.

—Sí.

—Su tío acaba de llegar —me informó desde el otro lado de la puerta—. La cena estará servida en veinte minutos.

—Gracias, ahora iré.

Me notaba la vista cansada, molesto por un leve picorcillo en los ojos. Un descanso me vendría bien. Metí los dedos índice y pulgar bajo mis gafas y me froté enérgicamente los párpados cerrados. Los teoremas y las fórmulas daban vueltas sin sentido en mi congestionado cerebro. Era masoquista en más de un sentido, y ya llevaba varias horas seguidas sin dejar de estudiar. Abandonando



el grueso libro de Física, me quité las gafas y las deposité con cuidado sobre las páginas abiertas. Contuve un súbito bostezo y me despecé, sintiendo cómo todos mis huesos crujían en protesta al levantarme al fin de la incómoda silla de mi escritorio.

Me entretuve unos valiosos segundos mirando mi cuarto, una sobria estancia de tamaño medio con paredes desnudas y blancas. Aparte de los muebles indispensables (cama, escritorio, mesilla y armario), mi pieza favorita era una gran estantería de roble repleta de libros, tanto los que necesitaba para mis estudios como los que ya había leído por puro placer. Por lo demás, la verdad es que no tenía muchas más aficiones. La gran cama doble ocupaba buena parte del espacio central, invitándome tentadora a que hiciese un casto uso de ella. Agarré mi iPod y me tumbé boca arriba con los ojos cerrados, dispuesto a subir el volumen al máximo y autoprovocarme una ligera sordera transitoria. No es que me gustase especialmente la música, pero al menos me resultaba útil cuando quería evadirme.

La puerta de mi espacio íntimo se abrió con violencia, rebotando la hoja sobre la pared. Abrí los ojos por puro instinto, sorprendido al sentir en el rostro la súbita corriente de aire. Me incorporé levemente hasta quedarme sentado, sacándome los auriculares mientras observaba sin expresión alguna el ceñudo rostro del recién llegado. Mi tío Rusell seguía sin perder el tiempo en fórmulas de cortesía.

—Siempre me pides que llame a tu maldita puerta y, cuando al fin lo hago, ni te molestas en contestar.

—No lo he oído. —Nunca he sido hombre de muchas explicaciones, así que le señalé vagamente el iPod con la esperanza de que él mismo estableciera la conexión.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estudiar.

—¿Y ya has terminado?

—No.

—Esta noche tienes un trabajito.

Aquella inesperada noticia sí que me hizo reaccionar. Fulminé a mi tío con una impertinente mueca de disgusto.

—No puedo, el lunes tengo un examen.

Mi tío contraatacó con una sonrisa cáustica, cruzándose de brazos en actitud de superioridad. Sabía perfectamente lo que estaba pasándole por la cabeza. Evaluó pensativo mi negativa reacción, mientras tamborileaba con los dedos en sus bien desarrollados bíceps. Ya había comprobado de antemano que los gritos y las peleas no tenían el más mínimo efecto en su impasible sobrino, al contrario que unos sutiles y bien escogidos argumentos psicológicos. A veces, hasta él mismo se asombraba de lo fácil que le resultaba manipularme a su antojo.

—Necesitas ese dinero, Chris —me recordó.

—Ya lo sé —gruñí secamente.

—Han dicho que te pagarán el doble.

Bien, eso solo podía significar que sería doblemente peor que otras veces.

—Diles que hoy no. Lo haré otro día.

Su infalible táctica, al igual que su escasa paciencia, comenzaba a fallar.

En dos furiosas zancadas, Rusell eliminó la escasa distancia que nos separaba. Ahogué una débil protesta cuando su mano se cerró implacable sobre los despeinados cabellos de mi nuca, tirando bruscamente hacia abajo para obligarme a levantar la cabeza. Aunque ya no era ningún niño asustadizo, odiaba con todas mis fuerzas aquella maldita costumbre suya de hacerme ceder por la fuerza. Cuando nuestras respectivas miradas se encontraron, hubiese sido imposible determinar cuál de ellas destilaba más aborrecimiento.

—¿Desde cuándo tienes la opción de elegir, sobrinito? Cualquiera diría que ya no tienes el menor interés en volver a verlo.

Acertó de lleno en la herida, aquella que nunca se me había cerrado del todo.

Clavé en los suyos mis impenetrables ojos verdes, con las mandíbulas apretadas y aquel fiero gesto de orgullo que nunca dejaba de sorprenderle. Sin mediar palabra, me soltó tan desabridamente como me había inmovilizado, sacudiéndose posteriormente las manos con aparente indiferencia.

Sabía perfectamente que él había ganado.

Otra vez.

—Te recogerán a las once. —Me dio un flojo golpecito en el hombro, algo que pretendía ser un afectuoso gesto de arrepentimiento justo antes de marcharse—. No me obligues a esto, Chris. Ya sabes que yo solo quiero ayudarte.

Retornado el silencio, la música de mi iPod sonaba tan fuerte que podía escucharse claramente sin necesidad de ponerse los auriculares. Desconecté el aparato y me quedé mirando al frente, sin saber muy bien lo que hacer. Una de las puertas del armario era en realidad un espejo grande, el único que había en toda la habitación. La superficie reflexiva me devolvió la triste imagen de un chico pálido y ojeroso. Tenía el pelo negro, demasiado para mi gusto, sin texturas ni matices que pudieran considerarse bonitos. A pesar de ello me lo dejaba crecer de cualquier manera hasta casi rozarme los hombros, ya que esa era la longitud adecuada cuando se trataba de que la gente no pudiera verme la cara. Se ve que a mi tío Rusell también le parecía práctico para poder persuadirme, tal y como acababa de comprobar. Mis ojos eran la evidencia más notable de mis caprichosos genes mestizos, tanto por la forma como por el color. Los tenía grandes y bastante rasgados, una pequeña reminiscencia de mi herencia materna, y además con pestañas largas como los de una mujer. No me gustaban en absoluto. El resto de mis rasgos era otro aburrido compendio de estridencia



y vulgaridad. Odiaba mirarme en el espejo y con gusto me hubiese deshecho de ese rompiéndolo en mil pedazos, si no hubiera sido porque también me arriesgaba a quedarme sin armario.

Pero, en compensación por mi poco atractivo físico (o al menos eso era lo que yo creía), me quedaba el intelecto.

Nunca he pecado de vanidoso, pero sé que soy muy inteligente. Ingresé en la Universidad de Nueva York con las mejores notas de acceso de toda mi promoción, ganándome una beca completa que cubría la totalidad de la matrícula, entre otros pequeños gastos. Jamás olvidaré la enorme satisfacción que sentí al decirle a mi tío que no necesitaba su asqueroso dinero para labrarme un futuro. Pero la beca no era a cambio de nada: estaba obligado a mantener un nivel académico intachable para poder conservarla. Si no podía estudiar, por el motivo que fuese, todo se iría a la mierda.

Eran poco más de las ocho. Sacrificando la cena, aún podría aprovechar unas dos horas y media para seguir hincando los codos. En mi caso, el tiempo era oro.

Y era precisamente tiempo lo que no me sobraba.

ERIC

Me detuve a las puertas del lujoso restaurante, concretamente, justo delante de los dos armarios roperos que custodiaban la entrada. El de la izquierda ni siquiera se dignó a mirarme; el de la derecha giró milimétricamente una pupila y emitió una especie de sordo gruñido para darme la bienvenida.

—Buenas noches —saludé recurriendo a mi escasa diplomacia.

Cometí el primer error cuando quise seguir hacia delante y poco faltó para dejarme los dientes contra el brazo estirado de uno de los guardias, que inmediatamente me empujó hacia atrás. Agradecí que los daños no hubiesen sido demasiado graves, porque no tenía dinero para pagarme una ortodoncia. Más que un brazo, aquello parecía una jodida catapulta.

—Me están esperando. —Con mi orgullo herido, creí conveniente ampliar la información.

—¿En serio?

La mirada entre incrédula y burlona que me dedicó el segurata acabó por tocarme la moral, mención aparte a lo que tenía entre las piernas. Respiré hondo intentando calmarme, aflojándome ligeramente el nudo de la corbata negra que llevaba sobre una moderna camisa de color violeta. Liarse a hostias con aquellos gorilas estaba claramente descartado, así que opté por la peligrosa vía de la sinceridad.



—Vale que no llevo un puto Armani y que seguramente un plato con las sobras será lo más exquisito que llegaré a comer en mi mediocre vida, pero mi jefe y mi cliente están ahí dentro y el que mis huevos sigan en su sitio después de esta noche depende enteramente de que me dejéis pasar.

Por fortuna, aquel discursito surtió el efecto esperado y el guardia de la izquierda se dignó a mirarme por primera vez, reconociéndome como a un ser humano.

—¿No serás tú el ayudante del señor Garrison?

—Asistente —corregí con justificada indignación. Al menos, aquel tirano explotador había tenido la decencia de decirles a los sobrinos de Rocky Balboa que me estarían esperando.

—Puedes pasar.

Arreglándome las solapas de la chaqueta, traspasé las enormes puertas de cristal y desemboqué en un amplio vestíbulo de techo abovedado con el suelo y las paredes de mármol. Una gran fuente de piedra con surtidor se erigía majestuosa en mitad de la estancia, albergando flores de loto e incluso pequeños pececillos de colores. Completamente decidido a no parecer demasiado deslumbrado entre tantos lujos, caminé despreocupado hacia el mostrador de bienvenida y me anuncié tranquilo a la belleza japonesa que desempeñaba el papel de recepcionista.

—Hola, soy Eric Monroe. —Sí, sí, lo sé. Como Marilyn.

—Buenas noches, señor Monroe. ¿Puedo ayudarle? —Su inglés era prácticamente mejor que el mío.

—Tengo una cena de negocios con el señor Garrison y el señor Foster.

—Mesa once, señor Monroe —contestó la mujer tras corroborar la veracidad de los datos en una agenda electrónica—. Disfrute de su estancia.

Sintiéndome importante, atravesé otra doble puerta de cristaleras y me encontré por fin en el fastuoso salón de estilo oriental, que tendría el tamaño aproximado de medio campo de fútbol. Desde luego, allí bien podía aplicarse aquello de que el lujo solamente estaba reservado a unos pocos afortunados. Mis zapatos de ejecutivo no eran de muy buena calidad, así que agradecí enormemente que el socorrido tatami absorbiera el traicionero repiqueteo de las suelas plastificadas. Mis orígenes humildes no estaban acostumbrados a semejante derroche de opulencia e hipocresía y, muy a mi pesar, admití que todo aquello me provocaba una especie de retorcida fascinación. Con la más insignificante de las joyas que lucía cualquier mujer de las presentes, yo y mis futuros hijos hubiésemos podido vivir cómodamente el resto de nuestras vidas.

—Aquí, Eric, estamos aquí.

Drew me estaba llamando desde una de las mesas redondas situadas a la izquierda. Ya desde lejos, su fingida sonrisa de alegría me advertía que tuviese mucho cuidado con sacar a relucir mi mejor y más depurada cualidad: cagarla.



Aún recordaba la curiosa discusión que ambos habíamos tenido el viernes a propósito de la dichosa cena.

—¿Al Koi? ¿Eso no es un restaurante para viejos millonarios?

—Exacto —corroboró mi jefe apuntándome enérgicamente con el extremo de su bolígrafo azul—. Por suerte para nosotros, nuestro cliente cumple los dos requisitos.

—¿Y se puede saber quién es?

—Abraham Foster.

—¿El juez?!

—¡Premio para el inútil de mi asistente!

—Pero... —Me sentí desconcertado—. Abraham Foster es uno de los hombres con más poder de la ciudad, no se me ocurre lo que podría querer de nosotros.

—Digamos que tiene guardados bajo la cama unos cuantos cientos de millones. Dinero negro, por supuesto. Ya sabes que últimamente los servicios de inteligencia del FBI están desarticulando complejas tramas de malversación de fondos, así que el viejo zorro no está dispuesto a arriesgarse. Quiere llegar a un acuerdo para poder blanquear su dinero a través de nuestro humilde negocio.

—Lo mismo de siempre, entonces —protesté frunciendo el entrecejo—. Garrison & Cía... Llame a nuestra puerta y salvaremos su culo corrupto de la malvada justicia.

—Vamos, Eric, no dramatices.

—No lo hago. Solo rezo para no acabar con mis jóvenes huesos en las frías losas de una celda. ¿Cuándo dices que tienes esa cena?

—Tenemos —recalcó Drew sin inmutarse—. Mañana por la tarde nos reuniremos aquí a las siete y cuarto, para negociar las condiciones. Después, para celebrarlo, iremos a cenar a un maravilloso restaurante con el que ningún pobre jovencito analfabeto criado en el Bronx hubiese podido soñar jamás.

—Vale, lo capto. ¿Y se puede saber qué pinta este pobre jovencito analfabeto criado en el Bronx en todo esto? —Lo señalé desconfiadamente, conocida de sobra su parca generosidad—. Yo no tengo un mísero dólar, y no creo que vayas a pagarme una cena ultracarísima porque me aprecies de verdad.

—Nos invita el viejo. Sobre todo a ti.

—Ah, joder, ya me extrañaba a mí tanta amabilidad... ¡¡¿Ehhh?! ¡Un momento! ¡Ya sé por dónde vas, depravado aspirante a proxeneta! ¡Si te has creído que voy a dejarme sobar por esa maldita momia, estás de coña!

—¿Y ponerle morritos de vez en cuando? ¡Hostias, Eric! ¡¿Sabes la cantidad de dinero que podríamos ganar con esto?!

—Habla por ti. Yo siempre cobro lo mismo a final de mes. ¿Acaso eso va a cambiar a partir de ahora?

—No, pero podrás seguir conservando tu trabajo, que no es poco.

—Genial, primero especulas con mi culo sin ni siquiera preguntarme y ahora encima me amenazas.

—Ya sabes que, aquella noche, te prometí que cuidaría de ti.

Cerré la boca en el acto, desgarrando entre mis dientes futuras acusaciones. Aquella inesperada mención a «esa noche» me hizo recordar ciertas cosas que no quería volver a recordar, al menos no en ese preciso momento. Consciente de aquel brusco cambio de actitud en su deslenguado pupilo, Drew estiró una mano en silencio y revolvió con afecto mis siempre perfectos y engominados cabellos.

—¿Es que has vuelto a hacerte mechas, so nenaza?

—¿A que estoy irresistible? —Desplegué una sonrisa orgullosa.

—Supongo que Abraham Foster sí que te encontrará más apetecible.

—Seré la mejor fulana en trescientos kilómetros a la redonda —prometí solemnemente—. Por cierto, ¿qué tanga quieres que me ponga?

Bueno, al final había descartado lo del tanga, pero sí que estaba lo suficientemente mentalizado como para coquetear un ratito con el viejo de marras. En mi mesa había unas nueve personas, sin contar a Drew ni a Dallas. Una era el mismísimo Abraham Foster, otras dos parecían guardaespaldas a juzgar por su aspecto y tamaño y el resto se componía de un breve séquito de asesores y abogados.

—Buenas noches a todos, siento el retraso. —Inmediatamente centré mi seductora sonrisa en su jurásica señoría, sabiendo que mi jefe me estaría atravesando la espalda con sus malignas pupilas—. Le veo estupendamente, señor Foster. Permítame presentarle mis más sinceras excusas por no haber podido asistir a la reunión. A última hora me surgieron... eh... unos pequeños problemas de salud.

En fin, aquello no era del todo mentira. Estaba seguro de que si no hubiese llegado a tirarme al camarero, lo más probable es que hubiese acabado con quemaduras de segundo grado debido al soberano calentón.

—Por fin nos conocemos, Eric. —Con una astuta sonrisa, Foster me señaló sin reparos la silla vacía que quedaba a su derecha—. Estoy dispuesto a perdonarte si ahora pasamos un agradable rato juntos durante la cena.

Sin borrar aquella falsa y deslumbrante sonrisa, me acomodé a su lado sintiendo un repentino alivio. Al menos había dicho *durante*, y no *después*. Drew me advirtió con una última y disimulada mirada que le siguiera el juego al magistrado salido o ya se encargaría él mismo de arrancarme la piel a tiras con la cucharilla del postre. A veces, podía llegar a ser verdaderamente cruel y retorcido.

—Escucha, Eric... ¿No te importa que te tutee, verdad?

—Para nada, señoría. Tutéeme lo que usted quiera.

—Estupendo. ¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos?

Pestañeé avergonzado con inocentes aires de quinceañera, algo que se me daba rematadamente bien. Por alguna genética razón, el color de mis ojos había



seguido la cromática intensidad de mi cabello castaño claro, al que yo añadía religiosamente unas estratégicas mechass rubias de vez en cuando. Dependiendo de la luz, mis iris adquirirían un infrecuente matiz dorado.

—Le agradezco el cumplido, señor juez. —Antes de que pudiera seguir cortejándome, cogí la elaborada carta dispuesto a ojeaar el menú—. ¿Me recomienda usted algún plato en especial?

Abraham Foster parecía encantado de que hubiese depositado toda mi confianza en sus exclusivos gustos culinarios.

—Cualquier cosa que pidas te resultará exquisita pero, si quieres mi opinión, te recomiendo encarecidamente el *gyúdon*. —Me pilló desprevenido y casi pegué un bote en la silla cuando la juguetona mano del juez se ciñó a mi muslo con la misma energía de una boa *constrictor*. Se inclinó para susurrarme al oído—. Confieso que siento predilección por los terneros... jóvenes.

Vale. Había arrancado, había metido primera y ya estaba poniéndole la tracción a las cuatro ruedas. Me pregunté en qué momento exacto me arrojaría sobre la mesa para empezar a desnudarme.

—Lo probaré, gracias —contesté con total normalidad, ignorando deliberadamente aquellos dedos huesudos que acariciaban mi pantalón.

Con una palmadita de satisfacción, Abraham Foster finalizó el contacto mientras yo me afanaba en recurrir al consuelo visual, cruzando mis ojos con los de Dallas. Mi discreto compañero había sido testigo privilegiado de aquel descarado manoseo y daba pequeños sorbos a su copa de vino para intentar disimular una sonrisita socarrona. Sentí unos irrefrenables deseos de partirle las piernas: el muy cabrón se lo estaba pasando en grande.

CHRIS

Por el conocido itinerario que seguía el coche, intuía que nos estábamos acercando al Koi. No había pronunciado palabra en todo el camino, limitándome a observar por las ventanillas ahumadas las brillantes luces del centro de la ciudad. Por la noche, Nueva York tenía un encanto felino. Solo había una sola cosa que me importara en aquellos momentos, así que me incliné hacia el chofer dispuesto a preguntar.

—¿Quién...?

—Foster.

«Joder».

Volví a echarme atrás en mi asiento, apoyando la espalda en la inmaculada tapicería de cuero blanco. No podía haber sido peor. Al día siguiente estaría tan hecho polvo que no podría ni levantarme de la cama.

El coche se desvió hacia la izquierda para internarse por un callejón entre dos altísimos rascacielos. Reduciendo la velocidad, se detuvo junto a una puerta de hierro flanqueada por varios contenedores de basura y unas escaleras de emergencia.

—Te recogeré a las cuatro. Aquí mismo.

No me molesté en despedirme, bajé del coche y me acerqué a la puerta dispuesto a llamar. Sabía que, desde el automóvil, Marley me vigilaba. Di tres fuertes golpes según lo convenido y tras unos pocos segundos alguien describió un pesado cerrojo que había en el interior. Entré en el Koi por la puerta de atrás, aquella exclusivamente reservada para los asuntos turbios.

—Sígueme —me ordenó una voz de mujer.

La luz era escasa, aunque suficiente para alcanzar a ver por dónde se movían mis pies. Ayudaba el hecho de que ya conocía el sitio en cuestión, por ser un asiduo eventual que formaba parte de la diversión más macabra y secreta ofrecida por el restaurante. La mujer me llevó a un pequeño cuarto donde nada más había una silla plegable y un viejo armario, y me pidió con la misma elocuencia que esperase allí. No tuve que aguardar demasiado tiempo para escuchar un leve ruido a mis espaldas y comprender de inmediato que ya no estaba solo.

—No te gires. Desnúdate —me indicó otra voz desconocida, aquella vez indudablemente masculina.

Había dejado la mente en blanco, en el coche, junto a mi cazadora de cuero en el asiento de atrás. Mis manos se movieron como autómatas hacia los pequeños botones de mi camisa. Despacio, casi como si fuese un ritual, dejé mi ropa amontonada en el suelo y permanecí serenamente inmóvil. Alguien se me acercó por detrás y sentí en el rostro el suave tacto del auténtico terciopelo mientras me vendaban los ojos. Después, me juntaron las manos a la espalda y mi columna vertebral se estremeció levemente al experimentar en mi piel desnuda el frío acero de unas esposas. Algo gélido y familiar rodeó mi garganta, revelando en aquel opresivo silencio el inconfundible tintineo de una cadena.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, aquella situación de hallarme completamente vulnerable me provocaba una especie de retorcida excitación.

—¿Tienes límites?

—Ya los conocen.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

—*Seven.*

—No me han dado órdenes precisas sobre si debo amordazarte o no, pero lo haré por si acaso. —Un delicado pañuelo de seda enrollado sobre sí mismo me privó de emitir cualquier sonido, ajustado fuertemente entre mis labios y anudado detrás de la cabeza.

Yo solamente tenía un límite, algo que no pensaba transgredir bajo ninguna circunstancia. Otra persona, sin embargo, basándose en su propia ambición y



no por clemencia, sí me los imponía. Estropear excesivamente la mercancía no era bueno para el lucrativo negocio. En ese aspecto, no había nada que discutir. En cuanto a lo otro... Bueno, digamos que me gustaba experimentar hasta dónde era capaz de forzar mi resistencia.

—Vamos.

Sentí una ligera presión en el cuello cuando tiraron de la cadena obligándome a avanzar. A ciegas, mudo y maniatado, cada paso que daba en dirección a mi destino inmediato era como una liberación ansiada en respuesta a mis más cruentos deseos. Me gustaba casi tanto como lo aborrecía. Lo temía, casi tanto como lo esperaba. Era precisamente aquella mezcla de sentimientos opuestos lo que convertía mi objetivo en algo mucho más fuerte que mi propia voluntad.

Sumido en las más profundas tinieblas, aguardé impaciente mi absolución.

ERIC

Miré con ojos risueños los restos de la imposible copa de helado y caramelo que acababa de zamparme, con las suficientes calorías como para mantener con vida a cuatro personas adultas durante un mes. Al menos había descubierto con alegría que, entre tantas algas, arroces y pescado crudo, aquella gente también conocía el helado normal y corriente. En aquellos momentos me debatía entre las diferentes opiniones sobre la amena velada, sopesando si había merecido la pena dejarme toquetear furtivamente bajo la mesa con tal de haberme llenado la tripa hasta reventar. Después de todo, el *sushi* de caviar, el *Chardonnay* y la langosta no eran alimentos a los que estuviese habituado mi modesto aunque receptivo paladar.

Mientras engullía todo aquello y los mayores bebían té, Drew me hizo un disimulado gesto en dirección a los lavabos. Foster estaba demasiado ocupado discutiendo algo con uno de sus asesores, pero juzgué prudente informarlo de mi breve excursión al urinario. No estaba muy seguro de cuál iba a ser su reacción si, de pronto, su cariñoso concubino desaparecía furtivamente.

—Perdóneme un momento, señor juez. Me urge la necesidad.

—Claro, claro. Puedes ir, hijo. —Foster me concedió su permiso dedicándome un amable gesto displicente con la mano.

Abandoné la mesa con la curiosa sensación de que debía pesar una tonelada más que antes, aunque mi barriga llena apenas trazase una curva lo suficientemente visible como para poder decir que tenía michelines. Lo cierto era que la genética, aparte de regalarme unos ojos un tanto fuera de lo normal, había sido demasiado benévola conmigo. A mis veintitrés años recién cumplidos y gracias a que adoraba el deporte, podía presumir de un cuerpo alto y fibroso en el que no existía ni la menor molécula de grasa.

El suelo de los lavabos de caballeros relucía infinitamente más que mis blanquísimos dientes, dando la impresión de encontrarme en una sala extraña rodeada de espejos. El apreciable olorcillo a ambientador de flores me provocaba un molesto cosquilleo en la nariz, aparte de unas ganas de estornudar permanentes. Aprovechando mi obligada estancia en el servicio, procedí a vaciar mi sufrida vejiga y lavarme las manos (sí, algunos hombres nos lavamos las manos después de mear), momento justo en que la brillante calva de mi jefe hizo su aparición estelar.

—¿Qué es lo que pasa? —demandé intrigado.

Antes de sacarme de dudas, Drew recorrió la totalidad del baño escudriñando bajo los reservados de los retretes en busca de involuntarios espías. Una vez se hubo cerciorado de que estábamos solos, evaluó a su dulce pupilo con expresión misteriosa.

—¡¿Qué?! —exploté sin poder contenerme, devorado por la incertidumbre.

—Esto está saliendo de puta madre, Eric.

—Coño, no me extraña... Creo que a estas alturas debo de tener todas sus huellas dactilares tatuadas en el muslo.

—Deduzco entonces que has calentado algo más que tu silla.

La metáfora era semántica y totalmente correcta, pero yo tenía otras cosas que objetar.

—¡Ese maldito baboso no se corta un pelo! ¡Y créeme, es absolutamente repugnante!

—Aguanta un poco más —me pidió mi jefe obsequiándome con una comprensiva palmadita en el brazo—. Foster me ha preguntado si queremos asistir a un pequeño espectáculo privado.

—No me jodas con que voy a tener que hacerle un *striptease*.

—Por esta vez te salvas. Al parecer, en la trastienda ilegal y tenebrosa hay unas cuantas habitaciones reservadas a ciertos... entretenimientos.

—Esta gente tiene unos gustos muy *bizarros*. —Me encogí de hombros—. ¿Qué crees que será?

—Ni idea. Dallas dice que mejor los acompañemos y terminemos del todo nuestro bonito papel en la función. Sal tú primero, así no resultará tan sospechoso. Les he comentado que tenía que realizar una llamada urgente.

Me reuní enseguida con mi anfitrión, el cual se mostró claramente encantado de volver a verme. Por suerte para mí, Drew regresó a la mesa cuando la trepadora mano del ancianete travieso distaba unos cinco centímetros escasos de mi sufrida entrepierna.

—Tengan la amabilidad de seguirme —anunció el juez.

Un empleado del restaurante nos acompañó hacia el interior a través de otras puertas dobles que no eran de cristal, sino de gruesa madera revestida por lo que parecían unas grandes planchas aislantes. El corredor, carente de



cualquier mobiliario, estaba tenuemente iluminado por una suave luz de tonalidad rojiza. No pude evitar pensar que aquella atmósfera lóbrega me recordaba inevitablemente a los sótanos que tanto aparecían en las películas de miedo. Casi esperaba ver al encapuchado de turno salirnos al paso para empezar a cortar cabezas.

Foster desapareció por otra puerta que había a su derecha, escoltado por todo su ejército de lameculos. Desembocamos en otra sala que seguía siendo oscura, aunque algo más amplia, con unos cuantos asientos dispuestos a modo de gradas y una especie de tarima elevada en el centro. El único foco de luz iluminaba una solitaria cuerda que colgaba inmóvil del techo.

—¿Esto qué es, una mazmorra? —susurré con sorna mientras me acomodaba junto a Dallas en la última fila.

Jodida intuición.

—¿No te sientas al lado de tu amorcito? —Dallas sacó a relucir una vez más su particular sentido del humor.

—Que te foll...

No llegué a terminar la frase y, a juzgar por la súbita exclamación de sorpresa que salió de labios de mi compañero, este tampoco la hubiese oído. Mis ojos estaban asombrosamente fijos en la tarima, donde la súbita aparición de un muchacho atado, amordazado y completamente desnudo me dejó sin aliento.



2. DESCUBRIMIENTO

Humillación.

Sé perfectamente que no debo alzar la mirada.

CHRIS

—De rodillas, la cabeza al suelo.

No consentí de inmediato, así que sentí un enérgico tirón del collar que aprisionaba mi cuello y me vi forzado a inclinarme de forma brusca, casi perdiendo el equilibrio por culpa de mis manos atadas. Privado de todo apoyo, me precipité hacia delante doblando las piernas. Antes de que llegara a golpearme la cabeza contra el suelo, alguien frenó mi veloz trayectoria sujetando la cadena. El cuero nuevo se hincó en mi piel, provocándome una lacerante fricción alrededor de la garganta. Unas manos tomaron mis cabellos con enérgica autoridad, retorciendo mi cuello en un ángulo casi imposible. Jadeé, pero solo conseguí emitir un sordo gruñido y que mi saliva oscureciese parcialmente la suave seda encarnada que separaba mis labios.

—Tienes que aprender a obedecer, zorra.

No me dio tiempo a reaccionar. Un dolor agudo, punzante, atravesó mis desprotegidas nalgas trazando una insoportable línea de fuego. No lo esperaba, así que me estremecí violentamente y cerré los ojos con fuerza a pesar de la espesa venda que los cubría. Mi respiración se aceleró en el acto, tensé la mandíbula y contuve el grito. No estaba allí para experimentar placer, sino para aumentar el placer de otros. Con el sobresalto, había levantado ligeramente el torso. Mi hostigador me devolvió a la posición requerida colocándome una de sus gruesas botas de cuero en la parte posterior de la cabeza. Hizo fuerza y, por inercia, volví a inclinarme para ofrecer mi trasero sin posibilidad de hacer otra cosa. El otro mantuvo el pie firmemente apoyado sobre mi cuello para impedir que me moviera. Seguramente, la suela se me quedaría marcada en la mejilla.



El segundo azote me hizo apretar los dientes para contener un débil gemido.

Sabía que Foster estaría allí sentado, observándome atentamente. Despiadado y calculador. Conocía demasiado bien el nivel de mi resistencia, pero no por ello se privaría de comenzar despacio para ir probándome. Solo por una macabra curiosidad, me hubiese gustado prescindir de todo límite para ver hasta dónde sería capaz de llegar el viejo conmigo. Al todopoderoso Foster solo le frenaban las sutiles advertencias de aquel que le alquilaba el delicioso juguetito sumiso durante unas horas. Así pues, su ilustre señoría se cebaba lo justo como para, posteriormente, evitar responder por daños mayores. Por mi parte, agradecía el llevar los ojos vendados para no tener que soportar la nauseabunda visión de aquel asqueroso rostro complacido mientras me humillaba. Sabía que al viejo le excitaba enormemente escucharme suplicar. La fusta volvió a caer con fuerza sobre mis expuestas nalgas, aunque fui capaz de sobreponerme enseguida al insostenible escozor. Acostumbrado a prácticas más extremas, sabía que no me costaría excesivo esfuerzo sobrellevar ese tipo de golpes. Mi respiración volvía a tener un ritmo normal.

—Espera. Usa el látigo. Y quítale la mordaza.

El necesario orgullo que me faltaba en la vida diaria se manifestaba entonces allí, cuando ni siquiera era considerado un ser humano. Me castigaba a mí mismo por disfrutarlo, por obligarlos forzosamente a que me hiciesen más daño. Era enfermizo, despreciable. Casi me moría de ganas por demostrarles todo lo que aún sería capaz de soportar.

—De pie —me indicaron simplemente tirando hacia arriba de mis cabellos.

Me incorporé mientras me quitaban las esposas y volvían a sujetarme las manos, aquella vez por delante. Sentí el leve roce de una gruesa cuerda en mi antebrazo. Segundos después ya tenía los brazos completamente estirados por encima de la cabeza, y dejaron la soga tan sumamente justa que apenas podía llegar a apoyarme sobre los dedos de los pies. Aquella complicada postura me obligaba a mantener las piernas abiertas, continuamente estiradas hasta el límite, si no quería perder el equilibrio y despellejarme las muñecas. A mi espalda, el inconfundible chasquido del látigo me hizo ser plenamente consciente de lo que iba a pasar. No era frecuente su uso, debido a las dolorosas secuelas, así que aquella velada debía de ser especial. Sentí un leve cosquilleo impreciso en la parte baja de mi espalda. Aquella odiosa espera formaba parte del castigo.

Lenta y deliberadamente, alguien me introdujo los dedos en la boca y me retiró la mordaza. Aún no habían empezado y ya me dolían los músculos por la forzada tensión, el sudor brillando en mi piel nacarada. Una angustiada incertidumbre me hacía clavarme las uñas en las palmas de las manos hasta dejarlas marcadas por unos pequeños surcos sanguinolentos. Si hubiese sido más valiente, quizá les hubiese suplicado que me soltaran. Mi respiración se aceleró y asomé levemente la punta de la lengua para humedecerme los labios. Iba a necesitar hasta la última gota de todo mi autocontrol.

—Uno.

No quería gritar, y no lo hice.

—Dos.

No aún.

—Tres.

Todavía podía aguantar...

—Cuatro.

... o quizá no.

—Cinco.

Mi entrenada resistencia se tambaleó peligrosamente, pero de nuevo conseguí respetar mi orgulloso silencio mordéndome el labio hasta hacerlo sangrar. Aquello no era más que el macabro juego del tira y afloja entre el viejo y yo, aunque sabía perfectamente que no iba a ganar.

—Seis.

Jadeaba convulsivamente, sintiendo aquella inevitable y vergonzosa humedad en mis ojos. Ya comenzaba a ceder.

Y me gustaba.

—Siete.

El aire se congeló en mis pulmones, provocando que durante los primeros instantes se me desenfocase la vista en mitad de la oscuridad. Tenía el cuerpo tan sumamente rígido que comencé a temblar.

—Más fuerte —exigió Foster, con un impaciente matiz de contrariedad.

—Ocho.

Mi espalda se desgarró en una brutal explosión de dolor, lanzándome a un negro abismo donde mis propios esfuerzos me arañaron despiadadamente la garganta al contener el quejido.

—Nueve.

Uno más, uno más.

Solo uno.

—¡Más fuerte! —repitió el juez sin poder contener la excitación ansiosa que le descomponía la voz—. Quiero que lo rompas.

—Diez.

El látigo volvió a caer.

Cedí al fin, doblegándome, y mi voz retumbó en las paredes desde lo más hondo de mi garganta. Se me doblaron las rodillas y sentí el consiguiente pellizco abrasándome las muñecas. Toda la piel de mi espalda era el mismísimo infierno. El insoportable escozor me nublabá cualquier pensamiento coherente. Ya me costaba un mundo seguir manteniendo el equilibrio apoyándome apenas en los dedos de los pies. Agradecí a Dios, si es que verdaderamente había alguno, que la implacable disciplina tuviese la bendita virtud de no dejarme sentir otra cosa más que el dolor.

—Así está mejor —aprobó el viejo regodeándose aún con aquel desgarrador alarido—. Sigue.



—Once...

—¡BASTA!

No reconocí la voz, aunque sí me di cuenta de que ambos sentíamos la misma rabia. La única diferencia radicaba en su intención, sobre todo porque yo jamás hubiese pedido que me dejaran.

Se me paró el corazón.

—¿Chris?

Alguien entró con cuidado en mi cuarto y buscó a tientas la pequeña lamparilla que había en el escritorio, localizando enseguida su interruptor. Un agradable resplandor iluminó de nuevo los colores y formas.

—¿Estás despierto?

Su pregunta iba dirigida a mí, al inmóvil muchacho que estaba tumbado boca abajo sobre la cama.

—No te he llamado, Tara —gruñí con fastidio entreabriendo los ojos.

—Pero tu tío sí —me informó ella mientras dejaba sobre la colcha su maletín quirúrgico—. Dice que ayer, cuando volviste, a duras penas te podías arrastrar. Está preocupado.

Enterré la cara entre las sábanas para ocultar una cínica sonrisa. Un loable gesto, que a esas alturas se molestara por mí. Sin embargo, sabía perfectamente que solo miraba por el negocio. Nuestra complicada relación estaba basada en el beneficio mutuo, donde cada uno de nosotros tenía sus propios intereses.

—Estoy bien —mentí con aplomo—. Vete.

—Solo déjame echarte un vistazo, por favor. —Sin darme tiempo a obtener de mí otro más que probable rechazo, Tara se sentó a mi lado en el borde de la cama—. Te ayudaré a quitarte la camisa.

La tela no presentaba restos de sangre, cosa que muy raras veces había llegado a ocurrir, aunque ya conocía de sobra lo que había debajo. Tara tragó saliva con un nudo en la garganta cuando descubrió aquella extensa porción de piel inflamada, surcada por incontables líneas rojizas que se entrecruzaban unas sobre otras. En algunos lugares la piel había estado a punto de desgarrarse. Ni siquiera intentó rozarlas. Cualquier mínimo contacto me hubiese resultado insoportable.

—Foster, ¿verdad? —adivinó reconociendo enseguida el crudo ensañamiento en aquellas marcas.

Asentí en silencio.

—¿Tienes alguna otra herida más?

Bueno, mi labio inferior estaba un poco hinchado por habérmelo mordido de forma salvaje. Tal y como había supuesto, algunos tacos de bota se me habían clavado en la cara dejándome unas leves marcas amoratadas. Tenía las rodillas y las muñecas casi en carne viva y también me dolía el trasero por la forma en que

habían dado por finalizada aquella extrema sesión, pero eso no iba a decírselo a ella.

—Estoy bien —insistí una vez más.

Seguramente, Tara ya se había dado cuenta de que no podía ni moverme.

—Te daré unos analgésicos —me dijo ella al tiempo que buscaba las anunciadas pastillas en los múltiples bolsillos del maletín—. Tienes un poco de fiebre, pero se debe a la inflamación. Te calmarán el escozor.

Tara me entregó varias cápsulas de diferentes formas junto con el vaso de agua que encontró en la mesilla de noche. El simple hecho de alzar levemente la cabeza para poder beber me provocó un brusco calambrazo de dolor. Sentía como si aún me estuviesen abrasando la espalda. No me acordaba bien, pero hubiera jurado que alguien llegó a pronunciar el número veinte.

—Estaré un rato más en la casa, por si me necesitas.

—Hmm...

Tara apagó la luz y salió del dormitorio dejándome a solas. Un repentino sopor pareció envolverme como una crisálida, sumiéndome en un liviano estado de inconsciencia. Ya sospechaba que Tara me habría colado entre los analgésicos alguna pastilla para hacer que durmiera. Mi mente regresaba de nuevo a la oscuridad.

—¡BASTA!

—*Es solo un juego, Eric. En el fondo lo disfruta.*

¿Eric? El sueño me aprisionó entre sus garras arrancándome definitivamente de la sórdida realidad.

Era un bonito nombre para alguien tan bocazas.

ERIC

En la televisión de pago no estaban dando nada interesante, si exceptuabas los canales de porno y te centrabas exclusivamente en lo que solía ser normal en un aburrido domingo por la noche. Hacía un par de meses que Dallas me había pirateado hábilmente el sistema electrónico de mi apartamento, así que tenía gratis un montón de canales privados y podía conectarme a Internet desde mi portátil gracias a la ignorada generosidad del vecino de al lado.

En circunstancias normales habría seleccionado el porno gay para recrearme un rato la vista, pero el sexo me había mostrado su cara más oscura y ya no podía quitármelo de la cabeza. Cerré los ojos con fuerza mientras un resignado suspiro moría lentamente entre mis labios.

Ni siquiera había podido verle los ojos.



Adormilado como estaba, casi eché el corazón por la boca cuando el teléfono móvil que había a mi lado empezó a tronarme el pegadizo estribillo de una de las canciones de moda. Dallas también me lo había conseguido gratis.

—¿Sí? —contesté con voz enérgica intentando paliar aquella súbita taquicardia.

—¿Hablo con el calientapollas de mi asistente?

—Lo que faltaba. —Armándome de paciencia, puse los ojos en blanco—. Hoy es domingo, Drew, el día del Señor. Ya seguirás acosándome laboralmente mañana.

—No te llamo por asuntos de trabajo, rubiaza. Quería saber cómo estás.

Arrugué las cejas en un sorprendido gesto de extrañeza. Hacía ya algunos años, desde que decidí mudarme a mi modesto apartamento para solteros de oro, que Drew no me había hecho aquella sencilla pregunta. Era sencilla en apariencia, pero no en su trasfondo. Ambos lo sabíamos perfectamente.

—¿Yo? Pues bien, como siempre. ¿Acaso me echaste cianuro en la copa y querías saber si la había palmado?

—Anoche no pronunciaste ni una sola palabra cuando salimos del restaurante.

Más de tres segundos en silencio hubiesen bastado para delatarme. Drew no era mi padre, y yo le agradecía enormemente que tampoco se empeñara en comportarse como tal. Sin embargo, el muy condenado me conocía como si me hubiese parido. No le mentí, como hacía con casi todo el mundo para no tener que dar explicaciones. Drew y la sinceridad caminaban necesariamente de la mano.

—Aquello fue un poco... —No encontraba la palabra exacta—. ¿Desconcertante?

—Sí. Admito que a mí también me impresionó.

—¿Se puede saber en qué coño piensa ese asqueroso viejo del demonio? Es imposible que alguien mentalmente cuerdo disfrute con eso.

—Pues no te incluyas en la definición, Eric. Estabas tan empalmado que creí que acabarías decapitando a Foster si se te reventaban los pantalones.

—Sí, bueno..., pero fue..., no sé. —Me froté nerviosamente los ojos, agradeciendo que el sonrojo no pudiese ser visible por vía telefónica—. Quiero decir que le estaban haciendo de todo. ¡¿Viste su espalda?! ¡Tenía que doler de cojones!

—El sadomasoquismo es una práctica más común de lo que crees. Aunque eso sí, quienes están metidos en ese mundo no lo anuncian alegremente. Ya viste todo el tinglado místico que se montó el viejo.

—Pfffff... Fue algo increíble.

—Dallas dice que fue una experiencia curiosamente didáctica. A ver si ahora tú te vas a volver un adicto. —Drew estalló en ruidosas carcajadas.

—No, no lo creo. Me encanta el sexo duro, pero sin llegar a extremos.

—Eric Monroe, el terror de todos los culos vírgenes de la Costa Este y alrededores.

Fue mi turno de echarme a reír.

—Una bien merecida fama. —Presumí componiendo una traviesa sonrisa.

—En fin, *pichabrava*, te dejo que voy a ir haciendo la cena. A Shawn le toca turno de noche en el bar, así que intentaré no quemar la cocina.

—Si al final tienes que llamar a los bomberos, que no se te olvide darles mi número de teléfono.

—Ah..., cómo se nota que aún eres joven y vigoroso. Te tiras a todo a lo que ya le haya salido barba. Haces que me sienta un pobre desecho inútil, calvo y rechoncho. Mañana me vengaré, dejando que todo el peso de mi enorme frustración caiga irremediabilmente sobre ti.

—Para variar —protesté con un resoplido.

—Dale un beso a Adam, y descansa. Ni se te ocurra tocarte que mañana te quiero en plena forma.

—Vaaaaaaale, nada de pelis porno. Que tengas buenas noches, viejo barrigón.

Con una sonrisa de oreja a oreja, colgué el teléfono y me estiré cuan largo era en el destartalado sofá. El cítrico humor de mi jefe y su lengua descarada siempre conseguían animarme, a la par que sacarme de mis casillas.

Le debía tanto... Después de aquel fatídico día en que mi vida se rompió en mil pedazos y de los otros infernales que le siguieron, fue precisamente Drew quien me encontró acurrucado en el portal de su casa, con la ropa sucia de varios días y toda la pinta de empezar a devorarlo por los pies. Me obligó a subir a su apartamento, me metió en la bañera y me hizo un terrorífico plato de espaguetis. Aquella noche dormí en el sofá, con un pijama prestado y la solemne intención de marcharme al día siguiente.

Creo que es la única vez que he roto una promesa.

Mi vida no ha sido fácil, pero soy un chico fuerte por naturaleza. No creo en todas esas malditas patrañas de la buena suerte o el destino. Las cosas ocurren porque han de ocurrir, y lo que verdaderamente importa es el modo en que decidas enfrentarte a ellas. Si algo he aprendido es que cuanto más grande es la hostia, más deprisa has de levantarte.

Era domingo, sí, y una hora a la que normalmente ya habría llamado a la canguro y me hallaría en el garito de moda flirteando con algún mozalbete interesante. Aquella noche, sin embargo, había cambiado el ardor masculino por un montón de canales con películas porno y unas hormonas rugientes que, gracias al cielo, me mantenían muy calentito ante las bajas temperaturas.

—Papi... —Escuché unos pasitos familiares sobre el suelo de tarima.

Bueno, las pelis guarras tendrían que esperar. Mi diablillo de cuatro años apareció en el salón, descalzo y con su inseparable pijama de *Barrio Sésamo*.



Volví a sentarme y lo cogí para izarlo en el aire, acomodándolo sobre mi regazo. Adam se restregó los ojos, frotó la cara contra mi pecho y bostezó.

—¿Te has cepillado los dientes? —empecé mi interrogatorio habitual.

—Sí.

—¿Has hecho pipí?

—Sí.

—¿Te has lavado las manos?

—Sí...

—¿Has puesto la ropa sucia en el cesto de la colada?

—Que sí...

—¿Vas a darle un beso de buenas noches al mejor padre del mundo?

Me lo dio, dejándome unas pocas babas en la mejilla. Yo lo besé entre su suave pelo rubio y después en la frente. Le había ayudado a bañarse hacía un par de horas y percibí su familiar aroma a champú infantil. Antes de que pudiese escaquearse, lo retuve a traición en un enorme abrazo de oso. Adam rio, protestó y pataleó a partes iguales.

—¿Quieres que te acompañe a la cama? —le pregunté mientras lo soltaba y lo ayudaba a bajar del sofá.

—No, que ya soy mayor —me contestó muy serio.

Tuve que reprimir una sonrisa al ver tan dignamente erguido su escaso metro de estatura. Cuando fruncía el ceño de aquella manera, entre el enfado y la concentración, siempre le salía un gracioso hoyuelito en la mejilla izquierda.

—Buenas noches, enano. Te quiero.

—Yo también. Hasta mañana, papi.

Se fue derecho a su dormitorio y escuché cerrarse la puerta.

A estas alturas supongo que os estaréis preguntando qué diablos hacía un atractivo y exitoso jovencito gay con un adorable (y legítimo) retoño. Para simplificar las cosas, de momento solo os diré que Adam ha sido el mejor error de toda mi vida. Y, con el angelito durmiendo tranquilamente en su cuarto, papi podía retomar su necesario entretenimiento masculino. Regresé a mis ansiadas películas esperando poder suplir con la vista y mi traviesa imaginación la triste ausencia de un buen trasero imberbe. Solté un resoplido de fastidio porque era repetida y, como todas las del género, ya conocía perfectamente el final. Cruelmente desengañado, apagué la caja tonta para volver a tumbarme en el sofá.

Y descubrí preocupado que no podía dejar de pensar en él.

Desistí de luchar contra ello para dar rienda suelta a mis más oscuras fantasías. Cerré los ojos de nuevo y mi mente regresó, una vez más, a aquella sala en penumbra. Tuve que reconocer que, quizá, aún no había podido abandonarla del todo. No me sentía capaz de describir mis emociones al respecto. Claro que me había excitado, tras comprobar incrédulo que el muchacho azotado también lo estaba. No lo comprendía. Al principio me pareció un simple acto

de tortura sin ningún tipo de consideración, pero en verdad daba la confusa impresión de que le estaba gustando. Era imposible.

Los primeros latigazos me dolieron incluso a mí, por eso me había levantado gritando.

—¡BASTA!

—*Es solo un juego, Eric. En el fondo lo disfruta.*

Tras aquella sorprendente respuesta, Foster me observó con una especie de retorcida sonrisa paternal. De inmediato sentí la férrea mano de Dallas agarrándome por el codo, instándome a que cerrase el pico y no espantara los últimos y moribundos restos de mi escaso sentido común.

—*Le estáis haciendo daño —los acusé indignado.*

—*De eso se trata. —Foster dejó escapar una condescendiente risita—. Esta magnífica puta que ves aquí, goza increíblemente con el dolor. Si no conoces este mundo, será mejor que observes con atención. Yo te demostraré hasta dónde pueden llegar los límites del placer.*

Claudiqué confuso, dejándome caer en la silla mientras trataba de controlar aquel imprudente acceso de ira. Dallas se inclinó hacia mí para decirme algo al oído. Estaba tan ofuscado que ni siquiera lo escuché.

El muchacho que permanecía en la tarima jadeaba ruidosamente, tratando de volver a tener el control absoluto de su agitada respiración. Diez finas líneas rojizas se apreciaban claramente en la pálida piel de su espalda. No se hallaba lo suficientemente cerca como para poder recrearme en detalles, aunque me di perfecta cuenta de que el chico estaba empleando todas sus fuerzas en contener los sollozos. A una pactada señal del juez, el hombre que manejaba el látigo se le acercó por detrás, acariciando suavemente las heridas con las puntas de sus dedos. El muchacho emitió un agudo gemido, volvió a tensar el cuerpo y se estremeció. La cuerda se aflojó de repente e, incapaz de sostenerse sobre sí mismo, cayó de bruces al suelo.

—*Eric, ven aquí —me pidió Foster de forma inesperada.*

Dudé unos segundos, pero la curiosidad fue más fuerte que todo distorsionado prejuicio. Me acerqué hasta donde estaba el juez, al mismo tiempo que el muchacho atado era obligado a hacer lo propio arrastrándose sobre sus rodillas. Cuando lo tuve justo delante, pude comprobar que era bastante joven. Tenía el pelo más negro y brillante que había visto nunca, reforzando el precioso contraste con su pálida piel de porcelana. La tela que le vendaba los ojos solo me dejó contemplar una perfecta nariz de estatua griega, unos altivos pómulos sonrojados y unos labios bien perfilados y sensuales que aún emitían débiles jadeos. Era tan hermoso que casi se me olvidó respirar.

Foster aferró despiadado sus cabellos revueltos y, sin contemplaciones, empujó su cabeza hacia delante.

—*Métele los dedos en la boca.*



Mi mandíbula inferior cayó en picado unos seis centímetros hacia el suelo, mientras mi atribulado cerebro trataba de procesar aquel sorprendente mandato. No sabía ni lo que estaba haciendo. Alargando tímidamente una mano, rocé de forma indecisa aquellos sugerentes labios. Yo mismo tuve que sofocar un débil gemido, mezcla imprecisa de excitación y remordimiento, cuando al sentir el leve roce la lengua del joven humedeció automáticamente las sudorosas yemas de mis dedos.

El chico lo hacía despacio, provocativo, sabiéndose perfectamente el centro de atención. Se me había secado la boca, así que tragué saliva esquivando el palpitante nudo que me oprimía la garganta. Mi acalorada imaginación me jugó una mala pasada, haciendo que mi bulliciosa ingle se estremeciese en un repentino espasmo. Durante unos enloquecidos segundos deseé que aquel sometido muchacho, arrodillado ante mí, me chupase la polla igual de entregado que lo hacía con mis dedos... El corazón se me disparó de forma salvaje, e incluso sentí un ligero mareo al comprender repentinamente la causa exacta de mi descontrolada reacción.

Jamás, jamás en toda mi vida, alguien había logrado ponerme tan sumamente cachondo.

Aquella lengua lasciva me abrasaba por dentro.

Foster rompió súbitamente el contacto apartando al muchacho de un despreocupado ademán, como si no fuese más que algo molesto e insignificante. Cayó de costado, reprimiendo un sordo gemido al sentir que su arañada espalda acusaba enseguida el brusco movimiento.

—¿Has cambiado ya de idea, Eric?

Pero yo no podía hablar. Mi voz y mi cordura formaban parte de la sucia humedad que me envolvía los dedos. Mis enturbiados ojos de color miel se cruzaron con la astuta mirada de Foster, provocándome un indescriptible escalofrío. El juez me señaló mi sitio y me apresuré a volver de nuevo junto a Dallas y Drew, evitando a toda costa mirar a mi jefe.

—Podemos continuar.

El joven fue devuelto a la tarima, nuevamente arrodillado. Daba la impresión de que no existía más postura que aquella cuando se trataba de él. Rodeándole despacio su hostigador se situó de frente, apoyándole el mango del látigo bajo la temblorosa barbilla. Empujó hacia arriba e hizo que el joven cautivo lo mirara, aunque con los ojos vendados no lo acertase a ver. El mango del látigo descendió hasta su pecho, rozándole deliberadamente un pezón. Se le escapó otro jadeo culpable. El hombre del látigo escupió despacio, dejando caer su espesa saliva entre los entreabiertos labios de su víctima.

—Chupa.

La misma operación volvió a repetirse mientras el joven lamía aquellos nuevos dígitos con fruición, indiferente a la extraña mezcla de fluidos. Yo les observaba sin perder detalle, completamente hechizado.

¿Cómo sería tener el control total sobre otra persona? ¿Qué se sentiría al poder imponerle libremente tu voluntad? ¿De dónde salía aquella devota entrega?

Un audible jadeo de dolor. Le habían pellizcado con saña el otro inflamado pezón, estirándole del pequeño aro metálico que lo atravesaba. El hombre abandonó su boca con despiadada rudeza, clavándole los dedos mojados en ambas mejillas mientras le sujetaba la cara. Un beso sucio, húmedo y apremiante abusó de la ofrecida cavidad del muchacho, que de pronto se revolvió iracundo para tratar de huir del grosero contacto. Tuve la extraña impresión de que no quería que lo besaran.

El hombre volvió a colocarse a su espalda, observando sus piernas entreabiertas.

—Separa las rodillas.

Y lo hizo, exponiéndose de una manera vergonzosamente descarada.

Una mano separó sus pálidas nalgas y, sin previo aviso, dos lubricados dedos irrumpieron dentro de él. El muchacho protestó adolorido, súbitamente rígido por aquella brusca intrusión. Comenzó a ser embestido de forma lenta pero imparable. Tras unos tensos segundos de lucha, el chico dejó a un lado la propia decencia y ya no fue capaz de contener unos profundos gemidos de placer. Me removí en la silla. Era lo más erótico que había escuchado nunca.

Contemplé embelesado aquel magnífico cuerpo que se sacudía en electrizantes espasmos, con el miembro erecto y pulsante evidenciando orgulloso que en verdad disfrutaba con todas y cada una de las cosas que le estaban haciendo.

—Suficiente —ordenó Foster alzando una mano—. Sigue con el látigo.

El hombre retiró sus dedos al mismo tiempo que el joven emitía un impotente gruñido de frustración. Seguramente había estado a punto de correrse... al igual que yo.

Sujetaron la cuerda al techo para estirarle otra vez los brazos, aunque fue obligado a permanecer semierguido sin posibilidad de dejar caer su peso sobre las rodillas flexionadas, manteniendo el torso ligeramente inclinado hacia delante. Por las visibles gotas de sudor que recorrían su cuerpo, aquella forzada postura tenía que ser inhumana.

—Once.

Fue en ese momento cuando comprendí la razón de que las puertas que daban al restaurante estuviesen convenientemente insonorizadas. El desgarrador bramido del joven habría llegado a los sorprendidos oídos de todos los comensales. Demasiado sensible al dolor, precisamente por el tortuoso placer que había recibido minutos antes, aquel azote parecía haberle partido por la mitad. El misterioso secreto, por lo que ya comenzaba a entender, radicaba en la potente fusión de aquellos dos sentimientos tan dispares.

—Doce.

El angustioso grito de agonía retumbó en mis oídos. Supe que el joven era demasiado orgulloso como para sollozar en voz alta, pero las lágrimas caían silenciosas desde la oscura prisión que cegaba sus ojos dándole un aspecto mucho más vulnerable. El dolor debía de ser atroz, por eso yo no alcanzaba a explicarme de qué manera el joven sumiso aún era capaz de mantener erguida su palpitante erección. Tanto que parecía que iba a estallar.



Dos latigazos más, y el verdugo se arrodilló tras él. Las piernas abiertas del muchacho temblaban violentamente. Gimió derrotado, casi implorante, cuando el mango del látigo acarició suavemente el interior de sus muslos.

—¿Quieres más? —le retó una tenue voz en el oído.

No contestó, aumentando con su imprudencia el frenético ritmo de las caricias. Con la mano que le quedaba libre, el hombre rodeó sus caderas hasta alcanzarle la polla y comenzar a friccionar. El chico se retorció como pudo bajo las cuerdas y no tardó en jadear lascivamente en agradecida respuesta a tan inesperado placer.

—¿Quieres más, puta?!

—S... sí...

Aquella voz ronca, masculina y excitada me traspasó los tímpanos y se grabó con tinta indeleble en lo más profundo de mi memoria. El hombre se bajó la cremallera liberando su propia erección, sacando el látigo de entre sus muslos para obligarlo a sujetarlo entre los dientes. Perdió los cinco segundos indispensables en colocarse un preservativo, le abrió las nalgas de forma ruda y entonces lo penetró hasta el fondo de una única embestida. El muchacho mordió rabiosamente el cuero y gritó de dolor, sintiendo una insoportable molestia al tener que abrirse tan forzosamente. Una vez completamente dentro, el hombre empezó a bombear.

Estaba tan rígido que sentí un repentino calambre en los tensos músculos de mi espalda. Los violentos envites sacudían el pálido cuerpo, arrancándole ahogados gemidos y despojándolo triunfalmente de cualquier pequeño intento de rebelión. Lo único que impedía que el chico cayese al suelo era la tensa cuerda que bajaba del techo inmovilizando sus manos. Las del hombre ni siquiera lo tocaban. Yo adoraba el sexo libre, libre de falsas promesas y fingidos gestos de amor, pero jamás habría concebido que alguien pudiese ser utilizado de aquella asquerosa manera.

Foster abrió la veda siendo el primero en levantarse.

—Muy bien. Por turnos, caballeros.

¿Qué?! ¿Acaso iban a beneficiárselo todos los presentes?!

—Vámonos ya, Eric.

Ni siquiera me había dado cuenta de que Dallas y Drew se habían puesto de pie. La voz de mi jefe me arrancó del sueño y me levanté de la silla de manera automática, con un incomprensible pero necesario deseo de salir inmediatamente de allí.

No podía describirlo, claro que no.

Me encogí de pronto sobre el sofá, al sentir una molesta punzada en la entrepierna. Con la respiración acelerada, metí mi mano bajo el pantalón del pijama y comencé a masturbarme con un sentimiento impreciso. Lentamente me llevé la otra mano a mis propios labios, la misma que sufriera los desvergonzados lametazos de aquel excitante joven.

La verdad es que me hubiese encantado poder follármelo allí mismo.

¿Habría alguien capaz de rendírseme tan absolutamente? ¿De entregármelo todo? Me habían regalado la caja de Pandora, pero sabía perfectamente que estaría perdido sin remedio una vez que la abriera. Ese chico perverso se había convertido en mi obsesión.

Imaginé aquellos labios mojados rodeando mi glande, obligado a tragársela hasta el fondo. Contuve un grito para no despertar a Adam cuando aumenté el ritmo y recordé aquel rostro perfecto, contraído a partes iguales por el placer y el dolor. Doblé las piernas y me mordí rabiosamente los dedos, gimiendo entrecortadamente mientras el brutal orgasmo me vaciaba del todo hasta dejarme sin fuerzas.

«Descansa. Ni se te ocurra tocarte que mañana te quiero en plena forma».

Entre pequeños jadeos, logré esbozar una sonrisilla culpable.

—Lo siento, Drew...



3. OBSESIÓN

Entrega.

Solo deseo complacerte.

CHRIS

A mitad de semana, me encontré lo suficientemente recuperado como para poder incorporarme de nuevo a mi metódica rutina diaria. Me afeité y me duché, con agua templada para que no me molestase en la sensible piel de la espalda ni en las muñecas. El resto de las señales prácticamente habían desaparecido. Envuelto en el grueso albornoz, regresé a mi cuarto y esquivando el odiado espejo abrí el armario. No tenía demasiada ropa, pero no porque no pudiera. Simplemente, no la necesitaba. Me puse la ropa interior y los calcetines, pantalones vaqueros y un sencillo jersey negro de cuello vuelto. Antes de darle su aprobación definitiva, me aseguré de que las mangas me ocultasen debidamente las sospechosas marcas de mis muñecas. No podía permitirme ningún descuido al respecto, aunque fuese de forma accidental.

Tomé la mochila con los libros de la universidad, colgándomela cuidadosamente del hombro. Al primer contacto no pude evitar una ligera mueca de dolor, pero enseguida comprobé aliviado que apenas era una tenue molestia perfectamente soportable. Por último, cogí mi cazadora de cuero del perchero que había tras la puerta y salí de mi cuarto en dirección al comedor. A una hora tan temprana, mi tío Rusell estaría desayunando antes de irse a trabajar.

Era el hermano menor de mi padre, uno de los dos únicos parientes vivos que me quedaban. Había cumplido ya los cuarenta y cinco, y su melena castaña estaba ligeramente vetada de hebras grises que le daban un aspecto regio, quizá



demasiado mayor. Sus iris eran de un gélido tono gris acerado, iguales a los de mi padre. Por lo poco que recordaba se parecían bastante.

—Dichosos los ojos, querido sobrino —comentó a modo de bienvenida en cuanto entré en el comedor. Aquella mañana, cosa extraña, se le veía de buen humor.

—Buenos días, tío Rusell.

—Creía que ya no volverías a salir de tu cuarto. ¿No desayunas?

Miré con sentimientos encontrados la humeante fuente con huevos y beicon, los bollos recién hechos, las tostadas de mermelada y los cereales. También había café y una enorme jarra con zumo de naranja.

Los entrañables momentos familiares no eran mi fuerte. La actitud ambigua de mi tío, quien me había criado desde niño, no me gustaba en absoluto. Nunca sabía intuir sus verdaderas intenciones. Lo mismo me daba una orgullosa palmadita en la espalda que, al segundo siguiente, me agarraba iracundo tirándome del pelo. Me desconcertaba hasta tal punto que en mi fuero interno sentía que no podía confiar plenamente en él. Jamás me había maltratado, pero tampoco me había demostrado el afecto propio de un familiar tan cercano.

—Ya tomaré algo en la facultad. —Decidí con indiferencia.

Me miró atentamente, esbozando una cínica sonrisa. Él tampoco se dejaba engañar.

—Entonces supongo que has venido a darme algo, ¿no?

Se le veía entusiasmado, pero no me molesté en contestarle. Metí la mano en el bolsillo interior de mi cazadora y saqué un abultado sobre que dejé caer despreocupadamente sobre la mesa.

—Ahí lo tienes.

Mi tío se apresuró a echarle un primer vistazo para intentar calcular la cantidad aproximada que sumarían todos aquellos billetes. A mí me habían costado un montón de moretones en la espalda, no poder sentarme en tres días y perderme el examen del lunes. Fríamente calculado, era un precio muy alto.

—¿Sabes? A veces me pregunto si realmente te compensa tanto el dejarte dar por el culo de la enfermiza forma en que lo haces.

Fue como un puñetazo en pleno estómago. Bastante me avergonzaba yo mismo después de hacerlo, para que encima tuviesen que venir a recordármelo. Lo peor era que el acto en sí no me provocaba esa sórdida repugnancia, sino el hecho de que, incomprensiblemente, pudiese llegar a disfrutarlo. Cada vez que me desnudaba en algún cuarto oscuro me repetía constantemente que solo era una vía rápida de poder ganar más dinero de lo normal.

Si al menos eso hubiese sido cierto, no me habría sentido tan miserable.

—¿No dices nada?

Con mis inestables barreras mentales oscilando al borde del desastre, caí de lleno en su maldita provocación.



—Fuiste tú quien me metió en esto —le reproché apretando los dientes con rabia.

—Cierto, sobrinito —concedió mi tío mientras removía distraídamente su café—. Y creo que no hace falta recordarte el porqué.

No me pasó inadvertido el leve desprecio irónico que había camuflado en su voz. El corazón me latía dolorosamente, la sangre bullendo descontrolada en mis venas. Supe que me veía como lo que realmente era: una sumisa puta de lujo obligada a resarcirle una enorme deuda.

Y no, no tenía el valor suficiente para decirle lo contrario.

Tenía que salir de allí, antes de que mi escasa cordura explotase por algún lado. Escuché el súbito y desagradable arrastre de una silla arañando el suelo de madera justo cuando me di la vuelta dispuesto a marcharme.

—Christopher.

Me quedé clavado en el suelo. Ya que yo mismo me había encargado de echar mi dignidad por el retrete, tirando además de la cadena, al menos confieso a mi favor que me quedé de espaldas sin la menor intención de mirarlo a la cara.

—No me tengas en cuenta este penoso incidente, sobrino. —Sentí su mano sobre uno de mis hombros, apretándolo durante un eterno momento. No se acordó de mis golpes y el dolor me hizo ponerme aún más pálido—. Sabes perfectamente que eres mi única familia, Chris. Solo nos tenemos el uno a otro. No lo olvides.

No, no lo olvidaba. Aquello me pesaba más como una condena que como una afortunada bendición.

ERIC

La modesta asesoría de Drew (y mi lugar de esclavitud) tenía su sede en una de las calles transversales que partían de la avenida Liberty, en Richmond Hill, un populoso barrio de clase media de los que tanto abundan en Queens. Era una oficina tan pequeña y corriente que nadie ajeno a nuestro poco limpio negocio hubiese imaginado nunca lo que en verdad se cocía allí. Delinquíamos en un semisótano de apenas cuarenta metros cuadrados, con un socorrido lavabo y dos habitaciones. Drew tenía un despacho privado en la sala interior mientras Dallas y yo compartíamos la que quedaba, la cual también funcionaba la mayoría de veces a modo de recepción.

Imperaba un sistema jerárquico simple: Drew era el dueño del circo, Dallas su maestro de ceremonias, y el último aunque adorable monito, un servidor. Nuestro eslogan, «Discretos, eficientes y rápidos», atraía a pequeños empresarios y mafiosillos de media escala que confiaban en nosotros para regularizar sus ingresos. El hecho de que el mismísimo Abraham Foster hubiese elegido

precisamente nuestro humilde agujero para que le limpiásemos el culo nos elevaba a otra categoría superior: habíamos pasado de simples timadores de barrio a criminales fraudulentos.

Mi abarrotada y caótica mesa era la más cercana a la puerta. Casi agradecerí que la ventana estuviese prácticamente a medio metro del suelo, con lo que inmediatamente descarté la tentadora posibilidad de tirarme por ella.

—¿Diez millones?! —Me escandalicé una vez más, sintiendo que mis incrédulas pupilas empezarán a girar sobre sí mismas si no me esforzaba en tranquilizarme—. ¿El viejo verde quiere que le blanqueemos diez millones de dólares?!

—Imagínate lo rico que serías si te casaras con él —me animó Dallas con aparente indiferencia.

—¡Está completamente loco! ¡Y vosotros también! —Me llevé ambas manos a la cabeza, frotándome histéricamente los desordenados cabellos—. ¿Cómo coño se supone que vamos a invertir esa cantidad, si ni siquiera tenemos dónde caernos muertos?!

—Precisamente por eso. —Drew, apoyado en el quicio de la puerta de su despacho, me dedicó un guiño cómplice que no me apaciguó en absoluto—. La policía investiga en las asesorías con más renombre, las que disponen de suficientes recursos para manejar libremente el capital. Jamás sospecharán de nosotros. Si esto sale bien, ganaremos tanta pasta que incluso podré jubilarme antes de tiempo.

Me derrumbé con aire derrotado encima de mi mesa, apoyando la frente sobre un montón de carpetas con informes.

—Mi joven y estrecho culo será profanado por ávidas hordas de viles criminales en las oscuras y frías mazmorras de la cárcel —vaticiné.

—Bueno, eso de estrecho se podría discutir... —terció Dallas enarcando una ceja.

Alguien nos interrumpió justo cuando estaba a punto de tirarle la grapadora.

—Hola, chicos... Veo que seguís igual que siempre.

—Holly, querida, cada día estás más maciza...

—Y tú cada día estás más salido, Drew. —La recién llegada, una voluptuosa pelirroja de larga melena y curvas peligrosas, nos dedicó una atractiva sonrisa—. Dallas, Eric, me alegro de volver a veros.

—Hola, preciosa —saludé desplegando mi cultivado encanto—. ¿Tienes algo para nosotros?

—No seas maleducado, Eric. Invita a la señorita a que se ponga cómoda.

—En realidad, hoy no puedo quedarme mucho tiempo —contestó Holly tendiéndole a Drew un sobre blanco y cerrado de grandes dimensiones—. Ahí tienes lo que me pediste.

—¿Ya está todo? —Fingió asombrarse mi jefe—. Qué rapidez...



—Cuatro millones en terrenos y propiedades comprados a la generosa Constructora Berkley —resumió la joven balanceando a su espalda la larga mata de tirabuzones rojizos—. Mi padre espera que le recompense generosamente por mojarse el culo de esta arriesgada manera.

Drew se echó a reír.

—Bueno, no serán cuatro millones, pero sí unos cuantos miles. Dile que le enviaré el dinero a través del torpe de mi asistente en cuanto Foster me lo autorice.

—Ah, en verdad da gusto hacer negocios con vosotros. —Holly se inclinó sobre el risueño y torpe asistente para plantarme un cariñoso beso en la mejilla—. Nos vemos otro día, ¿vale?

—Echa por la sombra, querida, que los bombones al sol se derriten...

Una agradable risa cantarina nos alegró los oídos hasta que Holly volvió a dejarnos a solas cerrando la puerta. Me recosté hacia atrás en mi sillón giratorio, cruzando una pierna sobre la otra para apoyar el tobillo de una en la rodilla contraria. Miré inquisitivamente a Drew mientras tamborileaba distraído con los dedos sobre el gastado reposabrazos de madera.

—Yo que hablaba del juez, y resulta que tú eres un maldito viejo verde igual que él.

—Da gracias a que a mí no se me ha ocurrido aún espabilarte con un látigo.

—Si dejas que me pongas el culo como un tomate, ¿me subirías el sueldo?

—Métete bajo mi mesa y hazlo lo mejor que puedas, quizá entonces me lo piense.

—¡Joder! Eres imposible...

—Y tú deja ya de decir chorradas y ponte a trabajar.

—Para tu información, ya terminé de ordenar los expedientes. —Le señalé triunfante el generoso montón de carpetas amarillas.

—Estupendo, porque pensaba pedir un favor al que estuviese menos ocupado. —Drew esbozó una dudosa sonrisa inocente.

—Yo estoy repasando todas las inversiones privadas de Foster en los últimos meses —se apresuró a explicar Dallas sin apartar siquiera la vista de la brillante pantalla de su ordenador—. Que vaya el chico de los recados.

—¡Soy asistente! —puntalicé ofendido.

—Pues eso, el asistente de los recados...

—¡Fantástico! —Drew se colocó a mi lado y me obsequió con varias palmaditas de afecto en mitad de la espalda—. Ya sabía yo que podía contar contigo para estas cosas.

Dándome por vencido, puse los ojos en blanco. Aquellos astutos lagartos me habían hecho una buena encerrona, como de costumbre. El día menos pensado acabarían provocándome una úlcera.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —Me rendí.

—Hay que ir a la biblioteca de la universidad, porque necesito consultar unos cuantos datos en los libros de Derecho Fiscal.

—¿Ahora? Joder, es que no me apetece nada ir andando hasta allí...

—Corrección: o mueves ese joven y estrecho culo, como tú mismo lo denominas, para ir cagando leches a la biblioteca, o te envío a ver a Foster para que le entregues los contratos de compra de la Berkley. Tú decides.

—Creo que, ahora que lo dices, también puedo coger el autobús.

—¿Ves como sí que nos entendemos, Eric? —Drew estaba pletórico—. En ese folio de ahí he anotado todas las referencias. Llévatelo.

Con cara de total resignación, abandoné mi puesto y cogí mi cazadora vaquera del respaldo del sillón. Menos mal que el dictador de mi jefe no me exigía ir con traje y zapatos al trabajo, excepto cuando se trataba de algún cliente importante o alguna reunión. Mis nuevas zapatillas deportivas iban a venirme de perlas aquella mañana. Refunfuñando en voz baja, aunque lo bastante audible como para que Drew y Dallas escuchasen perfectamente palabras como «abuso», «acoso» o «explotación», metí el folio arrugado en uno de mis bolsillos y me di la vuelta dispuesto a marcharme.

—Anda, toma.

Drew se apiadó de mí en el último momento, lanzándome las llaves de su amadísimo Bentley descapotable. Las recogí al vuelo, mirándolas con ojos brillantes.

—¿Va en serio?

—Sí. Lo tengo asegurado a todo riesgo.

—Qué pasada...

—Un solo e insignificante rasguño, y te juro que me haré un tapizado nuevo con tu escroto.

—Vaaaaaale, tendré cuidado.

Drew tuvo que disimular una frugal sonrisa cuando su torpe y encantador asistente, más contento que unas pascuas, caminó a saltitos hacia la puerta.

CHRIS

Por regla general, yo siempre había odiado los lugares concurridos y bulliciosos, en donde no tenías intimidad alguna y mucho menos la tranquilidad y el silencio que tanto me gustaban. La abarrotada cafetería era un sitio que siempre procuraba evitar a toda costa, pero no había desayunado nada en mi casa y forzosamente me había entrado hambre a media mañana. Así que allí estaba, tratando de pasar desapercibido en una de las grasientas mesas del rincón, bebiendo un humeante café a pequeños sorbos y mordisqueando sin mucho entusiasmo una rancia tostada de albaricoque. Para evitar que alguien



podiese molestarte, aunque no lo creía posible debido a mis escasas habilidades sociales, tenía el libro de Física intencionadamente abierto en mi regazo.

—¿Chris?

Bien, estaba visto que ese alguien no sabía captar las indirectas. Antes de ahuyentarlo con un bufido de fastidio, alcé la cabeza para averiguar al menos de quién se trataba el inoportuno visitante.

—Eh..., perdona —me dijo ella, insegura—. ¿Te molesto?

—¿Necesitas algo, Rebeca?

Quizá soné un poco más abrupto de lo que había pretendido. Las pálidas mejillas de la joven se tiñeron súbitamente de un leve sonrojo, no se supo a ciencia cierta si por aquella pregunta impaciente o por el simple hecho de estar hablando con la persona más estúpida e intratable de toda la facultad. Si me hubiera esforzado habría podido reconducir mi merecida fama de capullo anti-social a un plano menos drástico, pero dadas las circunstancias especiales de mi doble vida, lo cierto era que no me convenía.

—Eh... Me... me preguntaba si después de clase te apetecería...

—Lo siento, pero tengo cosas que hacer —la corté secamente.

Rebeca acusó el golpe y me di perfecta cuenta de que la había herido con mi habitual hostilidad. Jugueteando nerviosamente con uno de sus mechones castaños, me dedicó una temblorosa sonrisa y fingió a duras penas que no le importaba.

—Oh, bueno..., entonces nada. Nos vemos..., ¿vale?

La observé marchar hasta reunirse en la puerta con su inseparable grupo de amigas, las cuales parecían querer clavarme a una diana para acribillarme hasta la muerte con dardos envenenados. Nunca había hablado con ellas, pero mis constantes y poco amables rechazos hacia su adorada líder las hacían odiarme con admirable intensidad. No era la primera vez que Rebeca pretendía invitarme a salir, pero yo no tenía la menor intención de corresponderle. Si ella supiera...

Se me escapó una cruda sonrisa.

Si todos lo supieran.

Christopher Coldstone, el estudiante perfecto, el primero de la clase. El brillante alumno que consiguió las mejores notas de ingreso y una beca completa, envidiado por los alumnos y respetado por sus profesores. El sobrino menor del famoso magnate Rusell Coldstone, dueño absoluto de todo un vasto imperio financiero.

Si todos me vieran.

Atado, marcado y forzado, jadeando de placer.

Esos necios creían que, con solo abrir la boca, yo podía tener cualquier cosa que deseara. Y no había nada tan rematadamente lejos de la realidad. Lo único que yo quería me estaba costando sangre, sudor y lágrimas. Después de tres largos años había conseguido reunir poco más de la mitad.



Necesitaba más, más.

Mucho más dinero, no importaba de la manera en que fuese.

No presentarme al examen del lunes había significado suspender la asignatura entera, por lo que tendría que recuperarla en los exámenes finales o repetirla de nuevo al año siguiente. Si mis notas empeoraban me quitarían la beca, y ya no podría seguir estudiando sin tener que recurrir a la humillante experiencia de pedirle dinero a mi tío. Todo lo que ganaba, convirtiéndome durante unas horas en la obediente mascota sumisa de las altas esferas neoyorquinas, lo invertía en solventar aquella enorme y asfixiante deuda. Precisamente por aquellos motivos había decidido asistir a una universidad pública en lugar de a un prestigioso centro privado. Y tenía demasiado claro que hubiese preferido irme a vivir a una alcantarilla antes que pedirle a mi tío que me pagase la carrera.

A lo mejor, aún podía hacer algo al respecto.

Me terminé el amargo café de un solo trago, guardé mi libro en la mochila y abandoné la mitad de la insípida tostada en el plato, sin molestarme en recoger. Mis piernas me guiaban por numerosos pasillos y tramos de escaleras, porque sabían perfectamente a dónde tenían que ir. El despacho del rector estaba en la cuarta planta, cerca de los laboratorios. Alcé una mano para dar unos flojos golpecitos en la puerta cerrada y esperé. No mucho.

—Adelante.

Denzel Gray no ocultó una agradable sorpresa al verme entrar en la habitación.

—Hola, señor Coldstone, me alegro de verlo.

—Buenos días, profesor Gray —saludé correcto, siempre tan formal—. Me gustaría pedirle un favor.

Y tan directo.

—¿Es sobre el examen del lunes, al que no se presentó?

—Veo que mi tutor ya se ha encargado de ponerle al corriente.

—Tiene una beca —me recordó el rector con severa amabilidad—. No puede permitirse ningún descuido, por pequeño que sea.

—Estuve enfermo.

Sí, era el término adecuado para alguien que disfrutaba incomprensiblemente con el propio dolor.

—Entonces no habrá ningún problema. Traiga el justificante médico y le repetirán el examen.

—Es que... no tengo ningún justificante.

El rector dejó escapar un hondo suspiro y sacudió negativamente la cabeza, observándome con una cierta pizca de compasión que me hizo sentir incómodo. ¿Lograría conmovérle un poco si le enseñaba las marcas de mi espalda?

—Lo siento, pero en ese caso no puedo transgredir el reglamento.



Una de las directrices más observadas en mi intachable conducta era la de no empezar a suplicar, ya fuese para parar el látigo o bien por alguna otra causa mucho más mundana. En aquella desesperada situación, me la pasé por el forro.

—Por favor, profesor Gray.

Mis ojos decididos, impenetrables, sostuvieron una muda conversación que apenas duró tres segundos con el otro par, de una bondadosa y suave tonalidad castaña. Yo nunca había tenido ninguna mancha en mi brillante expediente, era un alumno modélico y mis extraordinarias notas elevaban satisfactoriamente las calificaciones medias de toda mi clase. Casi lo conseguí.

—Está bien, señor Coldstone. Lo pensaré.

ERIC

«Joderrrrr... Al final sí que me ha merecido la pena venir aquí».

No lo decía por las escasas y sugerentes minifaldas de las universitarias, que en algunos casos extremos bien podían hacerse pasar perfectamente por un cinturón. Me refería a las turgentes nalgas de los jugadores del equipo masculino de baloncesto que se hallaban entrenando en la pista de abajo, a los que no les quitaba ojo desde el otro lado de las cristaleras.

Por suerte, el acceso a la biblioteca de la Universidad de Nueva York era libre y gratuito para todo el mundo, pero solo podías llevarte los libros a casa si tenías el carné de estudiante. Los volúmenes que mi jefe me había apuntado en la lista eran un auténtico coñazo, y estaba deseando terminar.

«Requisitos mínimos para estimar un delito tipificado como fraude fiscal, capítulo treinta y dos, epígrafe siete...».

Esbocé una sonrisilla sardónica. El viejo zorro de Drew siempre procuraba no dejarse al aire ni un solo centímetro de su experimentado trasero. Por mucho que yo vaticinase desgracias varias y detenciones policiales, en el fondo estaba tranquilo. Mi jefe era listo y confiaba en él. Y de él, lo había aprendido absolutamente todo.

Nada más acabar la secundaria abandoné los estudios porque, tenía que reconocerlo, se me daban fatal. Era incapaz de mantener la concentración durante más de media hora, desesperándome hasta la histeria cuando se trataba de memorizar. Drew me había insistido en costearme una carrera universitaria, pero tampoco quise abusar. Demasiado había hecho con cuidarme desde que me había recogido en su casa cuando yo acababa de cumplir dieciséis años. Así pues, entré a trabajar con él en su turbio negocio convirtiéndome por méritos propios en su inestimable asistente personal. Me había independizado a los veinte años y estaba criando solo a un niño, tenía un trabajo estable, vivía al día y ahorraba lo poco que podía para cuando a Adam le llegase el momento de ir a la universidad.

Puede que yo no supiese las leyes de la física, ni entendiese de arte ni geografía, pero en cuestión de mentiras, tejemanajes, chantajes y timos era toda una eminencia. Bueno, no hacíamos nada malo. No robábamos a los pobres y ayudábamos a los ricos a hacerse todavía más ricos, así que nadie salía perjudicado.

Terminé de copiar el epígrafe con mi atolondrada caligrafía y pasé a leer el siguiente punto de la extensa lista.

«Calificaciones del suelo en la rama inmobiliaria. Tipos de contratos de alquiler y venta. Niñato, mucho me temo que este tema es largo y te vas a hartar de copiar, pero no admito excusas. Si puedes pajearte a todas horas con esa mano díscola que tienes también podrás usarla para escribir. Te quiere, tu jefe».

—¡Será cabrón! —me quejé divertido en voz alta.

Varias personas me miraron con reproche y, recordando súbitamente dónde estaba, me encogí de hombros a modo de silenciosa disculpa. Aún con una subrepticia sonrisa en los labios, me dirigí a la sección de arquitectura y comencé a mirar en las estanterías. No tardé demasiado en localizar el libro, un enorme tocho polvoriento de páginas incontables. Pesaba tanto que tuve que cogerlo con ambas manos, dejando un considerable hueco en el estante.

Fue entonces cuando me pareció quedarme sin aire. Jamás olvidaría esos labios.

CHRIS

Las clases habían terminado, pero yo siempre trataba de postergar al máximo el inevitable momento de volver a mi casa. La mayoría de veces me quedaba a comer en la universidad, pues la beca también me cubría las dietas y los desplazamientos, así que por las tardes me iba a la biblioteca un rato y me ponía a estudiar. El perder dos días lectivos me había salido caro. Habíamos empezado con los problemas de Terminología y Mecánica Estadística y andaba un poco perdido a la hora de aplicar las fórmulas correspondientes. Los primeros los había solucionado enseguida, pero la dificultad fue aumentando de forma gradual y me vi obligado a consultar un manual de prácticas.

Tenía las gafas enterradas en el libro cuando, de repente, sentí unas leves cosquillas en la nuca, como si alguien me estuviese observando fijamente. Me puse alerta de forma inconsciente, tensé los hombros y alcé la cabeza.

Me topé con los ojos más descarados y extraños que había visto en toda mi vida.

—¿Qué coño estás mirando?! —le espeté sin pensar.

El dueño de los susodichos globos oculares pareció despertar de una especie de trance, pestañeando, sin pronunciar una sola palabra. Tenía la boca abierta y eso le confería sin lugar a dudas un profundo aspecto de idiota.



—Perdona, ¿eres retrasado? —insistí mordaz.

El joven *voyeur* siguió sin contestarme, y me rebullí incómodo. Aquella intensa mirada dorada parecía querer traspasarme como un afilado cristal. Malhumorado e impaciente, cerré de un seco golpe el manual de prácticas dispuesto a terminar de leerlo tranquilamente en mi casa. Volví a la mesa, recogí mis cosas y le pasé el libro a la bibliotecaria para que esta lo registrase junto a los otros en mi ficha informática.

Fuera de la biblioteca ya no quedaba casi nadie, una vez pasada la hora de comer. Si me daba prisa, aún estaría a tiempo de coger el autobús de las tres. Apreté decididamente el paso y salí al exterior, a un día fresco y ligeramente nublado tan típico del otoño.

Un día de mierda.

—¡Espera!

Sentí que me congelaba allí mismo, a pesar del abrigo que me proporcionaba mi gruesa cazadora y de que la temperatura no era tan extrema como para sufrir una repentina hipotermia.

—¡Espera, por favor!

Aquella voz grave y potente me sonaba vagamente de algo.

«Muy bien. Veamos qué es lo que quiere este anormal».

Me di la vuelta justo cuando el muchacho se detenía a escasos metros, apoyándose sobre sus rodillas flexionadas para tratar de recuperar el aliento. Era más o menos de mi misma estatura, aunque casi el doble de corpulento que yo. Habría sido una pelea muy desigual.

—Ho... hola... —me saludó el sonriente chico entre jadeos. Tenía las mejillas muy coloradas por haberme seguido casi corriendo—. Al fin... te... encontré.

Le observé desconcertado y me pasé una mano por los oscuros cabellos, haciéndome el firme propósito de no mandarle a paseo demasiado pronto.

—Mira, no suelo ser grosero con los desconocidos, pero me parece que debes de tener algún tipo serio de trastorno mental.

—Puede que sí que te lo parezca, cuando te diga por qué te he perseguido hasta aquí.

—¿Y bien? —Abrí los brazos, expectante y orgulloso—. Sorpréndeme.

Vaya si lo hizo.

—Quiero follar contigo.



4. LA CAJA DE PANDORA

Sumisión.

Haz de mí lo que se te antoje.

ERIC

—Quiero follar contigo.

Coño.

Acababa de soltárselo, así sin más.

No me extrañó para nada la cara que puso.

Me quedé embelesado, contemplándolo durante unos breves y preciosos instantes. Aquel muchacho era una increíble mezcla exótica, una belleza oriental de felinos ojos rasgados y altivos pómulos, pelo negro como el carbón y figura delgada y de aspecto elegante. Sus sorprendentes iris verdeazulados, de tonalidad imprecisa, me observaban con una colérica desconfianza.

Joder, cabreado estaba aún más guapo.

—Bueno, dime algo, ¿no? —Me impacienté ante su prolongado mutismo.

Sus enérgicos pasos resonaron en las baldosas de la acera cuando el chico se giró bruscamente y reanudó su camino, dejándome plantado. Mi polvo soñado se alejaba y yo no estaba dispuesto a perder aquella maravillosa oportunidad.

—¡Eh, espera un momento!

Siguió caminando impasible, ignorándome con deliberada osadía. Encima era orgulloso, cualidad que yo también apreciaba mucho en mis selectos amantes. Sobre todo cuando lo dejaban a un lado y se me ofrecían sin remordimientos.

—¿Acaso no me recuerdas? Estuve en el Koi...

No, claro que no podía recordarme. Durante todo el rato que estuvimos allí, había tenido los ojos vendados. No obstante, al oírme vaciló. Una milésima



de segundo. Aproveché para alcanzarlo y agarrarlo del brazo, obligándolo a detenerse. Nada más sentir el contacto se revolvió como una fiera, apartándose airadamente de un iracundo empujón.

—¡No me toques! ¡No vuelvas a tocarme! ¡No sé de lo que me estás hablando!

Respiraba deprisa, evitaba mirarme a los ojos y se había ruborizado de forma brusca. Mentía descaradamente. Lo sabía tan bien como yo.

—Puede que ahora pretendas pasar por un empujón universitario, con tus gafas de niño bueno y tus insoportables aires de principito encantado. —Me incliné amenazadoramente sobre él, acercándome a su oído para poder moderar a mi antojo la arrolladora intensidad de mi voz—. Pero no finjas. Ambos sabemos perfectamente lo que te gusta.

Reaccionó como esperaba, aunque no de la manera en que me hubiese gustado.

—¡Vete a la mierda, gilipollas!

Alzó el puño dispuesto a golpearme, acorralado como un ratoncillo asustado frente al gato hambriento. Y yo, que de niño había participado activamente en casi todas las peleas de mi distrito, intercepté su brazo sin el menor esfuerzo sujetándolo fuertemente por la muñeca. De forma inesperada, exhaló un doloroso gemido y se dobló hacia delante. Sabía que no le había hecho ningún daño, pero tampoco parecía un truco. Lo entendí enseguida cuando vi las marcas rojizas bajo su jersey arrugado.

—Lo siento... —farfullé, casi arrepentido. Casi.

Se supo definitivamente descubierto, y fue como si en ese preciso instante hubiese despertado a una nueva realidad. Una realidad oscura que él se esforzaba en mantener oculta bajo frágiles capas de ropa. Creo que ambos viajamos al mismo tiempo a la macabra sala del Koi. Cegado, sometido, con las muñecas colgando del techo y su espalda convertida en un lienzo pálido surcado de dolor. El terrible susurro del látigo acariciando su miedo, el olor a cuero, a sexo y a sudor. El suplicio al que se opuso aquel desesperado grito de rabia contenida.

Mi voz.

Nuestras miradas chocaron de forma vibrante, dorado contra turquesa inexplicable. La evidencia estaba escrita en nuestros rostros y no hubo necesidad de palabras. Sus ojos se posaron de forma inconsciente sobre mis largos dedos, los mismos que había lamido de forma tan descarada y obscena. De pronto volvió a sonrojarse con violencia, removiéndose nervioso. Quizá, porque en ese momento ya no estaba desnudo, atado y humillado, reducido únicamente a obedecer.

En ese momento parecía un chico de lo más normal y corriente.

—¿Qué es lo que quieres? —susurró, cortante como el filo de un cuchillo.

—Ya te lo he dicho: follar contigo.

—¿Y si no? —tanteó, sospechando que no sería tan fácil.

Aquella salida tan obvia desbarató mis improvisados planes, porque mi ego y yo no habíamos previsto ni siquiera la remota posibilidad de que pudiera negarse. A ver, uno tiene que ser sincero, ¿no? Tampoco es que pecara de engreído, pero sabía perfectamente lo que veía cuando me miraba al espejo.

Cualquier niñato en su sano juicio estaría encantado de poder catarme.

—Un polvo, tío, un revolcón. Vamos a mi piso, follamos un rato y luego cada uno sigue su camino. —Sentí que era necesario aclarárselo.

El chico entornó los ojos con recelo, gesto que resultó hartito curioso porque ya los tenía bastante almendrados de por sí. Arrugó el entrecejo y frunció aquellos labios pálidos y sensuales que desde hacía cuatro días me traían por la calle de la amargura.

—Yo no follo gratis.

«La hostia».

Alcé un brazo en dirección a mi cabeza, frotándome la frente con la palma de la mano como siempre hacía cuando estaba nervioso. Jamás hasta la fecha había tenido que pagar por un polvo, y tampoco estaba muy predispuesto a tener que empezar a hacerlo. Solo por curiosidad, decidí seguirle el juego.

—¿Cuánto cobras?

Me miró de arriba abajo con una leve sonrisa burlona. Despectivo. Altanero. Y eso que el puto era él.

—Me temo que no podrías permitírtelo.

—¿Acaso tienes el culo de oro? —Me defendí, entre ofendido y cachondo. Rara mezcla.

—No me gusta follar con cualquiera.

—¿Nueve carcamales en traje de ejecutivo entran en la definición de «cualquiera»?

—Me pagaron —dijo como si aquello fuese lo más simple del mundo.

—¿Por veinte pavos me la chupas diez minutos?

—Tengo una idea mejor: dame los veinte pavos y te largas de una puta vez a tu casa a meneártela un rato, pensando en mí.

—Eso ya lo hice el domingo. —Esbocé una enorme sonrisa nostálgica—. Y gratis.

Durante un leve, brevísimo instante, le temblaron las comisuras de los labios. Hubiera jurado que casi estuvo a punto de echarse a reír. Tenía un autocontrol admirable.

Y un culo de infarto, ya que me acordaba.

—¡Mierda! —se quejó de pronto, observando un punto impreciso por encima de mi hombro.

Me giré al instante y vi un autobús urbano, normal y corriente, pasar de largo por la desierta parada del campus. El precioso objeto de mi desenfrenada lujuria volvió a fruncir el ceño y me apuntó al pecho con su dedo índice, obsecuándome con unos cuantos golpecitos de advertencia.



—¿Estás contento, tarado mental? Por tu culpa tendré que volver andando.

—Puedo llevarte, si quieres.

Me sentí halagado cuando lo consideró unos segundos, mirándome con aquella suspicacia que ya empezaba a antojárseme familiar. Era orgulloso, terco y arrogante, pero siempre tenía mucho cuidado con no bajar la guardia y permanecer en todo momento a la defensiva. Parecía un manso gatito gruñón, el cual te arrancaba la piel a tiras en cuanto te veía acercarte.

—Te llamabas Eric, ¿no?

—Veo que te acuerdas. —Sonreí, francamente encantado—. ¿Y tú?

—Chris.

Aquello me sorprendió. Esperaba un nombre algo más extravagante, acorde con su aspecto físico tan singular. Pero Chris era... ¿Cómo decirlo? El típico nombre de un culebrón.

Chris.

Chris.

Ay, Dios, Chris.

Tenía que follármelo a toda costa, aunque mi vida dependiera de ello.

—Bueno, ¿nos vamos?

CHRIS

Un Bentley.

Aún no podía creérmelo.

No es que me gustasen los coches caros, ni me sintiera impresionado por ellos. Mi tío Rusell, sin ir más lejos, dedicaba sus ratos libres a coleccionar ediciones limitadas de los últimos modelos deportivos. Dormía encima de un par de Ferraris, un Lamborgini, un Cadillac y varios Lexus. Lo que me intrigaba sobremanera era cómo aquel cateto ignorante tenía semejante poderío automovilístico entre sus zafias manos.

Al principio había intentado darme un poco de conversación, pero mis secas y escuetas contestaciones habían acabado por desanimarle, así que nos encontrábamos sumidos en un agradable silencio amenizado de fondo por la emisora de radio que siempre estaba tan de moda. Dado lo extraño de la situación, he de admitir que me encontraba relativamente cómodo en aquel asiento de cuero, abrazándome la mochila contra el pecho y mirándome las rodillas.

Qué bueno estaba, el condenado.

Tenía el pelo castaño miel, casi rubio y con algunas mechas, nada que ver con mi aburrida y sosa melena oscura. La línea de su mandíbula era fuerte y arrogante, puramente masculina e impecablemente afeitada. Sus labios, amplios y carnosos, enmarcaban una boca de blanquísimos y perfectos dientes. Tenía



unos ojos grandes, despiertos y curiosos, con unos iris de suave color castaño moteados de reflejos dorados. Si a todo eso le sumabas un cuerpo de escándalo, un culo de pecado y una personalidad arrolladora, tenías como resultado a uno de los seres vivos más atractivos de la Tierra.

Y yo, a su lado, me sentía insignificante.

—¿Dónde me has dicho que era? —preguntó distraído.

—En Sutton Place.

—Vaya. —Silbó—. Un barrio de ricachones, ¿eh?

Me limité a encogerme de hombros, sin darle mucha importancia. Noté que, mientras Eric conducía aquel enorme coche con soltura, a ratos me miraba de reojo.

«*Quiero follar contigo*».

Tenía que ser una broma de mal gusto.

Era imposible que se hubiese fijado en mí.

A menos que...

Enseguida deseché la idea. Él no sabía nada sobre el sadomasoquismo, o de lo contrario no le habría gritado al viejo para que pararan de zurrarme. Había estado en el Koi aquella noche, así que seguramente sabría de sobra cómo había acabado la sesión. No conté las veces que me forzaron, pero a juzgar por el estado tan lamentable con el cual llegué a mi casa, nueve me parecían pocas. Y, si Eric había estado presente, tal y como afirmaba, seguramente habría participado...

Me sonrojé nuevamente, como un idiota, al mismo tiempo que se me escapaba un entrecortado suspiro. Apreté aún más la mochila y me encorvé sobre ella, como si quisiera fundirla con mi cuerpo. No, no había sido buena idea subirme en aquel coche.

Él lo había visto todo.

—¿Ocurre algo? —me preguntó, al darse cuenta de que me había movido.

Llevaba el pelo cuidadosamente engominado, pero en algunos puntos del flequillo el gel fijador se había secado del todo y los revoltosos mechones rubios le caían desenfadados por encima de la frente.

Mierda.

Mierda.

Era perfecto.

Lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, vergonzoso y humillante, pero necesitaba saberlo. No me preguntéis la razón. Tenía tan poco fundamento como cualquiera de mis otros motivos.

—¿La otra noche...? —Decidí no mirarlo—. ¿La otra noche te acostaste conmigo?

Vale, aquel eufemismo no era del todo correcto, pero él lo entendió. Las palabras adecuadas hubiesen resultado demasiado cruentas en aquella circunstancia.

—No.



Abrí los ojos con fuerza, hasta que me dolieron los párpados. Creedme, no es nada fácil intentar convertir un par de estrechas rendijas en dos canicas perfectamente redondas.

—Me fui —siguió explicándome sin que yo se lo pidiera—. Antes de que empezaran.

—¿Y ahora quieres disfrutar tu parte?

A veces, mi boca iba mucho más rápida que mi mente. Pero Eric no pareció ofenderse, sino todo lo contrario. Dibujó una sonrisa maliciosa y me evaluó con astucia, aprovechando que acabábamos de detenernos en un semáforo.

—Yo ya te he dicho lo que quiero.

—¿Tienes dinero?

—Estás obsesionado, ¿eh?

—Cuestión de negocios.

—La mayoría de los chicos de tu edad basan sus «negocios» en barrer las palomitas del suelo del cine, servir aritos de cebolla en algún *búrguer* de mala muerte o descargar las cajas de conservas de un supermercado —me recordó, con una fina ironía no exenta de amabilidad—. Permíteme la tremenda osadía de preguntarme por qué un muchacho que asiste a la prestigiosa Universidad de Nueva York, viste sencillo aunque con ropas caras y vive en Sutton Place necesita prostituirse por dinero, si no es por placer.

—No es asunto tuyo.

—Cierto —concedió sin poner objeciones.

El coche de atrás pegó un bocinazo y entonces nos dimos cuenta de que el semáforo ya se había puesto en verde. Eric le sacó el dedo por el retrovisor y masculló una blasfemia. Yo aún no tenía carné de conducir y, como salía muy poco, todas las avenidas y calles me parecían iguales. Quizá fue por eso por lo que, demasiado tarde, me di cuenta de que habíamos entrado en uno de los heterogéneos barrios de Queens.

—¡Ey! —protesté, alarmado—. Esto no es...

—¿Disneylandia? —Eric se rio—. No temas. Parece mucho peor de lo que es en realidad.

Se detuvo frente a un modesto bloque de apartamentos, estacionando el reluciente Bentley entre dos abarrotados contenedores y una boca de incendios. Sacó unas llaves pequeñas del bolsillo interior de su cazadora y las hizo tintinear ante mis narices.

—Bienvenido a mi humilde morada.

—¡Me has engañado! —le espeté furibundo, dándole una súbita patada al salpicadero.

—Tienes dos opciones: o subir conmigo o quedarte en la calle y, francamente, yo de ti no correría ese riesgo. Así vestido y con ese aspecto tan fino, aquí cantas más que unas zapatillas viejas.

El muy capullo tenía razón, por supuesto.

—¿Vas a pagarme? —insistí, de muy mal humor.

—Solo tengo veinte dólares, ya te lo he dicho antes. Aunque estoy plenamente dispuesto a sacrificar mi comida de esta semana por revolcarme contigo. Incluso parecía que lo decía en serio.

Sin darme cuenta, lo seguí airado hasta la misma puerta de su edificio.

—¿Por qué?! —le espeté iracundo, interponiéndome entre él y la cerradura—. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

«¿Por qué coño tienes que mirarme así, como si de verdad te gustara?».

Me había acorralado yo mismo, quizá de manera consciente.

Contuve un débil jadeo de sorpresa cuando Eric se inclinó inesperadamente sobre mí, aplastándome contra la puerta. Estaba tan cerca que sus labios casi rozaban los míos y, pese a que no era ningún quinceañero inexperto, aquella proximidad tan íntima me paralizó. Viré los ojos lentamente hacia el lado izquierdo, siguiendo el misterioso camino de su dedo índice estirado. Me rozó suavemente el labio inferior, un inofensivo contacto que hizo que se me erizase hasta el último pelo de la nuca.

—¿Subes? —me ofreció por última vez, con un sugerente susurro.

Me encerraría en su habitación. Me arrancaría la ropa y me arrojaría sobre su cama, completamente desnudo. Se las apañaría para inmovilizarme cuando intentase oponer resistencia. Me mordería con aquellos dientes blancos de anuncio de pasta dentífrica. Me violaría. Me follaría sin parar, como una bestia, ignorando mis gritos de súplica.

Subí.

ERIC

Era uno de esos días en que el maldito ascensor había decidido no funcionar, así que tuvimos que subir los cuatro pisos andando. Cuando al fin llegamos a mi apartamento, Chris jadeaba por el esfuerzo. Yo, por otras cosas. Lo lancé al interior, más que invitarlo a entrar, y cerré la puerta de un fuerte golpe empujándola con el pie.

No le di tregua y me abalancé sobre él, que no me demostró la menor resistencia.

Fui directo a su cuello, a morder esa pálida piel con avaricia. Le agarré por el pelo para echarle la cabeza hacia atrás. Jadeó, de forma entrecortada, cuando mis dientes le arañaron la yugular. Apreté un poco, lo justo para sentir sus manos tironeando desesperadamente de mi jersey. Saqué la lengua y tracé un húmedo camino hasta la parte de atrás de la oreja, atrapando aquel blando lóbulo de carne para empezar a succionar.



Era deliciosamente sumiso, y se dejaba hacer.

Aunque me moría de ganas, me abstuve de besarlo en los labios. Aún recordaba su extraña reacción en el Koi cuando aquel hombre lo había intentado, y precisamente en aquellos momentos yo no estaba dispuesto a sufrir un rechazo.

A trompicones, lo guie hasta mi habitación.

Volví a encerrarle repitiendo la misma operación con la puerta, pese a que nadie podría interrumpirnos. Solo lo hice para dejarle bien claro que ya no podía escapar de allí.

Era mío.

Era mi presa.

—Desnúdame —le ordené—. Pero no uses las manos.

Sus ojos, toda su expresión, habían cambiado. Daba la morbosa impresión de que haría cualquier cosa que le pidiera. Se inclinó hasta rozar con sus labios el dorso de mi mano, provocándome un agradable escalofrío. No tenía dudas, reparos o inhibiciones. Agarró el extremo de la manga con sus dientes y tiró de ella, mientras yo doblaba ligeramente el codo para facilitarle la tarea. Repitió la misma operación con la otra manga y mi cazadora cayó al suelo hecha un pequeño montón arrugado. Le tocaba el turno a mi camisa, la cual ostentaba siete pequeños aunque eficaces botones. Chris se enderezó despacio, insinuante, colocándose justo enfrente. Era menos corpulento que yo, pero apenas nos llevábamos unos pocos centímetros. Conociendo perfectamente aquel juegucito, él mismo entrelazaba sus manos a la espalda para evitar la tentación. Me miró, con un amago de burlona sonrisa escondida entre sus húmedos labios.

Comenzó a pelear con el tercer botón, pues yo jamás me abrochaba los dos primeros.

Su lengua era ágil, intrépida. Sentí algo minúsculo y duro, y me di cuenta de que estaba perforada por una pequeña bola de metal. Su candente aliento chocó contra mi pecho, su saliva humedeciendo la fina tela que se me pegaba a la piel. El botón cedió y sentí un leve pellizco en la tetilla cuando él me mordió. Arañaba el erecto pezón con sus dientes, para después succionarlo con fuerza hasta causarme dolor. Gemí sin poder evitarlo, pero no precisamente por ese motivo. Tenía la polla tan sumamente dura que parecía que iba a reventar.

—Sigue —lo apremié con la voz enronquecida.

Uno a uno los botones se fueron abriendo y, cuando llegó al del abdomen, Chris se arrodilló frente a mis piernas. No sé si él también estaba impaciente, pero mordió con fuerza y lo arrancó de un brusco tirón.

—Lo siento —dijo de forma nada convincente.

Dejé que la camisa resbalara lentamente por mis brazos, mientras él jadeaba absorto justo en el mismo borde de mi pantalón. Sacó la lengua con estudiada lascivia, humedeció sus labios y trazó una mojada línea de saliva entre mis caderas.

Casi se me doblaron las piernas.

Alzó los ojos para observarme sin ningún atisbo de pudor, provocativo y seguro de sí mismo. No se parecía absolutamente en nada al tímido y huraño muchacho que había subido al coche. Sus ojos no abandonaron los míos y, osadamente impertinente, agarró entre sus pequeños incisivos la gruesa lengüeta de mi pantalón.

Decir que a esas alturas yo ya estaba enormemente excitado era quedarse corto. Aquel muchacho travieso encarnaba la mismísima lujuria con piernas. La forma en que entornaba ausente sus ojos rasgados, cómo el aire se colaba agónico y ruidoso entre sus firmes labios, su aparente docilidad. El corazón me latía con demasiada fuerza. Me estremecí violentamente cuando el níveo rostro de Chris rozó imperceptiblemente mi erección mientras tiraba de mis pantalones hacia abajo.

Todo era demasiado lento.

En mi cabeza aún quería hacer muchas cosas, pero mi cuerpo ya no estaba dispuesto a esperar.

—¿Necesitas que te trate con suavidad? —le pregunté entre jadeos.

—Ni siquiera lo intentes —me advirtió.

Tomé sus negros cabellos entre mis manos, tiré hacia arriba y lo obligué a ponerse en pie, al mismo tiempo que lo empujaba rudamente contra mi trampa mortal. Chris tropezó con el borde y cayó de espaldas, aterrizando entre las sábanas revueltas. Sí, vale. La mayoría de días ni me molestaba en hacerme la cama.

Me saqué las deportivas nuevas pisándome la parte de atrás, de esa forma que hace que a las madres se las lleven los demonios y te griten durante horas. Me desembaracé también de los pantalones y los calcetines, por aquello del viejo mito sobre ofrecer una imagen apetecible y sexy. Con mi notable calentón desafiando seriamente el nivel de elasticidad de mis *boxers*, observé que Chris también había empezado a desnudarse. No hubo misterio, porque ya le había visto todo lo que el ojo humano era capaz de ver, pero aun así me encantó ser el único testigo de las múltiples maravillas que ofrecía ese concupiscente cuerpo privilegiado.

Ambos nos miramos en completo silencio durante unos eternos segundos.

—Vamos, sírvete. —Con todo el descaro del mundo, Chris se abrió de piernas asumiendo inmejorablemente su papel.

Faltaba una hora y media para ir a recoger a Adam de la guardería, tiempo más que suficiente para inventar toda clase de perversiones.

Recordé que yo todavía llevaba los calzoncillos puestos.



CHRIS

La tenía grande, de eso no me cabía ninguna duda.

Eric me miraba como un pasmarote, plantado en calzoncillos en mitad de la habitación. Y yo cada vez entendía menos cosas.

Mi acompañante tenía la piel bronceada, propia de quien solía hacer deporte al aire libre o pasarse el verano entero en las abarrotadas playas de Long Island. Hacía años que yo no iba a la playa. La última vez habíamos salido de excursión con el colegio y, debido a mi extrema palidez natural, volví a mi casa con la cara roja y más chamuscado que un bistec pasado de vueltas. Me dio incluso fiebre y las quemaduras no me dejaron dormir en varios días, pero eso no fue lo peor. Empecé a despellejarme como una serpiente vieja mudando la piel, así que, entre eso y mis ojos rasgados, en mi clase empezaron a llamarme «lagartija». Supongo que el mote me iba bien, porque también era muy escurridizo.

Eric seguía observándome, como si nunca hubiese visto un tío en pelotas. A mí ya me lo había conocido todo, así que no debía de ser por eso. Y, si ya era guapo vestido, desnudo no tenía comparación. Me pregunté si aquellos abdominales tan perfectos no serían fruto de mi desbordante imaginación.

Pero seguía sin entenderlo.

Aquel era el cuerpo prohibido de un dios, y yo tan solo podía ofrecerle unos escasos sesenta y tres kilos de esmirriada carne. Me obligué a recordar por qué estaba allí, completamente desnudo sobre una cama extraña.

Y no, no lo hacía por placer.

Siempre por dinero.

¿Me pagaría?

Tenía mis dudas al respecto, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Vamos, sírvete. —Me abrí de piernas para no postergar el momento, para que no olvidase lo que había ido a hacer allí.

Y si yo mismo me comportaba como una puta, tenía la remota esperanza de que los demás también me trataran como tal.

Eric se quitó los calzoncillos a la velocidad de la luz, y entonces pude confirmar definitivamente todas mis sospechas respecto al tamaño. En circunstancias normales me habría encantado, pero después de lo del sábado mi culo aún no estaba para muchas fiestas. No obstante, aún confiaba en poder salir airoso de aquella peliaguda situación.

Se tumbó sobre mí en la cama, acomodándose entre mis piernas. Su polla rígida se frotó contra la mía y contuve la respiración. No es que yo estuviera demasiado excitado, porque me faltaba algo crucial, pero tampoco quería ofenderlo haciéndole creer que no me ponía en absoluto. Es más, si me lo imaginaba enfundado en cuero y con un látigo en la mano prácticamente tenía mi fantasía erótica hecha realidad. Quizá me vio algo distraído, porque me dio



un pequeño mordisquito en la mandíbula mientras estiraba el brazo para abrir el cajón de su mesilla de noche.

—¿Va todo bien? —me preguntó amablemente.

—Sí.

Sacó un condón envuelto en el típico sobrecito plateado y un bote de lubricante. No pude dejar de fijarme en que estaba casi vacío, señal inequívoca de cuál era uno de sus pasatiempos favoritos. Con esa habilidad inconsciente que te otorga la práctica, abrió el preservativo con los dientes y se las apañó para ponérselo con una sola mano. Apoyaba todo su peso en el brazo izquierdo. Su abultado bíceps me rozaba la mejilla. Abrió el tapón del lubricante y se humedeció los dedos.

—No hace falta. —Lo detuve de pronto.

—Pero así te dolerá.

Bueno, se trataba precisamente de eso, pero no encontré la manera más adecuada de explicárselo sin que pensara que estaba a punto de tirarse a un enfermo. La mayoría de la gente teme al dolor, lo considera un mal presagio y hace cuanto puede para alejarlo de sus vidas. En la mía siempre había estado muy presente y, tal y como se hace con un viejo amante, yo recurría a sus brazos invisibles cada vez que me sentía perdido.

—No importa. Hazlo ya.

Eric me miró a los ojos y entonces me pareció atisbar una pequeña chispa de comprensión en los suyos. No les daba directamente la luz del sol, así que lucían de un color avellana claro. Se inclinó sobre mí, acomodando el antebrazo sobre el colchón. Encogí las piernas y las alcé hasta abrimme por completo, haciendo lo que mejor se me daba.

Lo sentí de forma suave, casi temerosa, jadeando escandalosamente sobre mi oído cuando mi esfínter aprisionó su carne y la arrastró al interior. Pese a que estaba más o menos preparado, apreté las mandíbulas y contuve un quejido, tensándome sin querer. Mi rígido cuerpo me devolvió la afrenta en forma de dolorosa punzada, todas aquellas heridas ardiéndome al simple contacto de las sábanas. Eric empujó un poco más, arrancándome un involuntario gemido.

—Tendré cuidado con tu espalda —me susurró de repente con ternura.

¿Cómo se había dado cuenta?

No me esperaba aquello, porque yo no estaba nada acostumbrado a que los demás malgastaran su tiempo preocupándose por mí. Eric era observador y seguramente sabía que debía sentir molestias en aquella postura, pero tampoco me había pedido cambiar de posición, intuyendo que lo que yo quería era que no se me viesen las marcas.

El trasero me ardía, quejándose por aquella forzada intrusión. Eric hizo un rápido movimiento y hundió las caderas contra mis nalgas, penetrándome hasta el fondo. Cerré los ojos con fuerza y grité, crispando mis dedos sobre las sábanas.



Ambos nos quedamos inmóviles, jadeantes. Era agradable sentir la sudorosa y cálida piel de Eric junto a la mía.

Casi estuve tentado de abrazarlo, pero me contuve.

Eric me acarició la frente con su barbilla, sacó la lengua y lamió de mis sienas un par de silenciosas lágrimas que se me habían escapado debido al dolor. Luego hundió la cara en la curva de mi cuello, me besó cariñosamente detrás de la oreja y empezó a moverse.

ERIC

Salí despacio, para darle tiempo a que se acostumbrara. Aquel pequeño viciosillo me había dado a entender exactamente lo que quería y, aunque la idea de causarle daño a alguien aún no la entendía del todo, si Chris quería que lo hiciera yo estaría plenamente dispuesto a complacerle.

Su interior era cálido y posesivo. El corazón seguía laténdome con fuerza, pese a que aquello era algo habitual en mi vida diaria. Tenía la suerte de poder follar varias veces a la semana, a veces incluso varios días seguidos si me echaba algún rollete esporádico. Lo que no era normal, y que había supuesto un maravilloso cambio, era que la persona que tenía debajo llegase a gustarme tanto como me gustaba Chris. Sentía unos deseos enfermizos de encerrarlo, encadenarlo a mi cama y quedármelo para siempre.

Si aquello se parecía un poco al cielo, no me habría importado morirme.

Pasé un brazo bajo su nuca para hacer que estuviese más cómodo y, al mismo tiempo, poder acercarme aún más a él. Su húmeda erección se frotaba contra mi abdomen. Mis embestidas eran potentes y certeras, profundas. Lo notaba estremecerse una y otra vez. Los ojos entrecerrados, la boca ligeramente abierta regalándome unos lascivos jadeos al oído.

Chris no me estaba pidiendo delicadeza, me pedía dolor.

Busqué a tientas y le atrapé un pezón entre mis dedos, el que no tenía perforado, apretándolo con fuerza. Se le escapó otro grito y arqueó la espalda, aferrándose de forma inconsciente a mis hombros.

—Más, Eric, más...

Mentiría si dijera que su entrecortada súplica no me puso cachondo hasta rozar los peligrosos límites de la cordura. Veréis, cuando te dedicas a follar por mero pasatiempo, hay una regla de oro que todo aspirante a soltero empedernido tiene siempre muy presente: el propio disfrute. Es una escasa hora de sexo donde solo buscas pasar un buen rato, con la inestimable certeza de que no le debes nada a nadie. Yo lo estaba disfrutando, vaya que sí. El simple hecho de saber que era Chris quien estaba bajo mi cuerpo incrementaba aún más las furiosas ganas que tenía de correrme.



Entre imprecisos jadeos, Chris me agarró del pelo y tiró hacia atrás. En otras circunstancias quizá habría pensado que lo hizo para tener libre acceso a mi cuello, pero tan solo me estaba guiando y yo me apresuré a obedecerle. Hice lo propio y le agarré por los suyos, ejerciendo una férrea presión que le impedía moverse. Con la mano libre volví a capturar su pezón y, al mismo tiempo que tiraba de la irritada carne, bajé la cabeza y mordí su clavícula con fuerza.

Gritó, extasiado.

Estuve a punto de volverme loco.

La piel me ardía insoportablemente y yo solamente quería fundirme con aquel cuerpo pálido y esbelto que se abría para mí. Mi polla salía casi entera para después volver a empalarlo con brusquedad, estremeciéndolo por los rudos golpes. Desde luego que debía dolerle, y de eso no me cabía ninguna duda. Parecía que todo el aire del mundo no bastaría para apaciguar mis agotados pulmones, ni toda el agua para aplacar mi sed. Ni toda la comida para sustituir aquella devastadora sensación de vacío que imperaba en mi estómago. Solo me lo había follado una vez, pero ya era plenamente consciente de que en cuanto se fuera me ahogaría, perecería de hambre o de sed. Busqué con urgencia su polla y comencé a masturbarlo frenéticamente, dominado por una mutua necesidad.

Lo quería.

Lo quería para mí.

Solo mío.

Mío.

—¡Ah, joder, joder! —Lo escuché gemir con impotencia.

Hice un último esfuerzo y aumenté el ritmo hasta que fui incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos. Sentí perfectamente las violentas contracciones de su trasero ondulando sobre mi carne cuando a Chris le sobrevino el orgasmo y me arañó la espalda de forma despiadada, apretándose desesperadamente contra mí. Cayó lívido, jadeante y exhausto, observándome lascivo a través de sus ojos entrecerrados. Yo lo embestí dos, tres, diez veces más, cortándole la respiración a cada golpe. Apoyé mi frente sobre la suya, sintiéndome caer en un precipicio oscuro y gimiéndole prácticamente sobre los labios.

No, no lo besé.

Chris me dedicó una leve sonrisa descarada, tierna y expectante.

Me corrí, claro.



5. BARROTÉS

Libertad.

No la necesito, pues te pertenezco por completo.

CHRIS

—¿Seguro que es aquí?

Eric me miró con serias dudas, aparcando el coche frente a un pequeño y elegante parque. Yo siempre había creído que los jardines públicos los construían pensando en los niños, pero ese precisamente no tenía columpios.

—Ya haré el resto andando, no queda lejos —le contesté despreocupado.

Tenía que resolver los dichosos problemas de Termología para entregar el ejercicio al día siguiente, de modo que no quería que se me hiciese muy tarde. Se lo dije a Eric cuando todavía estábamos remoloneando en la cama, así que nos vestimos de prisa y se ofreció a traerme. Justo cuando yo iba a abrir la puerta se inclinó hacia mí, acercándose a una imprudente distancia. Eric aún olía un poco a sudor. Me gustaba.

—No me vas a decir dónde vives, ¿no? —Esbozó una sonrisilla elocuente.

—No —le confirmé a mi vez, devolviéndole la sonrisa.

—Eres el chico de los misterios.

—Más bien, digamos que estoy intentando librarme de un posible acosador. —Seguí sonriendo, para indicarle que hablaba en broma.

En parte.

Con mi difícil situación de entonces ni se me había pasado por la cabeza el jugar a los romances. En muchos aspectos Eric era el hombre de los sueños de cualquier homosexual mentalmente estable, pero yo tenía otras obligaciones y no podía permitirme el lujo de pensar en lo que, quizá, me habría hecho feliz.



Ya os he dicho que soy todo un masoquista, en el sentido más amplio de la palabra.

—¿Ni siquiera una pista? ¿Pequeñita? —Eric hizo un puchero lastimoso y se las apañó para componer un perfecto gesto de cachorrito abandonado.

Nada me habría gustado más que volver a verlo, pero no quería buscarme más complicaciones de las estrictamente necesarias. Siempre he sabido a tiempo cuándo es aconsejable echar el freno.

—Lo siento, pero es mejor así.

Sentí un agradable cosquilleo cuando Eric ladeó el cuello para darme un suave beso detrás de la oreja. Parecía que le había gustado aquel sitio. No se rendía fácilmente, y admito que me sentí halagado.

—¿Tienes miedo de que asalte tu inexpugnable castillo y te secuestre en plena noche? —me susurró al oído, de forma claramente sensual.

Me aparté para darle un manotazo amistoso, rebajando la tensión. Si seguíamos por aquellos derroteros seguramente volvería a empalmarme.

—Gracias por traerme.

—De nada. ¿Tu número de teléfono?

—No tengo.

—¡Oh, vamos! —Eric soltó una incrédula carcajada—. Ese truco es más viejo que el infierno. Ni el más estúpido se lo creería.

—Si te lo digo, ¿me dirás tú a quién le has robado el coche? —Contraataqué.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco.

Había visto su pequeño apartamento, y le había visto a él. Aquel cochazo ostentoso no encajaba para nada con su humilde estilo de vida.

—Es de mi jefe y, ya que lo mencionas, a esta hora debe de estar cagándose en buena parte de mis antepasados.

—¿Estás trabajando?

—Teóricamente sí. Técnicamente, acabo de echar un polvo fantástico. Seguro que lo comprende.

—Espero que no te despidan por mi culpa.

—No, qué va. —Hizo un gesto displicente con la mano—. Soy su insustituible asistente. Sin mí, casi ni podría agarrársela solo cuando mea.

—¿En qué trabajas? —le pregunté con curiosidad.

—En Garrison & Cía., una pequeña asesoría financiera de Queens. ¿Me das tu teléfono? —insistió alegremente otorgándole un brusco giro a la conversación.

Recité unos números mientras él los tecleaba en su propio móvil, como un niño al que de pronto le hubiesen dado un caramelo. Casi me sentí culpable por habérmelo inventado.

—Que conste que no suelo hacer esto todos los días —me advirtió con aire travieso.



—¿Tener un polvo fantástico? —repetí sonriendo.

Eric negó con la cabeza, para después mirarme fijamente a los ojos.

—Querer volver a ver al culpable de ese polvo.

Se me aceleró el corazón.

Qué estúpido.

—Bueno, no creo que haya sido para tanto. —Me apresuré a restarle importancia, encogiéndome de hombros.

Eric me cogió la cara con sus grandes manos, sin que yo lo esperara. Las yemas de sus pulgares me acariciaron las mejillas y, tonto de mí, me ruboricé bruscamente y de forma ridícula sin poder evitarlo.

—Me gustas mucho, Chris.

Fueron los tres segundos más intensos de toda mi vida.

—Tengo que irme.

Huí, como un cobarde.

Escapé, muerto de miedo.

Y enseguida me arrepentí, como un imbécil.

Abrí la puerta del coche y salté a la acera como si el asiento me quemara, dejando a Eric con una expresión desilusionada y confusa. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para permanecer impasible, caminando con paso firme y rápido hasta perderme de vista por un estrecho callejón entre dos enormes casas de planta baja. Su inocente sinceridad me hacía daño, pero era un tipo diferente de dolor que no me gustaba. Era dolor de dentro, del que nunca se curaba del todo. Me sentía vulnerable y avergonzado, peligrosamente expuesto. Esas cuatro simples palabras habían resquebrajado hasta la última piedra de mis férreas defensas y, de haber permanecido junto a Eric, este las habría destrozado a salvajes dentelladas.

Llegué a mi casa en un estado de nerviosismo bastante aceptable, saludé a la vieja Berta y me fui directo a meterme en la ducha. El agua caliente borraría su olor, sus huellas. El gélido y huraño Chris de siempre regresaría entonces y todo el cosmos volvería a establecer de nuevo su orden natural. Envuelto en el grueso albornoz, dejé caer una toalla en mi cabeza empapada y me refugié en mi habitación. Durante los meses de frío, a mi tío Rusell le gustaba tener la calefacción encendida, así que solo me puse una camiseta de manga corta y el pantalón del pijama. Llamaron a la puerta cuando me estaba frotando el pelo para hacer que se secase.

—¿Señorito Chris?

Era Berta.

—Pasa, por favor —le pedí mientras me giraba en su dirección.

Su amable rostro mulato, lleno de arrugas, asomó sonriente por el marco de la puerta.

—He pensado que quizá le apetecería un trozo de tarta de chocolate, señorito. Acabo de sacarla del horno y está calentita.



—¿Chocolate? —Me esforcé en sonreír—. Suena estupendo.

—Le haré también un café, o mejor un vaso de leche. —Decidió Berta sacudiendo la cabeza—. Tiene que alimentarse como es debido, o cuando crezca del todo se quedará así de esmirriado.

Asentí obediente y la miré con cariño. Desde que me había quedado huérfano, Berta había sido para mí lo más parecido a una refunfuñona y sobreprotectora madre. Dejé la toalla húmeda sobre mi cama y la seguí hasta la impecable cocina, acomodándome en un taburete alto junto a la barra americana. Se me hizo la boca agua nada más aspirar el olor a bizcocho recién hecho que inundaba la estancia, teniendo en cuenta que en todo el día no había tomado nada más que un café mediocre y unos cuantos bocados de tostada. En menos de un minuto ya tenía a mi entera disposición un reconfortante vaso de leche hirviendo y un generoso trozo de pastel.

—No quiero ver ni una sola migaja —me advirtió amenazante, secándose las manos en su floreado delantal.

Le di un pequeño mordisco al pastel, esperando a que la leche se enfriara.

—Está increíble, Berta. Eres la mejor. —Esbocé mi mejor sonrisa angelical.

—Menos peloteo, señorito, y más entusiasmo para masticar.

Aquella tarde, entre unas cosas y otras, mi estado de ánimo no estaba demasiado boyante. Sin embargo, al ver su cara tan seria se me escapó una leve carcajada. Su semblante ceñudo pareció relajarse de golpe, sonriendo a su vez y mostrando una hilera de blancos dientes que contrastaban enormemente con la morena tonalidad de su cara.

—Así quiero verlo yo, señorito Chris, riendo. Siempre contento.

Qué lista era, qué sabia.

Me admiraba profundamente el vasto conocimiento que tenía sobre mí, aunque desconociera la mayoría de mis secretos. Por ejemplo, Berta no tenía ni la menor idea de a qué lucrativas actividades dedicaba mi tiempo libre la mayoría de las noches todos los fines de semana. El saberlo seguramente la habría destrozado.

Charlamos un rato de cosas insustanciales, me contó los últimos cotilleos de los vecinos y yo la puse al día de cómo iban mis estudios en la universidad. No me extrañó para nada cuando, en un tono claramente reprobatorio y confidencial, Berta me informó de que la hija de los Applelton estaba embarazada. Siempre había sido un poco zorrón. Me bebí la leche tibia a pequeños sorbos y, tal y como le había prometido, dejé tan reluciente el plato de la tarta que casi no tendría ni que fregarlo. Quedó satisfecha y me dejó marchar después de agradecerle sinceramente aquella estupenda merienda. De vuelta en mi cuarto, me senté en mi escritorio y me puse las gafas. Abrí la guía de problemas que había sacado de la biblioteca y empecé a leer:

«Un gas perfecto monoatómico ($\gamma=1,67$) está contenido en un cilindro cerrado por un pistón móvil. La presión inicial es 1 atm y el volumen inicial es



1 litro. El gas se calienta a presión constante hasta duplicar su volumen; después se calienta a volumen constante hasta que se duplica la presión, y finalmente, se expande adiabáticamente hasta que la temperatura desciende a su valor inicial. Representé el proceso en un diagrama p-V».

Bueno, no parecía muy difícil. Al menos, aquello me mantendría lo bastante ocupado como para no pensar en otras cosas. Hice unos rápidos cálculos y empecé a dibujar el diagrama en un folio.

«*Me gustas mucho, Chris*».

Eso no salía en el problema, pero era un problema en sí.

La mano me tembló, y la curva que estaba dibujando trazó un par de picos desiguales y completamente incorrectos. Taché con rabia el diagrama y me propuse seriamente empezar de nuevo, pero fue imposible.

Cometí el primer error al levantarme, darme la vuelta y caminar airadamente hasta quedar frente a mi odiado espejo, mirándome con rencor.

¿Que yo le gustaba? ¿Por qué? Eric había visto lo mismo que yo veía en mi insignificante reflejo.

Segundo error.

¿Qué más podía ofrecerle, aparte de un buen polvo?

Eric era insoportablemente guapo, le echaba morro a la vida y su carácter impetuoso arrasaba con cualquier escollo que se cruzase en su camino. Al parecer, tenía un buen trabajo y follaba con alarmante regularidad, así que pretendientes no debían de faltarle.

¿Y se fijaba en alguien tan vulgar como yo? Tenía que ser una broma.

Tercer error: compadecerme de mí mismo.

Suspiré, frotándome los ojos cerrados con las yemas de los dedos. Aborrecía ese maldito espejo más que a nada en el mundo. Además, se me había olvidado pedirle dinero.

Cuarto error.

Me lo había pasado estupendamente follando con él.

Quinto error.

Un leve atisbo. La débil certeza de algo impreciso. En lo más profundo yo deseaba más.

Sexto error.

La Física es una ciencia exacta, demostrable y amplia, llena de teorías y principios. Con los datos adecuados se escribe la fórmula, se calculan las variables y siempre se obtiene un resultado final.

Eric no me había besado ni una sola vez en los labios.

Ese fue el mayor error de todos.



ERIC

Entré a la oficina pasadas las seis, cuando ya había oscurecido. Había recogido a Adam de la guardería y, como se me había hecho tarde para volver a la oficina, lo había dejado al cuidado de mi vecina Morgan la escasa hora que tardaría en dejar en orden los papeles del trabajo y planear las tareas del día siguiente. Sorprendentemente, Dallas aún continuaba allí. Alzó la vista y me miró expectante, alzando levemente una ceja. Señaló el despacho de Drew con una esclarecedora sacudida de cabeza.

—Creo que te van a cortar los huevos, chaval.

Esbocé una sonrisa nerviosa y agarré mis preciados genitales por encima del pantalón, de forma plenamente inconsciente. Mi vida sin ellos ya no tendría sentido.

—¿Está muy cabreado?

—Sobrevivirás.

—Ya sabes que puedes quedarte con todas mis revistas guarras si me pasa algo.

—A mí no me van las pollas.

—Lo sé, pero serán un bonito recuerdo.

Allí dentro hacia calor, con el radiador encendido. Me quité la cazadora y la dejé sobre el gastado respaldo de la silla de mi escritorio. Algo inquieto me pasé una mano por el pelo, ligeramente húmedo a causa de la rápida ducha que me había dado en mi apartamento justo antes de volver. Estornudé.

—No vas a darle pena —me advirtió Dallas, haciendo gala de una enorme sabiduría.

Sorbiendo los mocos, le di la razón en silencio y decidí enfrentarme a mi destino. Drew solía amenazarme a menudo con variadas formas de castración, todas ellas muy dolorosas. Hasta ese día yo aún seguía conservando intacta mi estimada capacidad reproductora y, francamente, tampoco creía que Drew ocultase bajo la alfombra la entrada secreta a unas tétricas mazmorras.

Compuse mi mejor sonrisa de inocencia, carita de adorable angelito pillado en falta y, una vez me sentí preparado, llamé a la puerta.

—¿Drew? —Asomé la cabeza con cautela.

Estaba en su mesa, fumándose un puro dominicano mientras llenaba un folio de cuentas con la inestimable ayuda de su calculadora de contable. Dejó a medio hacer una suma y soltó una densa y apestosa bocanada de humo, observándome atentamente por debajo de sus gruesas y enmarañadas cejas grisáceas. Ni siquiera emitió un gruñido.

Empecé a ponerme nervioso.

—¿Llego muy tarde? —Me lucí. Era una pregunta realmente estúpida.

—Pasa. Siéntate.



«Aquí, Eric. *Sit*. Buen chico».

Cerré la puerta a mis espaldas para dejarme caer en una de las dos sillas nuevas que había parapetadas frente a su caótico escritorio. Me tendió la mano casi de forma automática y, sabiendo perfectamente lo que quería, le entregué las relucientes llaves del Bentley.

—No le he hecho nada. NADA —enfaticé.

—¿Encontraste toda la información en la biblioteca?

Nos adentrábamos en terreno pantanoso.

—Eh... sí. Alguna. La mayor parte.

—Que no lo has terminado, quieres decir.

—Básicamente.

Drew permaneció impasible, pasando a ocuparse de otros menesteres. Carraspeó, sostuvo el puro con los dientes y archivó en un registro lo que parecían unas cuantas facturas ya revisadas. Me estaba ignorando deliberadamente, sabiendo que aquello me sentaría mucho peor que unos cuantos gritos. No creo que estuviese realmente molesto, pero en cuestiones laborales yo debía cumplir mi parte y le había fallado. Empecé a sentirme ligeramente culpable.

—Drew...

—Hnn —hizo un ruidito impreciso, sin mirarme.

—Lo siento —me disculpé con total sinceridad—. Soy un gilipollas irresponsable.

Terminó de colocar las facturas en una funda transparente, cerró el registro y volvió a dejarlo a un lado de la mesa, encima de un vaso vacío de café y los restos de un donut glaseado con sirope de fresa. Se sacudió las manos, cogió el puro y se reclinó sobre su asiento para ponerse cómodo.

—Has follado —dictaminó de repente.

—No me jodas, Drew —salté, más sorprendido que otra cosa.

—No, no te jodo. De eso ya te has encargado tú.

Reprimí a duras penas una histérica carcajada. ¿Cómo coño lo sabía? Ni que lo hubiese llevado escrito en la frente. Inventé a toda prisa unas mil excusas, ninguna lo suficientemente buena. Drew me observaba con calma, esperando la oportuna confirmación. Tras barruntar un poco más el delicado asunto, dejé escapar un audible suspiro y acabé confesando.

—Sí, he follado.

—Eres demasiado previsible.

—¿Pero...?

Drew sacudió perentoriamente la cabeza, sin dejarme acabar la pregunta.

—Te conozco más que a mi madre, Eric, y eso es preocupante. Sabes mejor que nadie que no te tengo aquí porque me des lástima, sino porque trabajas bien. Siempre eres muy consecuente con tus tareas y si hay algo que interfiera en ellas, sin duda se trata de algún culo prieto que ronde los confusos límites de la mayoría de edad.

—Este ya va a la universidad —le aseguré.

Estaba convencido de que aún se acordaría del espectáculo que presenciamos la última noche en la que fuimos a cenar al Koi y, por extensión, de aquel jovencuelo masoquista que hizo sus propias delicias y las de todos los presentes. Por alguna extraña razón, decidí no contarle que precisamente me había acostado con él.

—Mañana tendrás que volver y terminar de buscar la documentación.

—Había pensado en ponerme unos pañales e ir tirando pétalos de rosa adonde quiera que fueses caminando, pero ese castigo tampoco me parece mal.

—No te estoy castigando, Eric. —Drew sonrió, por fin—. Ya no eres ningún niño.

Bajé la cabeza y me miré las manos, inmóviles sobre el regazo.

—Bueno, cuando nos encontramos casi tampoco lo era.

—Estabas en la edad del pavo, algo infinitamente peor.

—Joder, fue terrible —reconocí—. Aún no consigo explicarme cómo no acabaste echándome de tu casa de una buena patada en el culo.

—En realidad pensaba vender tu rebelde cuerpecito adolescente a algún viejo pervertido y podrido de dinero, porque estaba seguro de que haría un buen negocio. Pero, mira por dónde, terminé cogiéndote cariño.

Intenté soltarle una amistosa patada por debajo de la mesa.

—Serás capullo...

CHRIS

—¿Se puede saber a dónde va a estas horas, señorito Chris?

Puse los ojos en blanco y contuve un grosero gemido de frustración. Ya casi tenía la mano sobre el lujoso picaporte dorado de la puerta principal. Había faltado muy poco. Marley, el mayordomo de mi tío y, ocasionalmente, mi perro guardián, había emergido de entre las sombras del vestíbulo como un entrometido fantasma.

—Voy a dar un paseo, necesito despejarme. —Era una verdad a medias.

—Ya es casi la hora de cenar —me recordó con una exasperante sonrisita de suficiencia—. ¿Su tío considerará adecuado que se ausente?

En realidad, me importaba una mierda lo que pensara mi tío, pero ni era una buena respuesta ni encajaba para nada con mis correctos modales. Hice como si meditara un poco el asunto y acabé encogiéndome de hombros.

—No tardaré, Marley.

Se rindió, aunque sin dejar de observarme con aquel nauseabundo gesto de astucia. Me dedicó una burlona e innecesaria reverencia y él mismo se ocupó de abrirme la puerta.



—Tenga cuidado, señorito Chris. Aunque este sea un barrio respetable, por la noche las calles no son seguras. No obstante, informaré a su tío de su breve salida para que no se preocupe.

«Cabrón...».

Me calé la capucha de mi parka azul eléctrico, dándole dignamente la espalda. En el cielo oscuro se veían enormes cúmulos de nubarrones. Había llovido un poco hacía rato, de modo que las aceras estaban mojadas y las blancuecinas luces de las farolas se reflejaban en los charcos con molesta intensidad. Me había cambiado los pantalones del pijama por unos gruesos de chándal, me había puesto una sudadera de felpa y la calentita parka impermeable. Comprobé aliviado que apenas sí sentía un poco de fresco.

La calle estaba desierta, tanto mejor. Solo me deslumbraban los faros de algún solitario coche de vez en cuando. Me hice el distraído, como si en verdad estuviese dándome un inocente paseo, hasta que estuve seguro de que Marley se habría cansado de espíarme por la ventana. Doblé la esquina con las manos en los bolsillos y entonces apreté el paso hasta cruzar la calle y llegar por fin a mi objetivo. Había comprobado que la cabina telefónica no se veía desde mi casa, así que la perspectiva de que Marley pudiese averiguar mis intenciones no me preocupaba en exceso. Saqué unas cuantas monedas de cincuenta centavos del cálido bolsillo de mi abrigo. Hacía un poco de viento, así que me arrebujé en la gastada mampara que protegía el teléfono. Eché las monedas en la pequeña ranura, descolgué el auricular y marqué de memoria el número sintiendo cómo me latía fuertemente el corazón.

—Rikers Island, penitenciaría de Nueva York.

—Buenas noches —saludé formalmente, pese a que casi me temblaba la voz—. Quisiera hablar con uno de los internos.

No dije reclusos, pues la sola palabra ya me producía un asco indescriptible.

—¿Sabe si el destinatario en cuestión tiene restringidas las llamadas o disfruta de algún régimen especial?

—No estoy seguro —contesté fingiendo incertidumbre.

—¿Es usted familiar?

—Sí.

—Muy bien, dígame el nombre de la persona con la que desea comunicarse.

Me atraganté, nervioso, y tosí de forma ridícula un par de veces. Carraspeé con impaciencia y noté que, pese al frío, habían comenzado a sudarme las manos.

—Jeremy Coldstone —murmuré.

Silencio. Quizá solo fueron unos cinco interminables segundos.

—Lo siento, pero no puedo comunicarle.

Sentí crecer una rabiosa impotencia desde lo más hondo de mi ser, exactamente la misma que me envolvía como un gélido puño de hierro cada vez que

llamaba a escondidas y recibía aquella idéntica e infructuosa respuesta. No me quedaba otra opción posible más que la de empezar a suplicar, y ni siquiera eso me funcionaba.

—Por favor, solo será un momento.

—No es posible, señor, lo lamento.

—Por favor —repetí, y sentí que mi voz se quebraba—. Por favor, un minuto. Solo un minuto. Se lo ruego...

—Lo siento.

—¿Podría decirme al menos si se encuentra bien? ¿Darle un recado?

—No nos está permitido, señor, disculp...

—¡JODER!

Sin esperar a que terminara, colgué el teléfono de un violento golpe. Aporreé furiosamente la mampara con el puño cerrado, lanzando unas cuantas maldiciones. El grueso plástico se resquebrajó, pero no llegó a romperse. Supongo que fue una suerte porque, de haberlo hecho, me habría destrozado la mano. Reprimí un salvaje sollozo de frustración, tomándola entonces con el propio teléfono. Los puñetazos me dejaron el brazo insensible, los nudillos despellejados y los ojos llenos de lágrimas.

Siempre, siempre igual.

Desde hacía seis años.

Tan cerca, pero tan sumamente lejos a la vez. Y estaba harto. Ya no era ningún niño estúpido al que podían convencer con una incomprensible negativa. ¿Por qué tanto misterio?! ¿Por qué no podía hablar con él?! ¿Por qué no podía verlo?!

¡¿POR QUÉ?!

El último impacto hizo saltar el auricular, el cual se quedó colgando por el cable y balanceándose a una escasa distancia del suelo. Tosí aparatosamente al intentar llenar de aire mis oprimidos pulmones y me llevé la mano al pecho pugnando por respirar. Busqué con urgencia mi inseparable inhalador en uno de los bolsillos de mis pantalones. Sentí un ligero temblor por todo el cuerpo a medida que remitió aquella crisis e iba disipándose mi feroz arrebato. Cerré los ojos y me apoyé en la cabina intentando calmarme, para poder pensar con claridad. Rikers Island estaba al norte de Queens y, aunque ya era tarde, seguramente todavía quedaría en funcionamiento algún autobús nocturno que me dejase relativamente cerca. Aún me quedaban unos pocos dólares en el bolsillo.

Me pregunté por qué jamás me había decidido a hacerlo antes.

Sí, era una locura.

Sabía que no me dejarían entrar. Sabía que estaba cometiendo una estupidez. Sabía que era una pérdida de tiempo. Sabía que mi tío acabaría enterándose y que yo me metería en un lío tremendo. Había puesto en orden mis descabelladas ideas y, un poco más relajado, la ira se había disuelto dejando paso a



una peligrosa determinación. Me apostaría en la puerta toda la noche si hacía falta, insistiría hasta que acabasen hartos de mí. No pensaba moverme ni un ápice hasta que acudiese la policía y me arrancaran de la puerta, aunque fuese a pedazos.

Afortunadamente, no hizo falta llegar a tanto.

ERIC

«Lo sentimos, pero el número marcado no existe...».

Era la tercera vez que llamaba, para asegurarme de que aquella incomunicación forzosa no se debía a ningún fallo en la línea o a una inoportuna falta de cobertura. Tres veces en las que me había sentido como un completo idiota. Chris me había utilizado para echar un buen polvo y después había procurado desaparecer de mi ansiosa vista sin dejar el más leve rastro. En resumidas cuentas, aquel era exactamente el mismo método que yo solía emplear con todas mis esporádicas conquistas, solo que nunca te paras a pensarlo detenidamente hasta que te lo hacen a ti. Y ya no era tanto la incómoda sensación de sentirme desengañado como la imperiosa e inexplicable necesidad de volver a verlo. Me sentía atrapado y frustrado en mi pequeño apartamento, así que había decidido salir a despejarme un poco aprovechando que Morgan se había ofrecido amablemente a quedarse un poco más con mi pequeño diablillo. Se trataba simplemente de dar un relajante paseo nocturno.

«*Más, Eric, más...*».

A la mierda la jodida relajación.

Los recuerdos me provocaron unos ligeros y comprometidos disturbios internos. Si cerraba los ojos incluso podía verlo de nuevo, retorciéndose agónicamente bajo mi cuerpo sudoroso y jadeante, gimiendo provocativamente mi nombre entre aquellos perfectos labios. Era un desconcertante compendio de contradicciones, tan tímido y recatado al principio y tan desvergonzado y atrevido al final. Era lo más excitante y erótico que había conocido en toda mi vida. Era una criatura sensual, desde la punta de los pies hasta el último pelo de su hermosa cabeza. Chris era puro sexo, como una droga.

Y yo me había enganchado a ella.

—Hola, guapo. ¿Estás solo?

Tardé unos cruciales segundos en reaccionar, hasta que alguien se colgó despreocupadamente de mi brazo y siguió caminando a mi lado. La observé sin disimulo y calculé que tendría unos cuantos años menos que yo. Era una belleza afroamericana, con el largo pelo peinado en trencitas y unos ojos turquesas que no reflejaban la radiante sonrisa que en aquellos momentos exhibían sus gruesos labios. Hacía frío y llevaba un abrigo blanco de brillante satén, sobre una escasa

minifalda de lentejuelas azules que relucían alegremente a cada paso que daba. No me sorprendí demasiado. Las noches de Queens servían de sustento a un gran número de prostitutas.

—Lo siento, preciosa, pero me temo que conmigo no te va a funcionar.

—Eso dicen todos al principio, pero después... —Ella hizo un gesto lo bastante claro como para que no hiciese falta cualquier otro tipo de explicación.

Decidí ir al grano.

—Nada de almejas, ricura. No me gusta el marisco.

—¡No jodas! —Me miró boquiabierta, incrédula—. Coño, pues vaya desperdicio...

—Gracias, supongo —le contesté con una franca sonrisa.

—¿Ni siquiera me dejarías intentarlo?

—Mmm... Me temo que no. Y que conste que no es por ti.

—Vaya, y yo que pensaba que había encontrado a un tío bueno que me alegraría la noche.

—No te creas, que soy más pobre que las ratas.

—¿Cuarenta pavos te parece mucho?

—Con lo guapa que eres, yo de ti cobraría mucho más.

De repente se sonrojó, imperceptiblemente bajo aquella gruesa capa de excesivo maquillaje. Era casi una niña, y sentí lástima. Yo podía haber acabado igual que ella.

—¿Tu chulo anda cerca? —le pregunté en un susurro confidencial.

La prostituta se me acercó, mimosa. Disimulaba realmente bien.

—Ahora mismo está con Jenny y las demás, justo antes de cruzar el puente de Rikers Island. Aunque calculo que no tardará en venir.

—Toma. —Le puse en su pequeña mano un arrugado billete de diez dólares—. Date prisa y cómprate algo para cenar.

Al principio me miró muy seria, sin saber si yo le estaba gastando alguna especie de broma. La mayoría eran mujeres jóvenes, valientes y resabiadas, expuestas a los constantes peligros que les exigía su arriesgada profesión. Pero, sobre todo, eran desconfiadas por naturaleza. Y no se lo reprochaba.

—Me llamo Stephanie.

—Eric.

—Gracias.

A pesar de los altos tacones, tuvo que ponerse de puntillas para poder alzarse y estamparme un sonoro beso en la mejilla. Me dijo adiós con la mano y desapareció enseguida al doblar una esquina.

Mi tierno encuentro había sido una conmovedora muestra de altruismo, por lo que me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Esos diez dólares me suponían la comida de un par de días, pero ya me las apañaría con lo que hubiera en casa. Con la conciencia tranquila y satisfecha, decidí volver. Si me dejaban, claro.



—Vas a tener que acompañarnos, chico —dijo una voz a mis espaldas.
No opuse la menor resistencia, porque hubiese sido mucho peor. Yo no tenía ni idea de que mi emocionante aventura nocturna no había hecho más que empezar.

CHRIS

—Vamos, baja del coche. Y que no se te ocurra hacer ninguna tontería.
Obedecí, mirando al hombre uniformado que me sujetaba la puerta. Me habían esposado las manos a la espalda, con lo que tuve que hacer un par de torpes maniobras con las piernas para poder impulsarme. Salí del coche patrulla y sentí enseguida que me agarraban fuertemente de un brazo, por si acaso se me ocurría escaparme.

Estaba esposado, sí, y con dos policías cachas escoltándome hasta la comisaría más cercana. Pensé con sarcasmo que solo me faltaba un látigo. O las porras, en su defecto.

Las dos.

Entramos al lóbrego edificio, que no era demasiado grande. La típica comisaría de barrio. Un policía calvo y con aspecto aburrido estaba sentado tras el mostrador.

—¿Qué me traéis esta noche, chicos?

Uno de mis halterófilos guardianes me zarandéó, como si yo no fuese más que un simple muñeco de trapo.

—Un niñato alborotador. Nos han llamado hace un rato de Rikers Island. Al parecer, no paraba de llamar al portero automático y aporrear la puerta, armando escándalo.

—¿Tantas ganas tienes de que te enchironen? —El calvo se rio de su propio chiste—. Pues sigue así, chico, que vas por buen camino. ¿Cuál es tu nombre?

—Christopher Coldstone —le contesté, desafiante.

Al oír mi apellido enarcó una ceja y miró interrogante a uno de los agentes que me acompañaban.

—No lleva encima ninguna identificación, ya le hemos registrado.

—¿Coldstone? —repetió el calvo, dirigiéndose nuevamente hacia mí—. ¿Por casualidad no serás familia de Rusell Coldstone?

—Es mi tío —exclamé indiferente. Me lo pensé unos segundos y añadí—: Pero yo ya soy mayor de edad.

—Claro, por supuesto. ¿También serás tú el que pague la fianza?

—¿Fianza? —repetí alarmado.

—Alteración del orden público, tentativa de asalto a una institución penitenciaria y no sé si podremos sacar algo más por ahí. Si tú no tienes dinero,

por muy mayor de edad que seas, no nos quedará más remedio que avisar a tus padres o te quedarás aquí hasta que el juez decida si debemos trasladarte a prisión.

—Vivo con mi tío —le informé de mala gana—. Es mi tutor legal.

—Muy bien. —El calvo miró a sus compañeros y alzó una mano para señalar las sombrías dependencias a sus espaldas—. Ya podéis llevarlo a la celda.

—¿No vas a ficharlo? —le preguntó uno de ellos, extrañado.

—Déjame este asunto a mí, ¿vale? Conozco perfectamente a estos malditos ricachones elitistas. Lo que menos gracia les hace es un escándalo público relacionado con el buen nombre de sus familias. Russell Coldstone y yo tendremos que llegar a un pequeño acuerdo.

Aquello prometía ser interesante. Sentía una curiosidad extrema por ver lo que haría mi tío para evitar el desastre, aparte de matarme. También pensé en la universidad, en lo que pasaría con mi beca si la noticia de que el brillante alumno Christopher Coldstone había estado detenido llegaba a los susceptibles oídos del rectorado.

Después de todo aquel jaleo, seguía sin tener la más mínima noticia sobre Jeremy.

—Venga, chaval, espabila.

Me condujeron a la habitación que estaba al fondo y me quitaron las esposas. Era una estancia grande, ocupada en su gran mayoría por una celda de anchos barrotes. Dentro había solo un banco viejo, y las paredes estaban llenas de pintarrajos y groseros dibujos de evidente connotación sexual.

No estaba solo.

—Te traemos compañía, *cariñoso* —anunció con sorna uno de los guardias.

La puerta se cerró a mis espaldas y me quedé allí de pie, petrificado. Atrapado. Ambos nos miramos incrédulos en mitad de un silencio incómodo.

«Putá casualidad», pensé, y mira que yo no solía decir palabrotas.



6. TABÚ

Dolor.

Otra manera de sentirme vivo.

ERIC

—¿Chris?

Fue una pregunta retórica (y estúpida), porque estaba claro que era él. Llevaba un chándal con distintas tonalidades de grises y un grueso abrigo azul eléctrico, acolchado e impermeable. Me miraba en silencio con sus rasgados ojos verdes. Comprendí enseguida que estaba un poco nervioso, rígido, sin moverse de donde estaba. Le señalé el sitio libre que había a mi lado en el banco de madera. Chris dudó unos instantes, pero acabó sentándose con la espalda apoyada en la pared.

—Hola —me dijo simplemente.

Aquello era demasiado surrealista.

—¿Qué haces aquí?

—Supongo que lo mismo que tú.

—Lo mío fue un malentendido, y estoy intentando solucionarlo.

—Pues entonces te deseo suerte.

Sobrevino otro silencio forzoso y Chris apartó la vista para fijarla en el lado contrario, como si de pronto hubiese encontrado algo tremendamente interesante en un puñado de barrotes oxidados. Su actitud era claramente hostil.

Por el amor de Dios, si aquella misma tarde habíamos follado.

Alcé el dedo índice y le acaricié suavemente el cuello, desde la mandíbula hasta el principio del abrigo. Sentí como daba un respingo y me miraba de nuevo, sonrojándose un poco. Era el ansiado momento de mi venganza.



—Te he llamado unas cuantas veces, ¿sabes?
Sus pálidas mejillas enrojecieron aún más, captando al instante mi sutil indirecta.

—Lo siento, pero no quería complicaciones —admitió al fin.

—¿Follar conmigo te supone un problema?

Su franca respuesta me sorprendió:

—En cierto modo, sí.

—Ah, claro —dije con ácido sarcasmo—. Es porque no tengo el suficiente dinero para pagarte.

No me devolvió una airada respuesta. Apretó los labios, que se le pusieron blancos, se cruzó de brazos y bajó la mirada. Me dio la impresión de que parecía estar más triste que otra cosa. Si Chris se prostituía, por la razón que fuese, la verdad es que yo no era quién para juzgarlo. Puse mi mano sobre una de las suyas y le apreté los dedos en un cariñoso gesto conciliador. Arisco e implacable, Chris me apartó enseguida al sentir el contacto.

—Perdona —me disculpé, un poco por todo en general.

Siguió ignorándose, con la vista clavada en sus carísimas zapatillas de deporte. Calculé que debían haber costado lo mismo que todos mis zapatos juntos, incluidas las chanclas de la ducha. No parecía encontrarse demasiado bien. Dentro de la comisaría hacía un poco de calor, pero no me había quitado la cazadora por pura gandulería. Al contrario que yo, Chris se arrebujaba en su abrigo como si tuviera frío. Me di cuenta de que temblaba un poco.

Admito que se me pasó por la cabeza la enloquecida idea de abrazarlo.

—Chris...

Unos pasos me interrumpieron, cuando un policía se acercó a la celda y me tendió mi teléfono móvil a través de los barrotes. Lo miré extrañado, pues me lo habían requisado junto con mi cartera y las llaves de mi apartamento.

—Dice que es tu padre, quiere hablar contigo —me aclaró el guardia.

Lo cogí enseguida.

—Dre... Eh... ¿Papá? —rectifiqué, justo a tiempo.

—¿Qué demonios has hecho ahora, Eric? —La impertérrita voz de Drew denotaba impaciencia—. Shawn dice que hace un rato llamaste a casa para hablar conmigo, pero yo había salido con Jerry a jugar una partida de cartas. Le dejas el recado de que te llame urgentemente y, cuando lo hago, resulta que me contesta la policía y me explican que te han detenido. ¿Se puede saber por qué?

—No es lo que parece —me defendí, utilizando aquella grandiosa excusa—. Iba dando una vuelta por Queens y me abordó una prostituta en mitad de la calle. No era más que una cría. Hablamos un poco y al final le di diez dólares para que me dejase tranquilo.

—Y supongo que alguna patrulla os vio y supuso que acababas de tirártela.

—Exacto.



—¿Han presentado cargos?

—Aún no. He tratado de explicárselo todo y están buscando a la chica para que corrobore mi versión, pero dudo mucho de que sea tan tonta como para dejarse pillar por la poli. Además, sabes que tengo antecedentes —le recordé bajando la voz.

—Solo a ti se te ocurre semejante estupidez, niñato —me reprochó Drew soltando un resignado suspiro—. En fin, voy a hacer un par de llamadas y te soltarán sin más consecuencias en menos de una hora.

Sonreí sin poder evitarlo. El mafioso de mi jefe tenía contactos útiles hasta debajo de las piedras.

—Gracias.

—Vete directo a casa, ¿me oyes? He llamado allí y he tranquilizado a la pobre Morgan, que ya empezaba a pensar que te había pasado algo.

—Sí, mamá —canturreé con sorna.

—Mañana ya te daré el correspondiente sermón en mi despacho.

—*Oh yeah*, me muero de ganas. Nos vemos mañana, entonces.

Colgué el teléfono y se lo devolví al policía, que me observaba desconfiado. Luego volví al banco y me senté nuevamente junto a Chris, procurando acortar las distancias de una manera discreta y elegante. Lo bueno es que él se había colocado casi en el mismo extremo, por lo que no tenía escapatoria posible salvo la de tener que levantarse si quería alejarse de mí.

No lo hizo.

—¿Van a venir tus padres a por ti? —le pregunté de pronto, pues no me gustaba la idea de que se quedase allí solo.

Me contestó vagamente tras unos vacilantes segundos. Seguía sin querer mirarme.

—Supongo que vendrá mi tío.

—¿Te has metido en un lío muy gordo?

Asintió distraído, sumido en sus propios pensamientos. ¿Dónde diablos estaba aquel Chris descarado, orgulloso y desafiante? Casi prefería verlo enfadado en lugar de tan apático, y en aquel mismo instante tomé una arriesgada decisión. Chris continuaba con la cabeza vuelta hacia el otro lado, así que lo tuve fácil. Me incliné hacia su cuello y le besé suavemente detrás de la oreja, porque sabía que le gustaba.

Chris se encogió inmediatamente como un resorte, reaccionando de una maldita vez. Vi un fugaz e impreciso destello en sus ojos y sus manos agarraron con sorprendente fuerza las gastadas solapas de mi cazadora.

—¡¿Eres gilipollas?! ¡¿Qué coño te crees que estás...?!

Vale, no lo pensé.

Lo tenía demasiado cerca, con los revueltos cabellos negros cayéndole de forma descuidada por la pálida frente. Sus ojos verdes refulgían de indignación,

respiraba agitado y eso me hizo recordar ciertas cosas. Me fijé en sus labios húmedos, entreabiertos, y le cogí la cara con ambas manos. Me había quedado con tantas ganas aquella tarde que supe que ya no habría nada capaz de detenerme.

Simplemente lo hice.

CHRIS

Me besó.

Así, tal cual, sin ni siquiera pedirme permiso.

Recuerdo aquellos labios violentos y ávidos ardiendo contra mi boca. Traté de apartarme, al menos eso es lo que me gusta pensar. Su lengua entró en mí como una voraz serpiente de fuego, abrasándolo todo a su paso. Fue inesperado, sucio y forzado. Fue una vil traición, un injusto asalto.

Fue lo más maravilloso de aquel catastrófico día.

Creo que gemí, como en un susurro, sintiendo que Eric me invadía con todo su ser. Tenía los ojos cerrados y la cabeza me daba vueltas, o a lo mejor era el mundo lo que había empezado a girar. De forma inconsciente me apreté contra él, acariciándole osadamente con mi propia lengua. Eric cogió aire de forma urgente sin salir de mi boca y, al comprobar que yo ya no iba a oponer resistencia, deslizó una mano hacia mi nuca y comenzó a frotarme suavemente con sus dedos. Mentiría si dijese que no me temblaron las piernas.

Y todo eso por un simple beso.

Dejé de sentirlo y abrí los ojos ante aquel repentino vacío. Eric me sonreía.

—Lo siento, tropecé —dijo de manera nada convincente.

«Pues tropieza otra vez».

Era consciente de que me había quedado mirándole como un bobo.

Eric alzó el índice y me lo puso sobre los labios, dibujando lentamente su contorno. Mi saliva humedeció su dedo y, de forma provocativa y sensual, se lo metió en la boca para poder chuparlo. Creeréis que estoy loco si os digo que en aquel mismo instante deseé con todas mis fuerzas que me estampase contra los barrotes de la celda y se pegase a mi espalda para follarme como una bestia hasta que ya no pudiéramos más.

—Eric —susurré, y me incliné hacia delante para devolverle el beso.

Antes siquiera de llegar a rozarlo, me detuve bruscamente al escuchar unas voces.

—Por aquí, señor Coldstone.

Algo pesado y frío se instaló en mi estómago cuando desperté del sueño y fui nuevamente consciente de donde estaba. Sentí que Eric me cogía una mano y esa vez sí agradecí el agradable contacto, pero tuve que mirarlo con una



silenciosa disculpa en mis ojos y apartarme forzosamente de él. Mi tío y un par de guardias entraron en ese mismo momento y, mientras hablaban entre ellos, uno de los policías se acercó a la celda y empezó a abrir la puerta.

—Ya puedes salir, jovencito —informó dirigiéndose a mí.

Quise mirar a Eric para poder despedirme, pero no me atreví. Mi tío Rusell, que desde luego no había perdido el tiempo en venir a buscarme, parecía abarrotar la estancia con su autoritaria presencia y su elegante abrigo de piel. Me fijé en que incluso llevaba unos guantes negros para protegerse del frío, pero se estaba quitando el de la mano derecha con estudiada parsimonia. Pronto adivinaría el porqué.

—Ven aquí, Christopher —exigió en tono gélido y cortante.

Comprendí al instante que mi tío no es que estuviera cabreado, sino que, de haber podido, hubiese reducido a cenizas el mismísimo infierno. Aquella calma tan fría precedía siempre a una tormenta de proporciones descomunales. A mi edad yo ya había dejado de temer sus violentos ataques de ira, pero no olvidaba que, debido a las circunstancias, Rusell seguía teniendo un enorme poder sobre mí. Me arriesgaba sobremanera cada vez que llamaba por teléfono a escondidas, pero el presentarme en la cárcel para armar un escándalo había sido un magnífico suicidio. Sin otra alternativa posible, le obedecí. La gente solía decir que mi tío tenía los nervios de acero, cosa que quedó patente cuando alzó despreocupadamente la mano y me soltó una bofetada con todas sus fuerzas.

Sentí una súbita explosión de dolor en la mejilla. La fuerza del golpe me partió el labio y me hizo girar bruscamente la cabeza en la misma dirección. Apreté los dientes debatiéndome entre la rabia y la vergüenza, pero decidí ser prudente y no levanté la mirada del suelo ni una sola vez. Sabía perfectamente que no era solo mi orgullo lo que estaba en peligro. Cerré los ojos y me limpié un poco de sangre que tenía en la barbilla con el dorso de la mano.

—¡No te pases ni un pelo, cabrón!

El indignado grito de Eric resonó a mis espaldas y, aunque nadie le prestó la menor atención, para mí tuvo el mismo efecto que un reconfortante abrazo. Ni siquiera sabía si volvería a verlo.

—Vámonos —ordenó mi tío, dándose la vuelta.

—¡Chris!

«No lo mires. No lo mires. No lo mires...».

No iba a hacerlo de todas maneras, pero mi tío gruñó impaciente y me agarró del brazo arrastrándome con él. Recorrimos las dependencias policiales hasta que llegamos a la recepción, intercambié unas tensas palabras con el calvo y salimos afuera. Marley nos esperaba con el sobrio coche negro que mi tío utilizaba para ir a trabajar. Nada más verme la sangre y el labio partido, Marley me dedicó una nauseabunda sonrisa.

¿Sabéis esas ocasiones en que metéis la pata hasta el fondo y ya nada de lo que hagáis a posteriori puede empeorar la situación? Yo había desobedecido a mi tío en lo único en lo que no debí hacerlo, así que, ya que estaba, decidí terminarlo bien. Y acabé explotando, porque odiaba a aquel lameculos metomentodo.

—¿De que te ríes, gilipollas?!

—¡Christopher! —me amonestó mi tío desde la puerta contraria—. ¡Entra en el coche o te vuelvo a cruzar la cara!

Me asaltó la tentadora idea de escaparme, aunque solo fuese por ver la cara de imbéciles que ponían. Lo hubiera hecho sin importarme las consecuencias, pero había alguien que dependía enteramente de mí. Así que me encogí en el asiento, metí las manos en los bolsillos de mi parka y lamí con cuidado la pequeña brecha que tenía en el labio inferior. Me escocía horrores.

—¿A dónde, señor?

—A casa, Marley.

El coche arrancó, silencioso, y miré por los cristales tintados la deprimente silueta del viejo edificio de la comisaría. Eric aún seguiría allí.

—Esta vez te has excedido, jovencito —dijo mi tío empezando el sermón—. He tenido que sobornar con tres mil dólares a esa maldita sanguijuela a cambio de que no te expedientaran y de que retirasen todos los cargos contra ti. Por supuesto, me los pagarás junto a todo lo que ya me debes.

Apreté los puños en el interior del abrigo, pero no protesté. Tres mil dólares me supondrían unas cuantas sesiones extras.

—No sé en qué demonios estabas pensando, niño estúpido. ¿De verdad creíste que te iban a dejar entrar? Me has avergonzado en público, y eso es algo que no voy a tolerar bajo ningún concepto. Has puesto en peligro demasiadas cosas esta noche. Si no supiera que a tu mente enferma le gustan esas cosas, yo mismo te daría una paliza.

Fue sencillamente sublime. Solo tuvo que atacarme psicológicamente donde más me dolía porque, como bien acababa de afirmar, el daño físico no iba a intimidarme.

En aquellos momentos hubiera dado lo que fuera por estar encadenado en los oscuros sótanos del Koi.

ERIC

Era mi tercer café de la mañana, porque no paraba de bostezar.

Ya llevaba varias horas de duro trabajo en la biblioteca, pero al final había conseguido reunir poco a poco toda la información que me había pedido Drew. La noche anterior, entre unas cosas y otras, me soltaron pasadas las doce, y teníamos que presentarnos en la oficina a eso de las ocho. Después de pedirle



interminables disculpas a Morgan y prometerle que la invitaría un día a cenar, fui a ver a mi angelito dormido y me metí en la cama. No es que no hubiese tenido tiempo suficiente de dormir, pero lo cierto es que me costó conciliar el sueño. Seguro que si pensáis un poco adivináis el porqué.

El violento encuentro con su tío me había dejado preocupado, y me pasé largo rato dando vueltas en la cama preguntándome si Chris estaría bien. Nada más llegar a la universidad había sentido la enorme tentación de ir a buscarle, pero aquel edificio era enorme y tampoco quería fallarle de nuevo a mi jefe. Así que antepuse el deber al placer, como un buen chico responsable, y terminé mis tareas eficientemente un poco antes de lo esperado. Bueno, eso no era del todo verdad. Confieso que me puse las pilas y empecé a mirar los libros de consulta como un loco para después poder disponer de un poco de tiempo extra e ir a investigar por mi cuenta.

El café, bien cargado, consiguió despejarme maravillosamente y me sentí preparado para llevar a cabo mi meditado plan de conquista y soborno. Puede que fuese gay, pero no presumo gratis al afirmar que también se me daban estupendamente bien las mujeres. Con la mochila al hombro, como un universitario más, pregunté por el registro de estudiantes y acabé en una pequeña aunque elegante oficina del segundo piso. Tal y como había supuesto, era una mujer la encargada de mantener en orden todos los expedientes académicos. Siempre han sido más ordenadas para estas cosas.

Recordando que estaba en un sitio fino, llamé educadamente a la puerta y compuse mi mejor sonrisa de conquistador, esa que Dallas había bautizado con el curioso pero acertado nombre de *mojabragas*.

—Buenos días, señorita.

Ella estaba sentada en una inmaculada mesa de roble, trabajando con su ordenador. Alzó la vista y me estudió detenidamente a través de sus modernas gafas de marca, en las que vi reflejada la brillante superficie de la pantalla. Calculé que tendría unos treinta y algo, tanto mejor. A esa edad, y en mi humilde opinión, las mujeres están en el punto justo para hincarles el diente. Me devolvió la sonrisa, cómo no.

—¿Puedo ayudarte en algo?

«Sí, por favor. Estoy absolutamente desesperado. Verás, hace unos días presencié un espectáculo de sexo duro que cambió completamente mi tradicional concepto de un buen polvo, y resulta que ahora ya no concibo que los látigos y las cadenas sirvan únicamente para torturar. Lo peor es que me he obsesionado con un vicioso masoquista que sin duda es el chico más guapo y sensual del mundo, y que encarna perfectamente todas y cada una de mis fantasías eróticas. Ayer me lo tiré, claro, y desde entonces mi vida se ha reducido a encontrarlo para poder seguir follándomelo como si ya no hubiese un mañana. Lo sé, lo sé, estoy completamente trastornado. Pero me ayudará, ¿verdad, dulce, hermosa y gentil señorita?».

—Estoy buscando a alguien, solo sé su nombre y...

—Lo siento, pero no me está permitido proporcionar información sobre otros alumnos —me interrumpió amablemente sin borrar aquella sonrisa estirada.

«Joder con la vieja».

—Es muy importante, por favor. Tengo que hacer un trabajo de clase con él, pero no nos conocemos mucho y necesito localizarle. Seguro que no le gustaría cargar en su conciencia con la terrible certeza de que un pobre alumno ha tenido un suspenso...

—¿Estás intentando chantajearme, jovencito?

—Por supuesto —corroboré sentándome con desparpajo en la silla destinada a las visitas—. Aunque ya veo que es usted demasiado inteligente como para dejarse engañar. También puedo sobornarla, si lo prefiere, que se me da mejor —añadí guiñándole un ojo en plan pizarón.

Era peloteo descarado, y ambos lo sabíamos. Si aquella táctica ya me fallaba, o la tía era más dura que el cemento o era yo quien estaba perdiendo facultades. Dedicarse exclusivamente a los rudos traseros masculinos también tenía sus inconvenientes.

—Permítame decirle, aunque suene atrevido, lo hermosa que está usted esta mañana.

Era la jugosa guinda del pastel. Casi dejé escapar un enorme suspiro de alivio cuando vi que se quitaba las gafas y se echaba a reír. Compuse mi mejor y más logrado gesto de inocencia, aquel que Drew afirmaba que no era posible ver en mi cara. Cuando llegase a la oficina, tendría que contárselo a Dallas con todo lujo de detalles.

—Tienes un morro que te lo pisas, casanova —me reprochó sacudiendo la cabeza con fingido pesar—. A ver, dime a quién estás buscando y veré si puedo ayudarte un poquito.

—Se llama Christopher Coldstone —contesté, suponiendo que llevase el mismo apellido que su tío.

La secretaria tecleó el nombre en la base de datos, aguardó unos cruciales segundos y asintió. Estuve a punto de saltar de alegría.

—Aquí está... ¡Ah! Pero si es el chico de la beca...

—¿Beca? —repetí extrañado. ¿También le hacía falta una beca, con toda la pasta que tenía su familia?

—Como sabrás, todos los años la universidad otorga una serie de becas a sus alumnos. Hay una beca en concreto, que es la única que cubre en su totalidad todos los gastos de la matrícula, los libros, la comida, el transporte y, si es necesario, también el alojamiento en la residencia del campus. Esta beca solo se le otorga a un solo estudiante cada año, y va en función de las notas de ingreso. Este chico sacó las mejores calificaciones de su promoción, todas las asignaturas



con matrícula de honor. Y ha sido capaz de seguir manteniendo la beca durante dos años seguidos.

Vaya, vaya... Pues no andaba muy desencaminado cuando lo llamé empollón.

—Ah, no lo sabía —recordé oportunamente mi papel de alumno traumatizado—. En clase, Chris es muy discreto.

—Creo que me suena haberle visto alguna que otra vez por los pasillos. Tiene cierta fama entre las universitarias.

«¡Zorras diabólicas, alejaos de él! ¡Es mío!».

—Mire, señorita, es usted tan maravillosa que le diré la verdad. Creo que estoy perdidamente enamorado.

No se lo creyó, por supuesto, pero tomó unas cuantas notas en un *post-it* fluorescente y me lo dio, sonriendo halagada pero con cierto aire culpable.

—Si dices algo de esto, lo negaré —me advirtió encantadora.

Cómo me encantaba salirme siempre con la mía.

CHRIS

Hotel Rochais. Habitación 230. Cinco de la tarde.

Miré por última vez hacia arriba, antes de decidirme a entrar en el lujoso vestíbulo de bienvenida. No me había equivocado. El nombre del hotel se correspondía con el de aquellas elegantes letras doradas.

Me había encontrado la nota en mi escritorio nada más llegar a casa después de la universidad, así que apenas me había dado tiempo a comerme un sándwich, darme una ducha y prepararme convenientemente para la ocasión. Si le debía tres mil dólares más a mi tío, sería mejor empezar a reunirlos cuanto antes.

El hotel en cuestión tenía toda la pinta de ser carísimo, algo lógico teniendo en cuenta que mis tarifas por servicio tampoco eran moco de pavo. El suelo estaba cubierto de suave moqueta en color crema, y las paredes decoradas con pesados cortinajes de seda y cierto aire rococó. Había una impresionante araña dorada colgando del techo en mitad del recibidor, alumbrando la totalidad de la estancia. Todo muy francés. Pasé tranquilo por delante de la recepción, di educadamente las buenas tardes y no me hicieron preguntas. Un botones me abrió el ascensor, me preguntó a dónde iba y subimos al piso indicado en completo silencio. Recorrí un largo pasillo fijándome en los pequeños números de latón, hasta que di con el que andaba buscando. No estaba en mi mejor momento, porque había dormido poco y comido menos, cosa que, sin yo saberlo, fue lo mejor que me pudo ocurrir. Algo nervioso, llamé a la puerta y esperé. No tenía ni idea de lo que iban a hacerme.

Escuché un sordo rumor de pasos sobre el suelo de madera y un hombre

enmascarado apareció frente a mí, observándome de arriba abajo sin el menor disimulo.

—Mmm... Nada mal, y muy jovencito, como a mí me gusta —comentó satisfecho—. Te vendaré los ojos.

Me lo esperaba, ya que intuía que no estaba solo y sabía que la mayoría de mis clientes preferían guardar celosamente su anonimato, así que no le di demasiada importancia. Aún en el pasillo, me colocó un antifaz de cuero que me sumió en la más absoluta oscuridad. Luego, tomándome del brazo, me guió al interior de la habitación, me quitó el abrigo y me sentó en el borde de la cama, dejándome solo. Traté inútilmente de captar algún sonido por encima de los agitados latidos de mi corazón. No sé cuánto tiempo estuve así, inmóvil y expectante. Intuía otras presencias pero no se acercaban, sumiéndome en un incómodo estado de pequeña ansiedad. Capté un susurro a mi derecha y sentí unos ásperos dedos acariciándome a un lado de la cara.

—Nos han dicho que eres un chico muy obediente, y eso nos excita mucho —dijo una voz, y los dedos pasaron a convertirse en abruptas garras que me arrancaron la camisa de forma salvaje.

Di un respingo involuntario, asustado por aquella violenta reacción. Alcé de manera automática las manos y me las puse por delante del pecho, formando una frágil barrera.

—Shhh... —La misma voz me tranquilizó, tomándome por las muñecas mientras llevaba mis brazos hacia arriba y me obligaba a tumbarme en la cama—. Eso es, quietecito... Sé un buen puto y nos portaremos bien.

Siempre he tenido un maldito sexto sentido para ciertas cosas, y supe enseguida que algo iba mal. Otro de ellos empezó a bajarme los pantalones. Sentí la temida opresión en el pecho y traté por todos los medios de tranquilizarme. El inhalador quedaba fuera de mi alcance, en el bolsillo interior de mi abrigo. Algo viscoso y frío me rozó los labios y me aparté al momento, presa de un asco indescriptible.

—No —les advertí.

Por nada del mundo.

Se rieron.

—¿Me estás diciendo que dejas que te destrocen a latigazos, que te amarren en posturas imposibles, que te hagan pasar por toda clase de humillaciones e incluso que te follén diez tíos a la vez, pero que no eres capaz de hacer una mamada en condiciones?

Puede que sonara ridículo, pero era verdad. El sexo oral estaba fuera de mis escasos límites. Por diversas razones, nunca me había decidido a practicarlo. Era algo sorprendente, lo sé, y mucho más teniendo en cuenta que ya había hecho cosas mucho peores. La diferencia estaba en que todas ellas habían sido con mi pleno consentimiento.



—Sujétalo fuerte.

—¡No!

Forcejé cuanto pude, pues me aterrorizaba la sola idea de que pudieran obligarme. Dos de ellos me inmovilizaron agarrándome de brazos y piernas, y un tercero se acomodó a horcajadas sobre mi pecho y me cogió por el pelo para que no pudiera mover la cabeza.

Jadeé, muerto de miedo, y el aire entró sibilante hacia mis doloridos pulmones. Iba a ahogarme, lo presentía. No podría respirar, y entonces...

—Abre la boca, venga.

Apreté los dientes y sofoqué un histérico sollozo.

—Cualquiera diría que es toda una doncella virgen —se burlaron.

No supliqué, ni les pedí que me dejaran marchar. Tenía la suficiente experiencia como para saber de sobra que no iban a hacerlo. A veces, hasta yo mismo olvidaba que solo tenía diecinueve años.

—Si colaboras será mejor para ti.

Continué inmóvil, con los labios fuertemente sellados a pesar de que casi no podía ni respirar por la nariz. Ser asmático empeoraba mucho las cosas.

—Chris, Chris, Chris... —suspiró el que tenía sentado encima. ¿Cómo diantre sabía mi nombre?—. Una buena puta debe saber complacer a su dueño, y nos consta que lo eres. No obstante, solo queremos ayudarte a alcanzar la perfección. Cuando salgas de aquí, te garantizo que habrás aprendido a chupar una polla como Dios manda.

Hay diversas maneras de obligarte a que abras la boca, aunque nada tan efectivo como recurrir a la asfixia. Una gruesa mano me tapó la boca y me pinzó la nariz, protesté de inmediato y me debatí asustado ante la urgente falta de aire. No sé cuánto tiempo aguanté, pero llegó un momento en que las fuerzas me fallaron y tuve que aspirar ruidosamente para no desmayarme. Se me abrió nuevamente el corte del labio, y sentí el plastificado sabor de un preservativo cuando aquella cosa asquerosa se introdujo a la fuerza en mi boca y empujó hasta el fondo rozándome la garganta. Ya la tenía bien dura, el muy cabrón. Sentí una violenta arcada y unas terribles ganas de vomitar. Era lo más repugnante que había experimentado nunca. Empezó a dolerme la mandíbula por la forzada apertura, pues era demasiado gruesa y yo no estaba acostumbrado. Ni siquiera podía tragar mi propia saliva, y sentí como caía en mi pecho desnudo tras resbalar por la barbilla. Fue horrible. El hombre exhalaba roncos gemidos que se mezclaban con el agónico ruido de mis propias arcadas. No contempló el tener delicadeza, llegando hasta el fondo y colmando mi boca hasta impedirme respirar. No veía nada, no podía moverme y empecé a acusar seriamente la falta de aire. En mitad de mi desesperación, cerré levemente la mandíbula y lo arañé con mis dientes. El hombre gritó adolorido, soltó una palabrota y me dio un puñetazo en el estómago que no ayudó en absoluto a mis sufridos pulmones.

—Estamos grabándolo todo. —Le oí decir, en mitad de mi pesadilla—. Creo que a tu tío y a tus compañeros de la universidad les resultará muy interesante. Pórtate bien, y te prometo que este vídeo no verá la luz.

—Hijo de p... —Me atraganté de nuevo, conteniendo las náuseas, y me sobrevino un aparatoso ataque de tos. Me soltaron y me arrastré como pude al borde de la cama, vomitando lo poco que tenía en el estómago. Me dieron agua, pero la escupí casi toda. Jadeaba convulsivamente en mitad de una fuerte crisis, cuando sentí que alguien me ponía el inhalador en la mano. En aquellos momentos me lo llevé inmediatamente a la boca y no me detuve a hacerme preguntas.

Me concedieron un par de minutos de tregua, quizá unos pocos más. Sentí que mis ardientes pulmones volvían a expandirse, y que casi podía respirar con normalidad. Estaba tumbado de lado, y me obligaron a ponerme bocabajo con las rodillas dobladas. Alguien empezó a penetrarme por detrás y, aunque lo hizo despacio, el miedo agarrotaba mis tensos músculos y me dolió mucho más de lo normal. Creo que, solo por fuerza de voluntad, me tragué las lágrimas. Sé que no podréis comprenderme, a menos que haya alguien que haya experimentado una situación así. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Era plenamente consciente de que la difusión de aquel vídeo me destrozaría la vida, y no solo por la segura expulsión de la universidad. Acabé cediendo a su chantaje y les dejé que me hicieran lo que les diera la gana.

Recibí la primera embestida y, al no estar lo suficientemente preparado, se me escapó un quejido. Alguien se acomodó frente a mí, me cogió del pelo para levantarme el tronco y sentí presionar nuevamente contra mis labios lo que tanto había estado temiendo.

—Empieza otra vez, y procura hacerlo mejor que antes. Quiero que te la tragues hasta el fondo.

Fueron las dos horas más largas de toda mi vida.

ERIC

Esperé impaciente, hasta que al décimo tono me saltó el contestador.

Bueno, al menos sí que tenía su auténtico número. Habían pasado dos días desde que fui al registro de estudiantes y desde entonces había estado tratando de localizar a Chris.

Volvía a ser sábado, Adam había querido quedarse a pasar el fin de semana en casa «del tío Drew», y Dallas me había llamado para ofrecerme un buen plan. Creo que se quedó preocupado, porque me preguntó si estaba enfermo cuando le dije que no me apetecía salir. No podía quitarme a Chris de la cabeza, incluso estaba afectando a mi vida diaria. Por eso, aquella noche había tomado



una decisión. Quería verlo cara a cara. Aparte del teléfono, la eficiente secretaria también me había dado su dirección.

Su casa prácticamente podía definirse como un pequeño palacete. Un bonito y cuidado jardín la rodeaba, delimitado por unas altas verjas acabadas en punta que nacían desde un grueso muro de piedra que aproximadamente me llegaba por la cintura. Tenía dos pisos, el primero de los cuales albergaba un enorme garaje y estaba rodeado por ostentosas columnas blancas. Si hubiese estudiado cuando tocaba, probablemente habría podido identificar su estilo, pero no me atreví a tanto. Además, todo el mundo sabe lo que es una puñetera columna, sin necesidad de tecnicismos presuntuosos. Supuse que solamente el cuarto de Chris ya debía ser igual de grande que todo mi apartamento. Suspiré, planeando mi próximo movimiento, y me apoyé en la verja con aire pensativo.

No quería llamar a la puerta, por si salía su tío. Desconocía si el buen hombre gustaba de recibir visitas extrañas justo antes de la cena y, sobre todo, tampoco si con ello le buscaría un jaleo a Chris. También hubiese podido ser el mismo Chris quien abriese la puerta y, entonces, me lo hubiese tirado allí mismo, sobre la alfombra persa del recibidor. Nuestros gemidos habrían alertado a toda la casa.

«Piensa, Eric, piensa...».

No era lo mío, lo reconozco, pero no por falta de voluntad. Me estrujé el cerebro durante unos críticos segundos considerando otras alternativas posibles al simple allanamiento de morada.

Aquello era de locos, y loco iba a volverme yo si seguía un minuto más sin verlo.

Decidí jugarme el último cartucho, y que él decidiera. Escribí un mensaje corto y preciso y se lo mandé a su móvil, aguardando ansiosamente una respuesta. Conociéndolo, fui correcto y no le presioné en exceso, pero quería que saliera aunque solo fuese para liarnos a puñetazos. Estaba nervioso, y me latía fuerte el corazón. Parecía un ridículo crío de catorce años cagado de miedo en una cita. Ni la primera vez que me estrené con un culo me habían temblado tanto las manos.

Ay, el amor.

Eh, un momento... ¿Acaso había dicho la palabra tabú?

«Mierda...».



7. FÍSICA ELEMENTAL

Cadenas.

Las que me atan a ti.

CHRIS

—¿Chris?

Decidí hacerme el dormido y, por si acaso, arrebujé aún más la cabeza bajo el grueso cobertor, ocultándome por completo.

—Voy a entrar, Christopher. —La autoritaria voz de mi tío sonaba levemente amortiguada tras la puerta.

Cumplió lo dicho y escuché el picaporte. A través de una fina rendija percibí el potente chorro de luz que entró a mi cuarto desde el pasillo. La imponente silueta de Rusell Coldstone se recortaba en sombras bajo el dintel de la puerta.

—¿Qué demonios ocurre, sobrino? Tienes a la pobre Berta a punto de darle un ataque. Dice que no has salido del cuarto desde ayer por la tarde, ni siquiera para comer.

—No es nada, tío Rusell.

—¿Te encuentras mal, estás enfermo?

—No.

—¿Ha ocurrido algo en la facultad?

—No.

Sentí un notable peso aplastando una de las esquinas del colchón, y la mano de mi tío se posó con torpeza sobre mis piernas encogidas por encima del cobertor.

—Por favor, Chris. Sabes que puedes contármelo todo.



Casi me lo creí. Saqué la lengua y me lamí a conciencia el pequeño corte que todavía tenía en el labio inferior. Aquella bofetada me había dolido en el alma, y confieso que aunque fuese mezquino le guardaba rencor.

—No es nada, en serio. Me apetece estar solo —insistí.

—Estamos preocupados.

—Pues ya os he dicho que estoy bien —contesté, quizá más bruscamente de lo que había pretendido.

—Tan terco como tu padre. —Suspiró, y se puso en pie nuevamente para salir de mi habitación.

No sentí remordimientos.

La puerta se cerró suavemente y regresó la oscuridad. Estaba muy a gusto bajo las mantas, en mi refugio particular. Parecía un adolescente traumatizado por su primer amor fallido, pero no podía decirle a nadie que tres supuestos clientes habían abusado de mí. Se hubiesen reído en mi cara, teniendo en cuenta a lo que me dedicaba. Incluso el viernes había ido a la universidad, como un día cualquiera. Las clases y los ejercicios me distrajeron un poco, pero en cuanto llegué a mi casa tuve que meterme en la cama porque ya no podía más. Sabía perfectamente que aquella horrible experiencia había marcado un antes y un después.

Pero no, no me moriría. El tiempo todo lo cura.

Mi teléfono móvil empezó a sonar. Hacía un par de días que me llamaba un número extraño, pero ni se me había pasado por la cabeza la remota posibilidad de contestarle. Dejé que se hartara y, tras cerca de un minuto, al fin se paró. Suspiré aliviado y pensé seriamente en cambiar de teléfono. Estiré la mano para alcanzarlo de mi mesilla de noche y apagarlo, pero entonces vibró en mi mano anunciando alegremente que acababan de enviarme un mensaje. Lo introduje a regañadientes en mi pequeño ecosistema de ropa de cama, y vi que era del mismo número que no paraba de molestarme. ¿Y si era una broma? ¿Y si eran ellos para seguir con el chantaje? La sola idea ya me producía náuseas y estuve a punto de borrarlo en ese mismo instante.

Creo conveniente recordaros que soy masoquista en grado alarmante. Lo abrí.

«Tengo que hablar contigo, chinito. Eric».

Me quedé perplejo. Forcé la vista para volver a leer la pantalla iluminada, pues sin las gafas me costaba bastante poder distinguir las palabras.

—Eric... —murmuré.

«Eric».

«Eric».

«¿Dónde estás?».

Con dedos temblorosos conseguí escribirle una respuesta, pero entre eso y que no veía ni jota estuve seguro de que no pulsé correctamente todas las teclas.

Me llegó otro mensaje.

«O sales tú, o entro yo».

El corazón empezó a latirme con demasiada fuerza. Abandoné de un salto la cama, busqué las gafas en mi mochila y volví a contestarle, con la visión en óptimas condiciones.

«Espérame en el parque que hay detrás de mi casa».

Por suerte no llevaba puesto el pijama. Me quité de nuevo las gafas, me calcé a toda prisa las zapatillas de deporte y cogí una sudadera enorme de andar por casa. Salí disparado en dirección a las escaleras. No solo había conseguido averiguar mi número de teléfono, sino que encima había tenido la arriesgada desfachatez de ir a buscarme a mi propia casa.

Se iba a enterar ese imbécil.

Recorrí el vestíbulo esperando ver aparecer a Marley para meter las narices en mis asuntos, pero nadie me puso trabas y salí de la casa dando un fuerte portazo. Bordeé los setos del parque apartándome las ramas a indignados manotazos y entré por fin en el jardín.

Allí estaba Eric, tan radiante y seguro de sí mismo. Se dio la vuelta al escuchar mis airados pasos y, ya desde lejos, esbozó esa irresistible sonrisa que me sacaba de quicio. Era tan guapo que simplemente el mirarlo me hacía daño. No fue la entrada digna y ofendida que había planeado, porque no llevaba las gafas y de los nervios acabé tropezando con el borde de uno de los parterres. Siempre tan caballeroso, Eric se adelantó enseguida y me cogió entre sus brazos, evitándome un espantoso ridículo. Me aferré a él con todas mis fuerzas y le maldije en silencio.

¡¿Cómo se atrevía?!
¡¿Qué derecho tenía él a irrumpir de aquella manera en mi miserable vida?!
Traté de tragarme el insoportable nudo que me oprimía la garganta, pero hice un ruidito raro y Eric me apretó contra su pecho como si quisiera fundirme con él.

—Ya está, Chris, estoy aquí —me susurró al oído—. No pasa nada...
Escondí la cara en su cuello y rompí a llorar.

—Ya está, Chris, estoy aquí —me susurró al oído—. No pasa nada...
Escondí la cara en su cuello y rompí a llorar.

ERIC

—Gracias —dijo Chris con la voz congestionada, cuando le tendí un *kleenex*. Miré hacia otro lado mientras se sonaba la nariz y se limpiaba las lágrimas, respetando aquel momento de intimidad. Estábamos sentados en uno de los bancos de piedra, justo enfrente de dos grandes abetos. Me pregunté si los vecinos tendrían por costumbre ponerles luces en Navidad.

—¿Mejor? —le pregunté pasados un par de prudenciales minutos.



—Lo siento —se disculpó con aire avergonzado—. No quería montarte una escena.

—No seas tonto. —Le guiñé un ojo y sonreí con aire maléfico—. Además, así he podido sobarte un buen rato.

Se sonrojó, y a mí me dieron unas insoportables ganas de comérmelo.

Chris se quedó nuevamente en silencio y bajó la vista, sin saber qué decir. Llevaba el pelo despeinado y revuelto como si acabase de saltar de la cama, y una sudadera vieja dos tallas más de la suya. Se le veía delgaducho, pálido y ojeroso, como era habitual en él. La palabra *hermoso* nunca sería suficiente. Una vez amainados sus complejos sentimientos, fue más consciente del frío que hacía allí fuera y empezó a temblar. Me quité inmediatamente la cazadora e, ignorando sus abochornadas protestas, se la pasé por los hombros y lo cubrí con ella. Yo llevaba un grueso jersey de lana y una camisa interior, así que no se me congelaría el culo demasiado pronto.

—No hacía falta —insistió contrariado—. No me trates como a una chica.

—Si fueses una chica no me gustarías tanto —le recordé divertido.

Hizo ademán de ir a quitarse la cazadora, pero entonces le sobrevino un repentino estornudo y pareció pensárselo mejor. Volvió a sonarse la nariz y me observó con reproche. A duras penas conseguí aguantarme la risa.

—Ah, espera —le dije de pronto inclinándome hacia él—. Tienes una cosa en la cara...

Conseguí engañarle y, sin que él se lo esperara, le planté un decidido beso en la boca. Se puso tenso al instante, apoyándome sus manos sobre el pecho como si de un momento a otro me fuese a empujar. Alcé una mano a mi vez y le acaricié suavemente la nuca, tranquilizándole, hasta hacerle comprender que yo jamás pretendería hacerle daño ni aprovecharme de él. Chris fue cediendo poco a poco y se atrevió a entreabrir ligeramente los labios, soltando despacio el aire que había retenido en sus pulmones. Aquella reacción tan positiva y la deliciosa calidez de su aliento me animaron a ir más allá. Saqué la punta de la lengua y le acaricié los labios, sintiendo incluso la aspereza del pequeño corte. Besé la herida con delicadeza y respiré su mismo aire, alimentándome de él. El corazón parecía funcionar a saltos irregulares, hasta que en uno de ellos se quedó atascado en mi garganta. Sin poder contenerme ni un segundo más, le cogí la cara con ambas manos y le metí la lengua hasta el fondo de la boca. Chris gimíó arrebatado por la sorpresa, y me agarró del jersey para que no se me ocurriera alejarme. No lo habría hecho por nada del mundo. Al principio nuestras lenguas se tocaron y se exploraron mutuamente, fundiéndose en una cadenciosa danza inventada. Los segundos pasaban y el beso pasó a convertirse en algo hambriento y egoísta, del todo insuficiente. Atraje a Chris hasta sentarlo a horcajadas encima de mí, sin separarnos ni un instante. Me rodeó el cuello para poder mantener el equilibrio, y yo le agarré

por las nalgas y apreté su terso trasero hasta que pude sentir en mi abdomen su incipiente erección.

Se separó de forma brusca, jadeando exhausto. Aspiró ruidosamente un par de veces, aunque no parecía abarcar mucho aire. Vi que se llevaba una mano al bolsillo izquierdo de su pantalón, sacaba una especie de pequeño tubo plástico y se lo llevaba a la boca. Se acurrucó en mi regazo mientras se recuperaba, con la cabeza apoyada en mi hombro. Giré levemente el rostro y lo besé en el puente de la nariz.

—¿Tienes asma?

—Sí. Me afecta sobre todo cuando me canso mucho o me pongo nervioso.

—Hum, así que te pongo nervioso...

—No seas tan creído —gruñó, y se vengó regalándome un pequeño mordisco en el cuello.

Lo abracé, frotando mi mejilla contra la suya. Yo me había afeitado esa misma mañana, pero Chris no, y me excitó la áspera sensación de una mandíbula fuerte y puramente masculina. No sabía si era el mejor momento para sacar el tema, pero tras las intensas emociones derivadas de nuestros mutuos sentimientos, aún latía un incombustible rescoldo de preocupación. Tampoco quería forzarlo a hablar, porque era muy reservado. Su reacción al encontrarse conmigo me había dejado un amargo sabor en la boca y, por muchas ganas que tuviera de verme, sabía que sus lágrimas no habían sido precisamente de felicidad.

—¿Chris? —Lo sentí moverse un poco y me miró, aún recostado en mi hombro—. A lo mejor no es muy oportuno decirte esto, pero me gustaría que supieras que si tienes algún problema puedes contarme lo que sea.

—¿Lo dices por lo de antes?

Anda que no era listo.

—Estoy preocupado, la verdad. ¿Tu tío se ha pasado de la raya?

—No. Perdió los estribos en la comisaría, pero me trata bien.

—¿Vives con él?

—Sí.

No quise preguntarle por sus padres, porque me imaginaba que los habría perdido y que por eso vivía con un familiar. Aún tenía los ojos un poco enrojecidos, y las pupilas le brillaban. Comencé a frotarle cariñosamente la espalda, desde la nuca hasta el principio del trasero. Me sonrió agradecido y se acurrucó aún más contra mí. Me dio la horrible impresión de que no debía estar acostumbrado a recibir demasiadas muestras de afecto.

—Si alguien te hace daño, dímelo y lo mataré.

Chris se rio, por fin, amortiguando aquel maravilloso sonido contra el grueso tejido de mi jersey.

—Estás loco.



«Por ti», quise decirle, mas me mordí la lengua por miedo a resultar demasiado ridículo. Era cierto que apenas nos conocíamos, pero en la última semana Chris había estado ocupando la mayor parte de mis pensamientos... y no precisamente los más inocentes.

—Me gustaría que siguiéramos viéndonos.

—La verdad es que fue un buen polvo... —convino él.

—Dios, sí —afirmé sin recato, aunque no era exclusivamente eso lo que yo quería de él—. Follaremos un montón, hasta caer desmayados, pero yo me refería a hacer otro tipo de cosas.

Creo que me malinterpretó, porque de pronto se puso serio y abandonó mi hombro para sentarse derecho y mirarme a la cara. Durante un leve, un fugaz instante, vi el temor reflejado en su rostro, como un viejo conocido que hubiese vuelto para atormentarlo.

—¿Qué clase de... cosas? —tanteó, inseguro.

—Pues ir al cine, a cenar, a dar una vuelta... Todo lo que te apetezca. Tengo pensado mimarte en exceso y consentirte demasiado.

Chris dejó entrever una débil sonrisa de alivio, pero no abandonó aquel gesto triste que tanto me inquietaba. Jugueteeó un poco con mi pelo, nervioso, y se mordió de forma inconsciente el labio inferior. No tenía ni remota idea de lo tremendamente erótico que se veía cuando hacía eso.

—Todo eso está muy bien, Eric, y me encantaría, pero a fin de cuentas nadie quiere salir con alguien como yo.

—¿Guapo, inteligente, sexy y divertido?

—Y puto —me recordó con demoleadora franqueza.

Sobrevino un mutismo incómodo, y ni siquiera mi experimentada labia fue capaz de secuestrar unas pocas palabras para paliar la tensión del momento. Los minutos se hicieron eternos hasta que ya no pude seguir soportando el silencio.

—Supongo que no vas a dejarlo. —Suspiré con resignación.

Negó lentamente con los ojos empañados.

—¿Y si te dijera que no me importa? —insistí sin pararme a pensar.

—No te creería.

Lo abracé de nuevo, buscando sus labios a tientas atraídos por los míos como un poderoso imán. En aquellos momentos, tan solo ansiaba sentirle, rodear su delgado torso para estrecharlo posesivamente contra mí, frotar sus perfectas nalgas hasta que de mis manos tan solo saliese fuego. Me hundí profundamente en su boca, ya que no podía hacerlo en su cuerpo. Me detuve cuando advertí que empezaba a faltarle el aire. Chris jadeaba emitiendo pequeñas nubes de vaho caliente y, debido al frío, tenía sonrosadas ambas mejillas y la punta de la nariz.

—Quiero estar contigo —le susurré.

CHRIS

¿Era un sueño? ¿Una broma? Casi estuve a punto de mirar a mi alrededor para intentar descubrir alguna cámara oculta. Tenía muchos complejos, inseguridades y una autoestima destrozada, por eso me costó un mundo asumir que Eric hablaba completamente en serio.

Me rodeaba con sus fuertes brazos, devoraba ansiosamente mi boca y yo sentía su sexo duro y excitante palpitando hambriento debajo de mí. Me derretía cada vez que me tocaba, liberándome cuando fue imprescindible la urgente necesidad de respirar.

—¿Estás... seguro? —le pregunté, jadeando entre densas vaharadas de aliento candente.

—Sí. —Una gran sonrisa iluminó su rostro travieso—. Tú y yo somos como los polos opuestos, que se atraen sin remedio. Ya lo dice la química.

—Eso es física elemental, burro —le corregí enarcando una ceja.

—Pues eso.

Lo besé en la nariz, aunque lamenté el verlo un poco borroso por culpa de no haberme puesto las gafas. Eric, juguetón, me pellizcó el trasero y me lanzó un inesperado ataque de despiadadas cosquillas. Me retorcí inmediatamente sobre él, en medio de fuertes resoplidos y agónicas carcajadas.

—¡No, para! ¡Para!... ¡Eric, que no puedo más!

—Yo sí que no aguanto más —me reveló señalándose sin pudor alguno la abultada entrepierna—. Cuando te has puesto así, a frotarte desesperadamente contra mí... Joder, casi me corro.

—¡No seas vulgar! —le reñí, acompañando mis palabras de un manotazo afectuoso.

—No me digas que no lo harías aquí mismo, Chris.

—¿Con el frío que hace?! Creo que se te encogería hasta desaparecer.

—Hum... Pero siempre puedo meterla en lugares más calientes...

—Seguro que te apetece ponerte a cavar un hoyo a estas horas.

—Tengo uno aquí —aseguró, y sentí su dedo presionando lascivo en aquella sensible parte.

Se me escapó un vergonzoso jadeo. Eric se inclinó hacia delante, susurrándome obscenidades contra el filo de mi boca.

—Me muero por follarte, Chris, por tumbarte en el suelo y clavarte mi polla hasta hacerte gritar de placer.

—Y yo me muero por que lo hagas.

—¿Mañana?

—Mañana. ¿Todo el día?

—Iba a proponerte una velada romántica, pero tu sugerencia es infinitamente mejor. Nos comeremos mutuamente y dejaremos la cena para otra ocasión.



—Tonto. —Me eché a reír.

No sabría explicar exactamente cómo me sentía, pero de pronto el negro pareció dejar de ser mi color. Eric era como una luz brillante al final del túnel. ¿Era feliz, acaso? Aquella palabra me inspiraba demasiado respeto, aunque imaginé que, si no era exactamente eso, estaría bien cerca. Eric miró la hora en su reloj de pulsera, analógico, fluorescente y deportivo.

—Tengo que irme, Chris, antes de que cierren el metro. Pero que conste que yo me metería encantado en tu cama después de drogar a tu tío para que no escuchase nuestros gemidos.

Ambos reímos de nuevo y volvió a besarme, atento y lujurioso, antes de ponerse en pie sin aparente esfuerzo cargando conmigo en los brazos. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y me abracé a su cuello para no caerme hacia atrás, pegándome como una lapa. Busqué su boca con voracidad, le di un buen repaso y, ya satisfecho por mi parte, estiré las piernas para bajar al suelo.

—Mañana —murmuré de forma tímida, sin poder borrar aquella sonrisa idiota que parecía haberse quedado a vivir en mi cara.

—Ni lo dudes.

Le devolví la cazadora y Eric me apresó hábilmente por la muñeca, atrayéndome hacia él. Juntamos nuestros labios en un inocente beso de despedida. Es ridículo, lo sé, porque ni siquiera me rozó con la lengua.

Me estremecí de los pies a la cabeza.



